





# Marxismo Vivo

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - IV Internacional

**Nueva  
Época**



---

San Pablo - 2018



## Marxismo Vivo - Nueva Época

Órgano teórico de la Liga Internacional de los Trabajadores - Cuarta Internacional (LIT-CI)

Revista al servicio de la investigación, elaboración y debate de la teoría revolucionaria.  
El contenido de los artículos es de entera responsabilidad de sus respectivos autores.

Todos los artículos pueden ser reproducidos citando la fuente.  
Los artículos firmados son de responsabilidad de sus autores.  
Disponible también en: <https://archivoleontrotsky.org/revista.php>

**Editor Responsable:** Martín Hernández

### Consejo Editorial

Alicia Sagra (Argentina - [asagra2@yahoo.com.ar](mailto:asagra2@yahoo.com.ar))  
Daniel Ruiz (Argentina - [danielruiz45@yahoo.com.ar](mailto:danielruiz45@yahoo.com.ar))  
Felipe Alegría (Estado español - [fealegria1@gmail.com](mailto:fealegria1@gmail.com))  
Florence Oppen (Estados Unidos - [petitmercure@yahoo.fr](mailto:petitmercure@yahoo.fr))  
Francesco Ricci (Italia - [ricci.francesco2@gmail.com](mailto:ricci.francesco2@gmail.com))  
José Welmowicki (Brasil - [josweil@ig.com.br](mailto:josweil@ig.com.br))  
Marcos Margarido (Brasil - [margarido7@gmail.com](mailto:margarido7@gmail.com))  
Martín Hernández (Brasil - [martinhernandez@terra.com.br](mailto:martinhernandez@terra.com.br))  
Nazareno Godeiro (Brasil - [jpotyguar@terra.com.br](mailto:jpotyguar@terra.com.br))  
Óscar Iván Ángel (Colombia - [arqangelo2703@gmail.com](mailto:arqangelo2703@gmail.com))  
Ricardo Ayala (Brasil - [rayala361@gmail.com](mailto:rayala361@gmail.com))  
Roberto Herrera Zúñiga (Costa Rica - [xherrera16@yahoo.com](mailto:xherrera16@yahoo.com))  
Ronald León Núñez (Paraguay - [ronald.leon.nunez@gmail.com](mailto:ronald.leon.nunez@gmail.com))

**Proyecto gráfico:** Adriana Alvarenga

**Tapa:** Vanessa Valverde

**Revisión:** Alicia Sagra

**Traducción:** Marta Morales

**Diagramación:** Natalia Estrada

**Normalización técnica:** Iraci Borges - CRB 8-2263

---

Marxismo Vivo: nueva época. v. 9, n. 11, mayo, 2018. San Pablo: Liga Internacional de los  
Trabajadores: 2018.  
Cuatrimestral

ISSN: 2175-2281

Nota: circuló en el período de setiembre de 2000 hasta setiembre de 2009 con el título Marxismo Vivo  
I. Marxismo - teoría revolucionaria



Suscripciones y pedidos de números sueltos: [editoralorca@gmail.com](mailto:editoralorca@gmail.com)

*Marxismo Vivo* - San Pablo - Año IX - N.º 11, p. 1-176 - Mayo de 2018

## TEMAS CONTENIDOS

**07**

**A nuestros lectores**

**08**

**A 200 años del nacimiento de Marx**

**09**

Karl Marx: el mayor teórico y dirigente de la clase obrera  
*Alicia Sagra - Argentina*

**20**

**Dossier: Todo es Historia**

Paraguay: ¿Qué fueron los regímenes de Rodríguez de Francia y los López?

**21**

El carácter histórico y los límites del régimen de *El Supremo* [1814-1840]  
*Ronald León Núñez - Paraguay*

**41**

Tres polémicas sobre el régimen del dictador Francia  
*R. L. N. - Paraguay*

**55**

El Paraguay de los López: fuerzas productivas y relaciones de producción  
*R. L. N. - Paraguay*

**72**

Superestructura política: la dictadura de una familia  
*R. L. N. - Paraguay*

**81**

Nubes de tormenta en el Plata: la crisis internacional y el ascenso de Solano López  
*R. L. N. - Paraguay*



<b>96</b>	<b>Puntos de Vista</b>
<b>97</b>	El “testamento” falsificado de Engels: Una leyenda de los oportunistas <i>Francesco Ricci</i> - Italia
<b>127</b>	Conciencia revolucionaria y programa: Las bases teóricas de la elaboración de Lenin en el <i>¿Qué hacer?</i> <i>Marcos Margarido</i> - Brasil
<b>154</b>	<b>Polémicas - Actualización programática</b>
<b>155</b>	El partido leninista: <i>¿Producto de un proceso evolutivo o de un cambio revolucionario?</i> <i>Alicia Sagra</i> - Argentina
<b>172</b>	Respecto de la burguesía brasileña Contribución para el dossier sobre el Brasil <i>Odair Felipe</i> - Brasil



## A nuestros lectores

En este número de *Marxismo Vivo* continuamos con el desarrollo del proceso de la independencia latinoamericana, en este caso el paraguayo, en la sección *Todo es Historia*, iniciada en el *MV* 9. Además, presentamos un artículo sobre el llamado “testamento” de Engels, y otro que analiza el tema de la conciencia en Lenin. Finalmente, en la sección *Polémicas* publicamos dos artículos que debaten con textos anteriores.

Pero queremos dedicar esta revista a homenajear al más grande dirigente y teórico de la clase obrera mundial: Karl Marx.

Tal como lo indica el nombre de nuestra publicación, su legado está vivo y conserva toda su actualidad. A 200 años de su nacimiento, nada se ha confirmado tanto como la previsión de Engels en el discurso de despedida: *Su nombre vivirá a través de los siglos, y con él su obra.*

En el artículo con el que abrimos este número, enfrentamos la mutilación efectuada por el llamado “marxismo académico”, y también por los escribas de la burguesía, que lo presentan como un gran filósofo, un economista, sin relación con la lucha de clases actual.

Del mismo modo, rechazamos a quienes pretenden reivindicarlo desde la participación o el apoyo a gobiernos y/o gobernantes de la burguesía.

El Marx que nosotros reivindicamos es el que reivindicaban Lenin y Trotsky. El revolucionario, el militante de todos los días. El ardiente participante de la revolución alemana de 1848, el que vibraba apasionado con la *Comuna de París* a pesar de sus diferencias con quienes la dirigían. El gran defensor de la organización independiente de la clase obrera, el que enfrentaba la participación en gobiernos de la burguesía. El gran organizador de la Primera Internacional. El autor, junto con Engels, del texto programático aún no superado por la historia: el *Manifiesto Comunista*.

El gran teórico sí, pero de la clase obrera, que ponía toda su elaboración al servicio de la transformación revolucionaria de la sociedad, de la destrucción del capitalismo y de la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado como primer paso en la construcción del socialismo.

Ese es el Marx que guía nuestros pasos, nuestro maestro, nuestro compañero, a quien hoy, a 200 años de su nacimiento, recordamos y honramos.

*Los editores*

# A 200 años

del nacimiento de  
Karl Marx



## KARL MARX:

### EL MAYOR TEÓRICO Y DIRIGENTE DE LA CLASE OBRERA

Alicia Sagra - Argentina

El 5 de mayo se cumplieron 200 años del nacimiento de Karl Marx. Eso ha motivado una serie de publicaciones, foros, actos y diferentes eventos, especialmente en los ambientes universitarios, que se concretarán a lo largo de 2018.

En el momento de su muerte, 14 de marzo de 1883, se recibieron notas de condolencias de organizaciones obreras de diferentes partes del mundo, pero solo once personas participaron de la ceremonia fúnebre realizada en el cementerio de Highgate, Londres.

El *New Daily*, periódico de dicha ciudad, publicó:

*Fue anunciada la muerte del socialista alemán. Él vivió para ver extinguirse las partes de sus teorías que un día aterrorizaron a emperadores y cancilleres (...) Los trabajadores ingleses no se identifican con esos principios.*

Es que si bien la clase obrera europea había comenzado su recuperación y en varios países se comenzaban a construir partidos obreros marxistas, aún se sentían las consecuencias de la década de reacción política iniciada con la derrota de la Comuna de París. En esa década, la burguesía consiguió desmoralizar e influir ideológicamente en gran parte del movimiento obrero, especialmente de Francia e Inglaterra.

Pero esa coyuntural soledad e indiferencia del país donde Marx pasó más de la mitad de su vida, no amilanó a Engels, quien hizo un vibrante y emotivo discurso de despedida a su gran camarada y amigo. Ante ese reducido cortejo fúnebre, Engels dijo:

*El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde, dejó de pensar el más grande pensador de nuestros días. (...) Es de todo punto imposible calcular lo que el proletariado militante de Europa y América y la ciencia histórica han perdido con este hombre. Harto pronto se dejará sentir el vacío que ha abierto la muerte de esta figura gigantesca.*

*(...) No hubo un solo campo que Marx no sometiese a investigación –y estos campos fueron muchos, y no se limitó a tocar de pasada ni uno solo– incluyendo las matemáticas, en los que no hiciese descubrimientos originales.*

*Tal era el hombre de ciencia. Pero esto no era, ni con mucho, la mitad del hombre. (...) Pues Marx era, ante todo, un revolucionario. Cooperar, de este o del otro modo, al derrocamiento de la sociedad capitalista y de las instituciones políticas creadas por ella, contribuir a la emancipación del proletariado moderno, a quien él había infundido por primera vez la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones de su emancipación: tal era la verdadera misión de su vida.*

*La lucha era su elemento. Y luchó con una pasión, una tenacidad y un éxito como pocos (...) hasta que, por último, nació como remate de todo, la gran Asociación Internacional de Trabajadores, que era, en verdad, una obra de la que su autor podía estar orgulloso, aunque no hubiera creado ninguna otra cosa.*

*(...) Por eso, Marx era el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Los gobiernos, lo mismo los absolutistas que los republicanos, le expulsaban. Los burgueses, lo mismo los conservadores que los ultrademócratas, competían a lanzar difamaciones contra él. Marx apartaba todo esto a un lado como si fueran telas de araña, no hacía caso de ello; solo contestaba cuando la necesidad imperiosa lo exigía. Y ha muerto venerado, querido, llorado por millones de obreros de la causa revolucionaria, como él, diseminados por toda Europa y América, desde las minas de Siberia hasta California (...) Su nombre vivirá a través de los siglos, y con él su obra.*

## Engels no se equivocó, la obra de Marx sobrevive a través de los siglos

Después de su muerte continuó el proceso de construcción de partidos obreros marxistas, que tuvo su máxima expresión en el Partido Socialdemócrata Alemán y en la fundación de la II Internacional la que, según Trotsky, no vivió en vano ya que realizó un gigantesco trabajo de educación en el marxismo<sup>[1]</sup>. Y, años más tarde, los bolcheviques, encabezados por Lenin, llevaron a la concreción la teoría y el programa de Marx al dirigir la revolución de octubre de 1917 e instaurar la Dictadura Revolucionaria del Proletariado en Rusia.

En la actualidad, a partir del estallido de la crisis capitalista (2007-2008), Marx se convirtió en *best seller* mundial. *El Capital* y todos sus trabajos sobre economía se agotaron. Sus obras eran buscadas con desesperación por todos los que querían encontrar una explicación racional a la catástrofe mundial que se desarrollaba.

Hoy, a 200 años de su nacimiento, no podemos decir, como Engels, que Marx es atacado y calumniado. Por el contrario, en todas las universidades, en la mayor parte de los medios de masivos de difusión, Karl Marx es reconocido y respetado como un gran filósofo, un economista, un gran científico. Pero, como diría Engels, se está reivindicando a menos de la mitad del hombre. Es decir, se lo está mutilando, se lo quiere convertir en un intelectual académico. Y eso no tiene nada que ver con el verdadero Marx.

Marx fue, como dijo Engels, el más grande pensador de sus días y hasta ahora no ha sido superado. Fue un gran científico. Un gran intelectual, pero un gran intelectual obrero, aunque no nació en una familia proletaria. Él adoptó a la clase obrera como su clase, desde el momento en que se convenció de que solo se podría acabar con el capitalismo y comenzar la construcción del socialismo si el proletariado dirigía ese proceso y asumía el poder sobre el conjunto de la sociedad.

Su convicción sobre el rol de la clase obrera era tan profunda que estuvo en la base de muchas de las rupturas con sus antiguos aliados. Y esa confianza en la clase obrera no se daba solo en relación con su papel en la lucha sino también en el rol que puede jugar en el terreno de la teoría. Así lo muestra la admiración

<sup>[1]</sup> TROTSKY, León. “La Guerra y la Internacional”, 1914.

y el orgullo con que tanto él como Engels se referían a Joseph Dietzgen, el obrero curtidor alemán que, en forma autodidacta, elaboró una concepción filosófica del mundo, próxima a la de ellos.<sup>[2]</sup>

## La doctrina

Marx nació en Traveris, Renania, en un hogar pequeñoburgués, culto. Desde muy joven se relacionó con los que enfrentaban el régimen totalitario prusiano. Se dedicó al estudio de la filosofía, acercándose a los jóvenes hegelianos; participó activamente en los debates que se daban contra las concepciones religiosas, que era como centralmente se expresaban los opositores al régimen.

En ese proceso fue avanzando en la elaboración de lo que sería su doctrina. Para eso, tuvo central importancia su encuentro con Friedrich Engels en 1843, que fue quien lo acercó a la realidad de la clase obrera. A partir de ese momento, los dos jóvenes comenzaron un trabajo conjunto y una profunda amistad, que solo se interrumpió con la muerte de Marx.

Sobre la producción científica de Marx, Engels dice:

*Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo, pero oculto bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etc.; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los*

[2] “¿Tiene Ud. la dirección de Dietzgen? Hace ya tiempo me envió un fragmento de su manuscrito sobre la ‘facultad de pensar’. Aunque se le puede reprochar cierta confusión y demasiadas repeticiones, ese trabajo contenía muchas ideas excelentes e incluso observaciones admirables, si se tiene en cuenta que está escrito personalmente por un obrero”. Carta de Marx a Kugelmann, 5 de diciembre de 1868.

“Le adjunto la carta (que le ruego me devuelva, de un obrero germano-ruso, el curtidor Dietzgen). Engels tiene razón cuando dice que la filosofía autodidacta –practicada por obreros– ha hecho grandes progresos, si se compara este curtidor con el zapatero Jacob Boönhne, y que nadie más que un obrero “alemán” hubiera sido capaz de una tal producción intelectual”. Carta de Marx a Kugelmann, 7 de diciembre de 1868.

*hombres y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo.*

*Pero no es esto solo. Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por este. El descubrimiento de la plusvalía iluminó de pronto estos problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos socialistas, habían vagado en las tinieblas.*

*Dos descubrimientos como estos debían bastar para una vida. Quien tenga la suerte de hacer tan solo un descubrimiento así, ya puede considerarse feliz.*

Con esas breves y sentidas frases, pronunciadas en su discurso de despedida, Engels nos recuerda los dos grandes descubrimientos de Marx: el *materialismo histórico* y la *plusvalía*. A esos dos inmensos aportes hay que agregar el *materialismo dialéctico*. En el esbozo biográfico que acompaña al texto *Las tres fuentes y las tres partes integrantes del marxismo*, escrito en 1913, Lenin dice:

*La dialéctica hegeliana, o sea, la doctrina más multilateral, más rica en contenido y más profunda del desarrollo, era para Marx y Engels la mayor conquista de la filosofía clásica alemana. Toda otra formulación del principio del desarrollo, de la evolución, les parecía unilateral y pobre, deformadora y mutiladora de la verdadera marcha del desarrollo en la naturaleza y en la sociedad (marcha que a menudo se efectúa a través de saltos, cataclismos y revoluciones). «Marx y yo (dice Engels) fuimos casi los únicos que nos planteamos la tarea de salvar [del descabro del idealismo, incluido el hegelianismo] la dialéctica consciente para traerla a la concepción materialista de la naturaleza.» «La naturaleza es la confirmación de la dialéctica, y precisamente son las modernas ciencias naturales las que nos han brindado un extraordinario acervo de datos [y esto fue escrito antes de que se descubriera el radio, los electrones, la transformación de los elementos, etc.!] y enriquecido cada día que pasa, demostrando con ello que la naturaleza se mueve, en última instancia, dialéctica y no metafísicamente». (...) Así, pues, la dialéctica es, según Marx, «la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano».*

Pero Marx no se conformó con mostrar el mecanismo de la historia, las contradicciones dialécticas de la realidad, el funcionamiento de la sociedad capi-

talista y la necesidad de reemplazarla por la socialista; su gran preocupación fue la de ayudar a la clase obrera a cumplir esa tarea histórica. Por eso, trabajando en equipo con Engels, se ligó a las luchas de su época, se preocupó por las tácticas, y nos dejó el programa revolucionario: el *Manifiesto Comunista*.

## El *Manifiesto Comunista*

Ya han pasado 170 años de ese “panfleto genial”, como lo llamó Trotsky. Y nadie mejor que el gran dirigente ruso para hablarnos del significado del *Manifiesto*. En 1938, Trotsky escribió:

*¡Cuesta creer que faltan tan solo diez años para que se cumpla el centenario del Manifiesto del Partido Comunista! Este panfleto, más genial que cualquier otro en la literatura mundial, nos sorprende aún hoy por su frescura. Sus partes más importantes parecen haber sido escritas ayer. Con certeza, los jóvenes autores (Marx tenía 29 años, Engels 27) tuvieron una mayor visión del futuro no solo que sus predecesores sino que no fueron jamás igualados.*

*Ya en el prefacio que escribieron juntos para la edición de 1872, Marx y Engels declararon que, pese al hecho de que ciertos pasajes secundarios en el Manifiesto resultaban anticuados, consideraban que no tenían ningún derecho a alterar el texto original, en tanto que el Manifiesto ya se había convertido, en el período de 25 años que había transcurrido, en un documento histórico. Sesenta y cinco años más han pasado desde aquel momento. Pasajes aislados del Manifiesto resultan aún más anticuados. En este prefacio trataremos de señalar sucintamente tanto aquellas ideas del Manifiesto que conservan todo su vigor como aquellas que requieren una alteración o ampliación importante (...).*

*Así, vemos que la producción conjunta y relativamente breve de dos jóvenes autores, aún continúa ofreciendo directivas irremplazables acerca de las cuestiones más importantes y candentes de la lucha por la emancipación. ¿Qué otro libro podría compararse siquiera de lejos con el Manifiesto Comunista? Pero esto no implica que, luego de noventa años de desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas y vastas luchas sociales, el Manifiesto no necesite correcciones ni agregados. El pensamiento revolucionario no tiene nada en común con la adoración de ídolos. Los programas y los pronósticos se ponen a prueba y se corrigen a la luz de la experiencia, que es el criterio supremo de la razón humana. (...)*

*El Manifiesto también requiere correcciones y agregados. Sin embargo, como lo evidencia la experiencia histórica, estas correcciones y agregados solo pueden hacerse con éxito si se procede de acuerdo con el método que anida en las bases del Manifiesto mismo.*

## **El militante profesional. El permanente defensor de la independencia política de los trabajadores**

Lejos del erudito pensador que nos muestran los “marxistas” académicos, Marx fue un hombre de acción. Tuvo una vida muy difícil, perseguido por la reacción de varios países y por la miseria que provocó la muerte de dos de sus hijos en plena infancia, atacado durante muchos años por recurrentes y dolorosas infecciones que lo incapacitaban por largos períodos. Pero esa realidad no apagó su optimismo revolucionario ni su militancia permanente. Marx fue un militante revolucionario profesional. Un militante de todos los días, que acompañaba y participaba de las más diversas luchas de su época.

Eso fue así en los momentos de ascenso, como lo muestra su participación, no solo política sino también física, en la revolución de 1848, en Alemania. Y también lo fue en los momentos de retroceso (1849-1859), cuando en forma sistemática realizaba el acompañamiento de la clase obrera de los diferentes países y elaboraba respuestas de clase para la guerra de Crimea, para la guerra franco-austríaca, al tiempo que avanzaba en la elaboración de su principal obra, *El Capital*.

Su participación crece con la recuperación del movimiento obrero europeo y pega un salto con la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores, la Primera Internacional, de la que no fue su fundador pero sí su principal orientador y organizador.

Desde el Consejo General de la AIT, Marx desarrolló una intensa actividad, impulsando campañas por la reforma electoral, por la disminución de la jornada de trabajo, por el apoyo a la insurrección polaca, por el apoyo a la lucha contra el esclavismo en la guerra civil de EEUU, organizando la solidaridad con las luchas y el socorro a los luchadores perseguidos en diferentes partes del mundo, y, obviamente, todo esto tuvo un punto culminante con la Comuna de París.

Algo que olvidan quienes hoy le rinden homenajes, al mismo tiempo que defienden la participación en gobiernos burgueses de alianza de clases, es que desde 1848 una constante en la intervención y en la política de Marx fue el combate por el poder político de la clase obrera, la defensa de la independencia política de los trabajadores, y el tajante rechazo a la participación en gobiernos con la burguesía<sup>[3]</sup>. Coherente con esto en el Manifiesto Inaugural de la Primera Internacional (redactado por él) se plantea: “Por esto, el primer deber de la clase obrera consiste en conquistar el poder político; para ello es necesario organizar en todas partes partidos obreros”<sup>[4]</sup>

## La confianza y la pasión por la revolución

Queremos finalizar esta nota con extractos de un texto de Lenin sobre la política revolucionaria de Marx. Se trata del prefacio a la edición rusa de *Cartas a Kugelmann*, escrito el 5 de febrero de 1907. En ese texto, Lenin contrapone la actitud de Marx frente a la revolución con la que tienen intelectuales que se dicen marxistas pero ven la revolución como algo del pasado, que ahora tendría que ser sustituida por salidas por dentro del régimen constitucional. Si bien se trata de una polémica que tiene que ver con la situación rusa de 1907, creemos que nuestros lectores encontrarán algunos parecidos con los debates que se plantean en nuestra realidad actual.

*La concepción pequeñoburguesa del marxismo, según la cual el período revolucionario, con sus formas particulares de lucha y las tareas especiales del proletariado, sería casi una anomalía, mientras que el «régimen constitucional» y la «oposición extrema» sería la regla, está extraordinariamente difundida entre los socialdemócratas de Rusia (...).*

*¡Cómo denuncia Marx, en sus cartas a Kugelmann, la banalidad de esta concepción del marxismo! (...) Catorce años antes, había dado un juicio definitivo sobre la revolución alemana de 1848. En 1850, había abandonado todas las ilusiones que él*

<sup>[3]</sup> Este rechazo es evidente en su análisis de la revolución francesa de febrero de 1848 y su fuerte cuestionamiento a la participación del socialista Louis Blanc en el Gobierno (*La lucha de clases en Francia- 1848-1849*).

<sup>[4]</sup> RIAZANOV, David. “Marx y Engels”, séptima conferencia (Curso sobre la vida y la acción de Marx y Engels, resumido en nueve conferencias).



*mismo se había hecho en 1848 sobre la proximidad de una revolución socialista (...).*

*Marx no se hacía ilusiones en cuanto a la probabilidad de que la próxima revolución (que vino desde arriba, y no desde abajo, como él esperaba) aniquilara a la burguesía y al capitalismo. Señaló claramente que esa revolución solo suprimiría a las monarquías prusiana y austríaca. ¡Y qué fe en esta revolución burguesa! ¡Qué pasión revolucionaria de militante proletario, consciente del inmenso papel que la revolución desempeña en el avance del socialismo!*

*(...) Esto es lo que deberían aprender de Marx los intelectuales marxistas rusos, relajados por el escepticismo, atontados por la pedantería, propensos a los discursos de arrepentimiento, los que se cansan pronto de la revolución y sueñan con su entierro y su sustitución por una prosa constitucional, como con una fiesta. (...)*

*El juicio de Marx sobre la Comuna es la cumbre de su correspondencia con Kugelmann. (...) En septiembre de 1870, seis meses antes de la Comuna, había advertido directamente a los obreros franceses diciéndoles que la insurrección sería una locura, en su famoso llamamiento de la Internacional.*

*Denunció de antemano las ilusiones nacionalistas en cuanto [a] la posibilidad de que el movimiento se desarrollase en el espíritu de 1792.<sup>[5]</sup>*

*¿Y qué posición asumió cuando esta empresa desesperada, según su propia declaración de septiembre, se llevó a la práctica en marzo de 1871? ¿Acaso Marx aprovechó la oportunidad en detrimento de sus adversarios, los proudhonistas y los blanquistas que dirigían la Comuna?*

*¿Acaso se puso a gruñir como un bedel?: «Ya se los decía yo, ¡he aquí el fruto de su romanticismo, sus quimeras revolucionarias!»*

*No. El 12 de abril de 1871, Marx le escribió a Kugelmann una carta llena de entusiasmo, una carta que con gusto colgaríamos de la pared, en la casa de cada socialdemócrata ruso, de cada obrero ruso que sepa leer (...).*

*“¡Qué flexibilidad –escribe– qué iniciativa histórica, qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses! [...] Jamás la historia había conocido antes un ejemplo de heroísmo de tal magnitud!”*

<sup>[5]</sup> «Intentar derribar el nuevo gobierno en la presente crisis, cuando el enemigo está a las puertas de París, sería un acto de pura locura. Los obreros franceses deben cumplir su deber único, pero, además, no hay que equivocarse dejándose arrastrar por los recuerdos del Primer Imperio. Los obreros no deben volver al pasado sino edificar el porvenir». Mensaje del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores, del 9 de septiembre de 1870.

*Lo que Marx aprecia por encima de todo es la iniciativa histórica de las masas (...) Y como participante en esta lucha de masas, que vivió con todo el ardor y la pasión que le eran propios, desde su exilio en Londres, Marx critica los pasos inmediatos de los parisenses, «valientes hasta la locura» y dispuestos a tomar el cielo por asalto. (...) Marx era capaz de prevenir a los dirigentes contra una insurrección prematura. Pero hablaba como consejero práctico del proletariado que toma el cielo por asalto, como hombre participante en la lucha de las masas que elevan al movimiento entero hasta un grado superior, a pesar de las teorías falsas y de los errores de Blanqui y de Proudhon.*

*“Como quiera que sea –escribe– aunque sucumban bajo el asalto de los lobos, los cerdos y los viles perros de la vieja sociedad, la sublevación de París es la hazaña más gloriosa de nuestro Partido después de la insurrección de junio”.*

*Sin ocultarle al proletariado ni uno solo de los errores de la Comuna, Marx dedicó a esta hazaña una obra que sigue siendo hasta el presente la mejor guía que podamos tener en la lucha por el «cielo», y el espanto más temido para los «cerdos» liberales y radicales.*

*(...) Kugelmann respondió a Marx, manifestándole algunas dudas, indicando lo desesperado de la empresa, hablando de realismo en oposición al romanticismo; en todo caso, comparó la Comuna, que era una insurrección, con la manifestación pacífica del 13 de junio de 1849 en París. Inmediatamente (el 17 de abril de 1871), Marx envía a Kugelmann una severa réplica:*

*“Desde luego, sería sumamente cómodo hacer la historia universal si solo se emprendiera la lucha cuando las probabilidades fueran infaliblemente favorables”.*

*Marx decía en septiembre de 1870 que la insurrección sería una locura. Pero cuando las masas se alzan, Marx quiere marchar junto a ellas, instruirse al mismo tiempo que ellas, en la lucha, y no dar lecciones burocráticas. Comprende que cualquier intento de dar por sentadas de antemano, con toda precisión, las probabilidades de la lucha sería charlatanería o pedantería imperdonable. Estima, por encima de todo, el hecho de que la clase obrera, heroicamente, con abnegación, con espíritu de iniciativa, crea la historia del mundo (...).*

*Marx sabía ver también que en ciertos momentos de la historia una lucha encarni-*

*zada de las masas, aunque sea por una causa desesperada, es indispensable para la educación ulterior de esas propias masas y de su preparación para la lucha futura (...).*

*Pero Marx planteó precisamente este problema, sin olvidar que en septiembre de 1870 él mismo había reconocido que una insurrección hubiera sido una locura:*

*“Los canallas burgueses de Versalles [...] pusieron a los parisienses ante la alternativa de aceptar el reto a la lucha o entregarse sin luchar. En este último caso, la desmoralización de la clase obrera hubiera sido una desgracia mucho mayor que la pérdida de un número cualquiera de «jefes»”.*

Este Marx que reivindica Lenin es el que nosotros reivindicamos y, como ya dijimos, no tiene nada que ver con el sabio, el filósofo, que reivindican los que entienden el marxismo solamente como una interpretación del mundo, como un método de análisis del pasado, y no como una guía para la acción, como el programa para la revolución.

Ese “marxismo” académico olvida que ya en 1845 Marx y Engels afirmaron: *Los filósofos se limitaron a interpretar el mundo, de lo que se trata es de transformarlo.*<sup>[6]</sup>

\*\*\*

---

<sup>[6]</sup> MARX, Karl. “Tesis sobre Feuerbach”, nº 11.

# Dossier

## Todo es Historia

Paraguay: ¿Qué fueron los regímenes de Rodríguez de Francia y los López?

## EL CARÁCTER HISTÓRICO Y LOS LÍMITES DEL RÉGIMEN DE *EL SUPREMO* [1814-1840]

Ronald León Núñez - Paraguay

La enigmática y controvertida figura de José Gaspar Rodríguez de Francia, *Supremo Dictador Perpetuo de la República del Paraguay* entre 1814 y 1840, es indisociable del derrotero de la revolución paraguaya de independencia.

Si bien su obra es casi desconocida y su nombre descansa a la sombra de otros próceres latinoamericanos como Simón Bolívar o José de San Martín, en el Paraguay y entre los estudiosos de la Guerra de la Triple Alianza, es difícil encontrar otro personaje que despierte tanta pasión en la polémica historiográfica.

Así, la interpretación de su legado político y económico divide aguas entre apologistas y detractores, entre *francistas* y *antifrancistas*.

La *historiografía liberal*, que se impuso con el fin de la Guerra contra el Paraguay y representa esencialmente la “historia de los vencedores”, pinta todo el período entre 1814 y 1870 como una era obscurantista, signada por el aislamiento comercial, el atraso económico, el terror político y la ignorancia.

El relato liberal tejó una “leyenda sombría” alrededor del doctor Francia. En ella, este no pasaría de un tirano desequilibrado y sanguinario que de manera caprichosa “aisló” al Paraguay del “progreso” material y cultural que traía aparejado el *libre comercio* durante el siglo XIX. El dictador Francia –y luego, los dos López–, según esta narrativa, representan la *barbarie* que resistió a la *civilización* propiciada por el *laissez faire*. De ahí la conclusión, con más o menos

paliativos, de que la Guerra contra el Paraguay encerraba un carácter *progresivo* y *civilizatorio*. Esta es la construcción histórica, repugnantemente hipócrita, que erigieron los “civilizadores” esclavistas y genocidas sobre las cenizas de un Paraguay arrasado.

A inicios del siglo xx surgió la *historiografía nacionalista*, que para contraponerse a la interpretación liberal se hizo llamar *revisionista*. Apelando a una narrativa de estilo épico, que enaltece a la “raza paraguaya”, el nacionalismo burgués creó alrededor de las figuras del dictador Francia y de los López un verdadero culto a la “personalidad del héroe”. Francia es presentado como el “padre de la patria”, el “creador de la nacionalidad”, que a su vez sería producto de un proceso esencialmente *endógeno*, divorciado del contexto histórico internacional. De esta suerte, el *Supremo* es retratado como un gobernante infalible, intachable, y siempre “justo”; un político sin contradicciones, que ejecutó un programa político que había sido concebido mucho antes del proceso independentista. Es más, ese programa, según algunos de sus apologistas, no solo perseguía la independencia del país, sino instaurar una “sociedad igualitaria”. En suma, Francia no sería solamente el dirigente más importante de la independencia –que lo fue–, sino también una especie de *patriarca* que “aniquiló” a la “oligarquía” y actuó como benefactor de los más pobres.

La corriente nacionalista encontró su apogeo a partir del golpe militar de 1936, que acabó con la sucesión de gobiernos liberales –ciertamente oligárquicos y antinacionales– que se dio a partir de 1870 y entregó el poder al coronel Rafael Franco. En su embate contra la “democracia” liberal, Franco expresó su simpatía hacia el fascismo italiano.

El nacionalismo rehabilitó las figuras del doctor Francia y de los López. En especial la de Francisco Solano, que de “asesino de su Patria y enemigo del género humano” –como fue declarado en 1870– se transformó en “héroe máximo de la Nación sin ejemplar”.

Siguiendo esa línea, la propaganda oficial de la sanguinaria dictadura militar-colorada del general Stroessner [1954-1989], a pesar de profundamente pro-imperialista, también presentó a su régimen como el genuino “sucesor” de la obra de Solano López y, de modo más general, de aquella *edad de oro* perdida en el siglo XIX.

Como no es difícil advertir, tanto la del liberalismo como la del nacionalismo representan dos interpretaciones *burguesas* de la historia paraguaya. Siendo así,

¿cuál fue la interpretación general que expuso la “izquierda”, especialmente aquella que reivindica el marxismo?

En el justo afán de polemizar con la visión liberal, que reproduce sin más el discurso “civilizador” de la Triple Alianza, un amplio abanico “crítico” y “social”, que se abre desde el PCP, pasa por las variantes del castro-guevarismo-chavismo, hasta los sectores “sociales” de la Iglesia católica, no evitó caer en el culto a la personalidad del doctor Francia y de los López que propone la literatura nacionalista.

En el caso de Francia, esa *izquierda* no dudó en asumir el mito del “igualitarismo”. Algunos, como veremos en otro artículo<sup>[1]</sup>, fueron más allá y le atribuyeron un carácter precursor y “proto-socialista”. En el siglo xx, esta lectura sirvió para que la izquierda reformista, influenciada por el campismo y el etapismo estalinista, justificase su incansable búsqueda de algún burgués “patriótico” que pudiera dirigir el “campo democrático y popular” en contra del “reaccionario y oligárquico”.

El método de análisis marxista todavía tiene mucho que aportar al estudio de ese proceso. En primer término, una lectura marxista debe polemizar con las dos principales corrientes de pensamiento que apuntamos. Ambas construcciones teóricas, además de su énfasis en el papel de los individuos, cometen el error metodológico de considerar solo algunos elementos de la realidad, aquellos más ajustados a su “versión”, para después aislarlos de la *totalidad*. Así, con facilidad las contradicciones se transforman en esencia, o bien se construye una “narrativa global” eliminando las contradicciones.

El marxismo, advirtámoslo desde ya, en general asume la defensa del derecho a la autodeterminación de las naciones coloniales y oprimidas. Este será el punto de partida para interpretar y posicionarnos en el proceso de independencia latinoamericano y, específicamente, en el caso paraguayo, donde la revolución de independencia conquistó avances importantes, hasta su destrucción final a manos de la Triple Alianza.

Pero el marxismo no es “nacionalista”. Esto se traduce, en el caso paraguayo, en que no es “francista” ni “lopista”. El método marxista estudia e interpreta la historia a partir de la lucha de clases o entre facciones de clase. En ese marco, evidentemente, incorpora a su análisis el papel del individuo, pero es contrario a cualquier culto a la personalidad.

<sup>[1]</sup> Ver en esta edición: Tres polémicas sobre el régimen del dictador Francia.

El individuo cumple un papel subjetivo que puede llegar a ser crucial, pero que nunca estará disociado, ni en su surgimiento ni en su dinámica posterior, de un contexto histórico objetivo. Esto se debe, según Marx, a que “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado [...]”<sup>[2]</sup>.

Es fundamental, entonces, analizar cada proceso tomándolo en su conjunto, contextualizando su época histórica, interpretar el papel de las clases, identificar sus aspectos progresivos pero también apuntar sus límites y contradicciones.

Así, antes de abordar la independencia paraguaya y las medidas del dictador Francia, se hace indispensable comprender el proceso histórico general que lo encuadra.

## 1- El marco histórico: la revolución democrático-burguesa anticolonial

Si convenimos en que el dictador Francia es producto del proceso revolucionario de independencia, y no al revés, se hace necesario definir el *carácter* de esa revolución. La naturaleza de toda revolución estará siempre determinada por la *época histórica* en que surge. Es el período histórico, en escala internacional, el que plantea las premisas materiales, las tareas esenciales, así como las limitaciones de cada proceso revolucionario. Sin embargo, el desarrollo material y subjetivo desigual hará que las *condiciones concretas* para la materialización y el alcance de esas tareas, sean distintas en cada país o región.

El proceso de crisis y desintegración del sistema colonial europeo en América –que comprende, de un lado, una lucha continental para independizar a las naciones americanas de las metrópolis y, de otro, un proceso turbulento y violento de conformación de nuevos Estados nacionales independientes–, está enmarcado en la *época de las revoluciones democrático-burguesas*, inaugurada con la Revolución Francesa de 1789 o, si se quiere, con la Revolución de Independencia de las trece colonias británicas que dieron origen a los EEUU entre 1775 y 1783.

///

<sup>[2]</sup> MARX, Karl. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Ediciones Libertador, 1998, p. 17.



La Revolución Francesa asestó un golpe mortal tanto al imperio colonial francés, con consecuencias inmediatas en Haití –la más radical revolución anticolonial y negra–, como al colonialismo español, a través de la invasión napoleónica de 1808, que derrocó a los borbones e inició un proceso de crisis irreversible en sus posesiones americanas.

Esta es la época en que la burguesía, cumpliendo un papel históricamente progresivo, asalta el poder del Estado para destruir cualquier obstáculo que impida el desarrollo de un modo de producción capitalista y la imposición de una sociedad burguesa.

Entre las principales tareas democrático-burguesas, se destacan: la independencia nacional, entendida como el derecho democrático a la autodeterminación; la construcción de un aparato estatal burgués, que encontró en la *república parlamentaria* su forma de gobierno más avanzada; la separación entre el Estado y las iglesias; una serie de derechos democráticos formales, como la libertad de expresión, religiosa, el derecho al voto, etc. Estas libertades democráticas, desde el punto de vista burgués, estaban sujetas a la más importante de todas: la *libertad de empresa*, es decir, libertad irrestricta para producir y circular mercaderías, basada en el “derecho natural” a la propiedad privada. En el terreno social, la transformación democrática más importante era la agraria, que suponía el acceso de los pequeños productores a la tierra.

Pero, vale insistir en que este programa *histórico* de las revoluciones burguesas no se aplicó, ni podía aplicarse, de la misma forma en todos los países y regiones. Tampoco debemos perder de vista que ninguna revolución burguesa, ni siquiera aquellas que contaron con más participación popular y que por ese motivo fueron más radicales, resolvieron todas las demandas de democratización. Y no podían haberlo hecho, puesto que, a pesar de su sentido histórico progresivo, se trataba de revoluciones al servicio de la dominación de una nueva clase explotadora.

¿Cómo se ajusta esto al caso latinoamericano? Existen autores que niegan que las revoluciones de independencia latinoamericanas del siglo XIX constituyan revoluciones democrático-burguesas. Esto es un error conceptual. Si estamos de acuerdo con que la principal misión de cualquier revolución democrático-burguesa es la eliminación de cualquier traba para el crecimiento del capitalismo nacional, en el caso de las regiones colonizadas, esto significaba que la principal tarea para poder desarrollar plenamente una burguesía y un

mercado interno nacionales, consistía en *liquidar* la relación colonial, destruyendo el poder de la metrópoli.

La razón de esto es simple: la relación colonial se erigía como la barrera más poderosa para cualquier avance nacional y democrático. Tampoco es necesario ahondar demasiado en el potencial de desarrollo material que la independencia nacional podía liberar. Dos ejemplos son suficientes: el de la independencia de los Países Bajos de la tiranía española, conquistada en 1648 después de una guerra que duró ochenta años; y el de la independencia de los EEUU contra la metrópoli británica en 1783, tras ocho años de guerra. En ambos casos, la *autodeterminación nacional* fue una *precondición* para el impresionante posterior desarrollo de las fuerzas productivas.

Así, la ruptura con la metrópoli y la independencia nacional se planteó en América como una tarea democrático-burguesa indispensable, que en las condiciones de una *colonia* interesaba no solo a los ricos comerciantes y terratenientes *criollos* sino a todo el pueblo, puesto que su concreción liberaría a la *nación oprimida* como un todo, de la dominación extranjera.

Ahora bien, cada clase o sector de clase entró en esa lucha *nacional* con intereses y programas contrapuestos. Los intereses de la alta burguesía nativa – fundamentalmente comerciantes y productores para el mercado externo– no podían ser conciliados con los intereses de los llamados sectores populares, esto es, de los medianos y pequeños propietarios rurales y urbanos, artesanos, peones jornaleros, indígenas sometidos a tributo, y negros esclavizados. Así, las divisiones de clase dentro de las “fuerzas patriotas” siempre estuvieron presentes, a pesar de que, en la lucha práctica, en diversos momentos se concretaron amplios frentes policlasistas contra el colonizador.

Este es, *grosso modo*, el marco histórico del proceso de liberación de las colonias americanas de las metrópolis europeas, que tuvo alcance continental, y del que el Paraguay no solo era parte integrante sino que tenía su suerte ligada a la resolución de esa lucha general. Esto significa que, sin la victoria de la revolución de independencia continental, no existiría el Paraguay independiente.

En suma: la revolución paraguaya de independencia, como las demás del continente, fue una revolución democrático-burguesa, no solo por situarse en la época de ascenso mundial de la burguesía sino esencialmente por sus tareas. La diferencia con los procesos “clásicos” europeos estribaba en la jerarquización del programa: por tratarse de naciones colonizadas, la principal tarea demo-

crática consistía en conquistar la independencia nacional, y esto solo podía lograrse rompiendo con cualquier tipo de dominación de la metrópoli. Por lo tanto, podemos definirla como una *revolución democrático-burguesa anticolonial*.

¿Fue una revolución política o social? Por tratarse de un proceso *anticolonialista*, fue *esencialmente* política, aunque esto no significa que estuvo ausente de cambios económico-sociales. Pero no fue una revolución “social”. Si el estalinismo tuviera razón y se tratara de procesos que derrocaron regímenes “feudales” y que abrieron las compuertas –recién en el siglo XIX– al “capitalismo”, si estaríamos hablando de revoluciones sociales. Pero esto no fue así. El carácter o “sentido” de la colonización, como explicamos en otros artículos, fue eminentemente capitalista, aunque se apoyara en relaciones de producción no capitalistas. Así, lo que ocurrió en el siglo XIX fue una disputa a muerte por el poder político entre dos facciones *burguesas*: la española-colonialista y la de los criollos. Y el Imperio español fue derrotado.

El carácter político del proceso se manifiesta en que destruyó la superestructura controlada por la metrópoli española, dando origen a otra de carácter nacional-independiente, ahora controlada por la naciente burguesía nacional. Esto no significa que en los nuevos Estados independientes no permanecieron resquicios jurídicos o institucionales del viejo orden español; en todos los casos hubo elementos de “continuidad”. Pero este es un aspecto formal que no define el proceso. Lo determinante es que el Estado metropolitano perdió el control *político* de las colonias.

En el plano estructural, con la sola excepción del caso haitiano, las independencias no cambiaron sustancialmente las relaciones de producción entre las distintas clases sociales. Tampoco alteraron la ubicación de las naciones –incluida la del Paraguay– en la división internacional del trabajo.

En pocas palabras: las naciones americanas dejaron de ser colonias y se autodeterminaron políticamente. Esto representó un hecho progresivo colosal. Un cambio cualitativo en el carácter de los países. Este cambio político, al mismo tiempo, allanó el camino para futuros cambios económicos y conquistas sociales. Es fundamental comprender la esencia del proceso. Si bien toda revolución social, por su alcance, es al mismo tiempo “política”, no toda revolución política es social.

///

## 2- El caso paraguayo

Si, como examinamos, la independencia paraguaya es inseparable del proceso de liberación continental, cabe ahora señalar sus particularidades: su contexto regional específico; el papel de las clases y sectores de clase; y el alcance de sus realizaciones.

Dada la histórica marginalidad geográfica y económica de la antigua provincia paraguaya, para poder defender su independencia política –declarada en octubre de 1813– y generar mínimas condiciones para su desarrollo material, la nación debió enfrentar no solo el poder español sino también la política anexionista de la burguesía comercial de Buenos Aires, que monopolizaba el principal puerto y aduana platense. El centralismo porteño, en el contexto de su guerra contra todo el Interior, no reconoció la independencia de la nueva República sino hasta 1852.

Como ocurrió en otros casos latinoamericanos, entre 1811 y 1813 existió un amplio frente anticolonial, que en un primer período estuvo liderado por la alta burguesía rural y comercial *criolla*, pero que incluía a representantes políticos de las clases medias urbanas, como fue el caso del doctor Francia. Esa burguesía “tradicional” *criolla* –un sector de la clase propietaria que centraba su acumulación en la producción y el comercio de exportación– era la facción social más conservadora y menos democrática: su programa político aspiraba a negociar con Buenos Aires “más autonomía” comercial y política en las mejores condiciones posibles. No significa que no estuviera dispuesta a presionar, pero ello siempre estaría al servicio de alcanzar un acuerdo. Si la autonomía podía lograrse “por las buenas”, sin llegar a una ruptura definitiva, tanto mejor.

Pero la doble presión externa, que a su vez era producto de la doble dependencia histórica, de la metrópoli y de Buenos Aires, en la práctica fue inviabilizando cualquier compromiso autonomista, o salida federalista. El propio Rodríguez de Francia abrazó la propuesta federalista en 1811. Pero la intransigencia de Buenos Aires fue tal que, para 1813, las únicas dos alternativas para la embrionaria burguesía nacional eran: someterse al control de la burguesía comercial porteña, actuando como su socia menor; o bien emprender el camino de la independencia. Esta disyuntiva rompe el “frente patriota”. La alta burguesía *criolla*, si bien había derrocado el poder español y hasta cierto punto presionado a Buenos Aires, demostró los límites de su carácter vacilante. Ante la extorsión

comercial de Buenos Aires, se mostró incapaz de avanzar por el camino de la independencia absoluta y la construcción del nuevo Estado nacional.

El sector de los *militares estancieros* –Yegros, Cavañas, Caballero, Iturbe–, así como el sector comerciante –Fernando de la Mora, Gregorio de la Cerda, etc.–, estaban ligados al comercio exterior; no tenían mucho interés en desarrollar la producción para fortalecer el mercado interno. Desde antes de romper con el españolismo, Buenos Aires había sido el centro principal de sus financiamientos y mercado –consumidor y redistribuidor– casi exclusivo de la producción de yerba mate y tabaco. Existían relaciones comerciales y hasta familiares entre grupos de empresarios en ambas capitales. Hubo también, aunque con mucho menos peso político, individuos que mostraron simpatía por el federalismo de Artigas, que se oponía al “centralismo” de Buenos Aires pero sin necesariamente aspirar a constituir Estados nacionales independientes.

Esta dinámica llevó a que, tanto la tarea de garantizar la independencia nacional –consolidación de un Estado nacional [ejército y finanzas propias] y de un mercado interno–, como la resolución del histórico problema de la ligazón directa con el mercado mundial –defensa de la libre navegación de los ríos y rechazo al monopolio aduanero–, fuera asumida por sectores propietarios “no tradicionales” –compuestos por estancieros ricos pero relegados del poder, medianos chacreros, pequeños comerciantes de las villas–. En suma, por segmentos menos dependientes del comercio exterior y más interesados en el mercado interno, sobre todo dedicados a la ganadería y a la pequeña producción mercantil. Por esa razón, esos sectores sufrían menos el impacto de la interrupción mercantil provocada por las vicisitudes políticas en el Plata.

El doctor Francia emergió como el principal representante de estos propietarios rurales, que no integraban ni tenían el prestigio de las “cien familias” principales de la ex provincia pero estaban deseosos de ascender socialmente.

Francia, que no era comerciante ni estanciero ni caudillo militar, sino un abogado “ilustrado”, supo maniobrar en medio de la inestabilidad política y social de 1812, capitalizando esta a su favor, para lo que hábilmente se apoyó en ese sector social hasta alcanzar el poder absoluto, a partir de dos congresos nacionales, en 1813 y 1814, basados en la inédita convocatoria de “mil diputados”. La llegada al poder de Francia responde a un momento crítico para la independencia y, al mismo tiempo, marca el ápice de la participación democrática en el proceso que se había iniciado en 1811.

Algo más sobre la “base social” de Francia. La convocatoria de los congresos de 1813 y 1814 sin duda obedeció a un criterio democrático muy avanzado para la época y la región: diputados electos por el voto “enteramente libre” de todos los varones con más de 23 años “de cualquier estado, clase, o condición” –es decir, voto no censitario–, y en número proporcional a la población de cada villa. Esta singularidad es importante y debe ser señalada, aunque no resuelve el problema de la definición de la base social de Rodríguez de Francia.

Es un lugar común, especialmente en la literatura nacionalista “de izquierda”, sostener que Francia alcanzó el poder a través de los “delegados rurales”, o bien afirmar que en 1813 “la campaña” se impuso “a la ciudad”. Esto es una verdad a medias. El problema para una definición que pretende ser marxista, se presenta cuando, en la formulación “el campo”, se engloba a los pequeños propietarios pobres, a los campesinos sin tierra que vivían como “tolerados” en lotes ajenos, al peón agrícola “libre”, a los esclavos negros, junto con grandes terratenientes, como era el caso de José Miguel Ibáñez, un militar que en 1816 fue el diputado que defendió la propuesta de declarar a Francia “dictador perpetuo con calidad de ser sin ejemplar”. Ibáñez, junto con Manuel Gamarra, era el latifundista más rico de Concepción.

Ignacio Telesca refirió que en las actas de Pilar y Pedro González, todos los delegados electos estaban anteceditos por el título de *don*. ¿Cuántos “medianos y pequeños campesinos” participaron como delegados en esos congresos? ¿Hubo representantes indígenas? No es posible saber. En el acta del congreso de 1813 no constan las firmas de los mil diputados, solo el de unos veinte, posiblemente designados para refrendar el documento, todos “miembros de la elite, muchos de ellos ex cabildantes, incluso de la época colonial, y tres eclesiásticos”<sup>[3]</sup>.

Así, la base social del doctor Francia no puede definirse a la ligera como “popular” o “plebeya”. No. Su ascenso se apoyó, principalmente, en una facción de propietarios rurales, compuesta no solo por “pequeños y medios campesinos” sino también por grandes latifundistas, aunque sin fuertes conexiones con el mercado externo.

De hecho, los “delegados de gobierno” y comandantes militares que Francia nombró en el interior eran propietarios de tierra y ganado<sup>[4]</sup>. El propio Policarpo

<sup>[3]</sup> TELESCA, Ignacio. *Revolución, república y pueblo*. In: TELESCA, Ignacio; BREZZO, Liliana; CABALLERO, Herib (Coord.). *Paraguay 1813: La proclamación de la República*. Asunción: Taurus, 2013, p. 55.

Patiño, que se desempeñó como secretario personal y “mano derecha” del dictador, era un empresario productor-comerciante de yerba de San Pedro de Ycuamandiyú. El inventario de bienes de Patiño, que cayó en desgracia y se suicidó tras la muerte de Francia, incluía cuantiosas tierras, casas, y esclavos<sup>[5]</sup>.

Esta precisión, si bien es fundamental para entender el período de Francia, en sí misma no resta importancia a la convocatoria democrática de los congresos nacionales de 1813 y 1814. Tampoco disminuye el significado de la derrota política de la “oligarquía tradicional” a manos de otra facción burguesa más interesada en la *producción nacional* y en el mercado interno, liderada por una figura oriunda de la pequeña burguesía urbana. Esto, a la larga, se reveló como un *hecho progresivo* que garantizó la independencia en su momento más crítico. Y aquí reside otra singularidad: mientras que en Buenos Aires y otras regiones los sectores que podríamos llamar “jacobinos” fueron derrotados, en el Paraguay, debido principalmente a la debilidad de la burguesía “tradicional” frente a la amenaza exterior, alcanzaron el poder.

Pero la analogía con los “jacobinos” también debe tomarse con pinzas y en su contexto. No se trató de un fenómeno político surgido ni montado en la movilización activa y radicalizada de las masas empobrecidas de la ciudad y del campo, como ocurrió en el caso de los jacobinos y *enragés* franceses, apoyados –y presionados– por los *sans-culottes*, que si extendemos aquella analogía al Paraguay de 1811-1813, equivaldría a un movimiento de campesinos pobres, peones rurales, indios reducidos y negros esclavizados. Ni esos sectores realmente “plebeyos” y “populares” participaron de manera directa de los acontecimientos ni la revolución fue hecha en su nombre. Ciertamente, el proceso paraguayo no fue ni el levantamiento campesino e indígena de México en 1810 ni mucho menos el de Haití de los “jacobinos negros”. El mismo día que el poder español fue derrocado, un edicto impuso un toque de queda que prohibía cualquier reunión de “tres personas juntas, y ni una de ellas de las clases de Negros y Pardos [...]”<sup>[6]</sup>.

<sup>[4]</sup> Ver informe del vicecónsul francés Aimé Roger, en: BENÍTEZ, Justo. *La vida solitaria del Dr. José Gaspar de Francia, dictador del Paraguay*. Asunción: Servilibro, 2010, p. 266.

<sup>[5]</sup> VERÓN, Carlos. *Polí, el malquerido*, en: <<http://www.abc.com.py/edicion-impresa/suplementos/abc-revista/poli-el-malquerido-320768.html>>, consultado el 01/02/2018.

<sup>[6]</sup> VELILLA, Margarita (Org.). *Autos de la Revolución del Paraguay del 15 de mayo de 1811*: Archivo Nacional de Asunción, Sección Historia, Vols. 213 A y B. Asunción: Servilibro, 2011, p. 28.

### 3- Las medidas de la revolución

La combinación entre el peligro externo y la dinámica interna de la lucha entre las clases y sectores de clase hizo que el proceso revolucionario democrático-burgués-anticolonial paraguayo concretase y consolidase tareas importantes. Por razones de espacio, nos limitaremos a enumerarlas para, a partir de ahí, profundizar sobre el papel histórico del gobierno de Francia.

#### 3-1. La independencia nacional

Como señalamos, este fue el objetivo político fundamental de la revolución y el hilo conductor de toda la obra del gobierno del doctor Francia. La independencia nacional debió ser defendida de los españolistas, del centralismo porteño, y de la hostilidad portuguesa en el norte.

La declaración de la República liberó fuerzas para comenzar a construir y consolidar un Estado burgués nacional, basado en la estructuración de un ejército nacional profesional –que liberó al campesino pobre del servicio militar obligatorio y no remunerado<sup>[7]</sup>– y al que Francia destinó más de 90% de los ingresos públicos. Evidentemente, el ejército nacional no era, como romantiza un autor, una fuerza “plebeya”<sup>[8]</sup>, sino un aparato represivo burgués, en primer lugar al servicio de garantizar la *paz social* interna y, también, de proteger las fronteras del incipiente mercado interno nacional. La defensa permanente de la libre navegación de los ríos interiores “sin sujeción a ninguna traba arbitraria de impuesto, registro, puerto preciso, derecho de tránsito u otra cualquier invención semejante [...]”<sup>[9]</sup>, que se concretaba básicamente en la oposición del dictador a Buenos Aires, indicaba el interés histórico de la embrionaria burguesía nacional por ligarse al mercado internacional, aunque de manera independiente.

///

<sup>[7]</sup> El sueldo promedio de un soldado era de 6 pesos, aunque se le descontaba el valor del uniforme y otras provisiones.

<sup>[8]</sup> MAESTRI, Mário. *Paraguay: a República camponesa [1810-1865]*. Porto Alegre: FCM Editora, 2015, p. 134.

<sup>[9]</sup> Decreto del doctor Francia, del 4 de noviembre de 1825. ANA-SH, Vol. 237, N.º 10.



### 3-2. La expropiación de las fuerzas contrarrevolucionarias y la nacionalización

La inestabilidad del comercio internacional generó una gravísima crisis financiera. A esto se sumó una oposición creciente al gobierno, que no cedía a la extorsión porteña y del propio Litoral. En ese contexto, el dictador Francia se vio forzado a confiscar propiedades y bienes, además de aplicar fuertes multas a todo aquel que juzgase enemigo de la independencia: la Iglesia católica, los españoles, porteñistas, artiguistas, etc. En otros procesos independentistas también se dieron confiscaciones y multas contra individuos o fuerzas reaccionarias. Lo singular del caso paraguayo es que las propiedades expropiadas prácticamente no se vendieron o cedieron sino que fueron mayormente *nacionalizadas*.

En 1824, el doctor Francia suprimió todas las órdenes religiosas y expropió sus bienes, que pasaron a manos del Estado. A partir de ahí, el clero paraguayo debió sujetarse al Estado nacional, no más a Roma. Al final de su mandato, el Estado se había apropiado, solo en efectivo, de 37.580 pesos de 39 iglesias y dos fondos religiosos<sup>[10]</sup>.

En 1814, el gobierno dispuso que los españoles no pudieran casarse con mujeres blancas, sino únicamente “con indias de los pueblos, mulatas conocidas y reputadas públicamente por tales y las negras”<sup>[11]</sup>. Complementando esa medida, el Estado se adjudicaba la herencia de todo español o extranjero que muriera sin hijos nacidos en el Paraguay. Así, las multas y “contribuciones” forzosas contra el antiguo sector de clase dominante alcanzaron, por lo menos, 825.794 pesos hasta 1840. Para hacerse una idea de la magnitud de esa forma de represión, la suma equivalía a los gastos para mantener el aparato del gobierno, incluyendo el ejército, por un período de seis o siete años<sup>[12]</sup>.

La crisis regional, combinada con la hostilidad de porteños y artiguistas, hizo que las exportaciones cayeran de 391.233 pesos en 1816 a 57.498 pesos en 1820. Fue en medio de ese descalabro comercial que el sector burgués “tradicional”, exportador e importador, que había sido golpeado pero no derrotado en 1814, conspiró para asesinar al dictador.

<sup>[10]</sup> WHITE, Richard Alan (1984). *La Primera Revolución Popular en América: Paraguay 1810-1840*. 2ª ed. Asunción: Carlos Schauman Editor, 1989, p. 96.

<sup>[11]</sup> Decreto de los Cónsules del 1 de julio de 1814.

<sup>[12]</sup> WHITE, Richard. *La Primera Revolución...*, op. cit., p. 113.

El plan contrarrevolucionario fue descubierto y el dictador respondió con una dura represión. Las mazmorras se llenaron de presos y torturados. Los principales conspiradores fueron fusilados, entre ellos próceres como Fulgencio Yegros. Pedro Juan Caballero se suicidó en su celda. Las propiedades de los acusados fueron confiscadas, engrosando aún más el patrimonio estatal. La “gran conspiración” de 1820, al tiempo que marcó el auge del *terror* y de las confiscaciones del dictador, posibilitó la consolidación definitiva de su régimen.

### 3-3. La política mercantilista: prohibición de la exportación de metales preciosos y control del comercio exterior

Otra particularidad del proceso independentista paraguayo es que el aparato estatal, férreamente controlado por el poder unipersonal de Francia, pasó a regular el comercio, tanto externo como interno, de los principales rubros de la economía rural del país: la yerba mate, el tabaco, los cueros. Los primeros dos productos siguieron representando más de 90% de las exportaciones. La venta de maderas duras, con alta demanda para construcciones, se declaró directamente un monopolio estatal.

La fuerte intervención del Estado en la economía obedece, en primer lugar, a que tras el derrocamiento del poder español no existía una sólida clase comerciante y terrateniente nacional. Esto se agravó aún más cuando el sector volcado al comercio exterior desertó de la causa independentista. El poder, como analizamos, pasó a manos de la facción ligada a la producción nacional para el mercado interno y la pequeña economía mercantil, que evidentemente poseía menos acumulación que los sectores tradicionales. La debilidad de la burguesía nacional, todavía “embrionaria”, hizo que el Estado [burgués], para compensar esa fragilidad, cumpliera un papel que, *normalmente*, cabría a una clase dominante consolidada.

Por otro lado, con la irregularidad, cuando no la suspensión completa del comercio exterior, escaseaban los recursos para costear el aparato del Estado – sobre todo para sostener a las fuerzas armadas–.

El Estado, entonces, nacionalizó tierras y bienes; prohibió la exportación de los escasos metales preciosos – solo las armas y municiones podían ser pagadas “en dinero”, todo lo demás se negociaba mediante el trueque–; y, lo más importante, controló el comercio exterior.

Con los ríos cerrados, el dictador abrió dos “válvulas de escape” en Itapúa y Pilar, por donde fluyó un mínimo comercio externo. El dictador establecía, personalmente, la equivalencia para el intercambio de productos nacionales por extranjeros. El derecho de introducción fue de 15% hasta 1835, cuando disminuyó a 13%<sup>[13]</sup>; el de exportación, 9%. El Estado participaba con producción propia en el comercio exterior: en 1837 sus exportaciones alcanzaron 35% del total de las ventas nacionales y, un año después, llegaron a 65%<sup>[14]</sup>. Sin embargo, el comercio privado no se extinguió. En 1816, el comercio particular, aunque controlado, representó 38% del total. En 1829 se elevó a 83%, proporción que se mantendría en 1832 y 1835<sup>[15]</sup>. Los comerciantes privados solo podían realizar transacciones, externas o internas, con licencias expedidas por el gobierno. Los yerbales públicos, por ejemplo, podían ser explotados por empresarios particulares mediante una licencia y con la obligación de pagar 3% de lo producido en concepto de alquiler.

En el mercado interno, almacenes del Estado comerciaban una parte de los bienes importados. Esas ventas, por ejemplo, llegaron a representar 38% de los ingresos públicos en 1834. Los militares constituían una porción importante del mercado consumidor de mercaderías importadas y de la producción del Estado. En 1832, las ventas del Estado a las tropas representaron 36% de las recaudaciones totales, aumentado a 41% el año siguiente<sup>[16]</sup>. La situación financiera mejoró y el Estado disminuyó impuestos. Entre 1816 y 1823, los impuestos alcanzaron un promedio de 54,9% de todo lo recaudado, mientras que las ventas públicas eran responsables por 12,4%. Sin embargo, en el período final de la dictadura, entre 1828 y 1840, los impuestos cayeron a 19,4%, mientras que las ventas del Estado crecieron a 50,2% de todas las rentas públicas<sup>[17]</sup>.

En pocas palabras: la frágil burguesía nacional debió apoyarse en un Estado “fuerte”, intervencionista y proteccionista, que, ante la escasez de recursos y el peligro externo aplicó una política básicamente mercantilista: acaparamiento del metálico disponible; control del comercio exterior; regulación del mercado interno. Este modelo, como veremos, distaba mucho de la política de librecam-

[13] Decreto del doctor Francia del 26 de octubre de 1835. ANA-SC, Vol. 68, N.º 108

[14] WHITE, Richard. *La Primera Revolución...*, op. cit., p. 168.

[15] Ídem, p. 170.

[16] Ídem, pp. 229-232.

[17] Ídem, p. 134.

bio y apertura aduanera que imperaba en el Imperio del Brasil y en el resto del Río de la Plata.

### 3.4. El problema de la tierra: nacionalización y arrendamientos

La cuestión agraria, como se sabe, es un problema fundamental en cualquier revolución burguesa. Para socavar el poder económico de los opositores a la independencia –o a su gobierno, que para Francia era la misma cosa–, y al mismo tiempo hacerse de rentas, el gobierno nacional confiscó grandes superficies de tierra. A finales de la década de 1820 –a partir de la expropiación de los conspiradores (1821), de la Iglesia católica (1824), y de las tierras cuyos dueños no presentaron títulos de propiedad (1825)–, el Estado concentró más de la mitad de las tierras de la región central del país. Hacia 1840, con la incorporación de la región chaqueña al patrimonio estatal, alrededor de 80% de la tierra había sido nacionalizada. Si coincidimos con Lenin, cuando afirma que la nacionalización de tierra, junto con la república, constituye el “máximo posible de la revolución democrática burguesa”<sup>[18]</sup>, es posible tener una idea de la dimensión de este proceso. Insistimos: nada parecido se había realizado en el Imperio del Brasil, la posterior Argentina, u otra región del Río de la Plata.

Si bien las tierras áridas del Chaco siguieron básicamente inexploradas, en la región oriental el dictador fortaleció un sistema de empresas estatales agropecuarias que denominó *Estancias de la República*, que comprendían campos de pastoreo, montes ricos en madera de construcción, yerbales y tierras cultivables. Hacia 1818, el gobierno había construido una red de cincuenta estancias estatales –tres de ellas eran conjunto de varias– y veintidós pequeños puestos ganaderos. Las estancias debían, principalmente, proveer lo necesario para sostener el ejército: caballos, ganado en pie, charque, además de mandioca y yerba. El mismo ejército proveía el grueso de la fuerza de trabajo en las estancias públicas. El excedente era comercializado luego en el mercado interno, a través de los almacenes del Estado, y en el externo, vía Itapúa y Pilar. Se estima que a finales de la década de 1840 existían en las estancias públicas más de 270.000 cabezas de ganado<sup>[19]</sup>.

<sup>[18]</sup> LENIN, V. *Revisión del programa agrario del partido obrero* [1906]. In. LENIN, V. I. *Obras completas*, tomo 12. Moscú: Editorial Progreso, 1982, p. 267.

<sup>[19]</sup> Oficio al Delegado de Itapúa, del 3 de setiembre de 1830. ANA-SH, Vol. 240, N.º 2, (cont.)

Otra parte de las tierras nacionalizadas se destinó a familias campesinas, que accedieron a la tierra básicamente a través de un sistema de arrendamientos que generó rentas al Estado y contribuyó a la producción agrícola y a la colonización de regiones menos pobladas. Los arrendamientos se hicieron a precios moderados y sin término fijo. La condición básica consistía en ocupar efectivamente las parcelas, cultivarlas o destinarlas a la cría de ganado.

Los beneficiados, según explicó el propio Francia en 1828, debían pagar una “moderada composición”, que era anual y que debía efectuarse “en dinero”<sup>[20]</sup>. Los lotes más pequeños costaban poco más de dos pesos anuales y los más grandes cerca de cuatro pesos anuales<sup>[21]</sup>, mientras que las parcelas mayores, que muchas veces eran parte de las *Estancias de la República*, en promedio costaban veinte pesos por año. Para tener una referencia acerca de los precios de los arrendamientos, el sueldo mensual de un peón de estancia era de dos pesos; el de un capataz era de aproximadamente cuatro pesos; el de un soldado raso, seis pesos; el costo de una res estaba entre dos y cuatro pesos en 1826.

El historiador estadounidense Richard A. White estimó, a partir de la documentación disponible, que en 1839 existían 6.484 lotes de entre cinco y diez hectáreas arrendados por el Estado, que beneficiaría aproximadamente a 49.278 personas<sup>[22]</sup>. Si tomamos como base el censo de 1846, que arrojó 238.862 habitantes<sup>[23]</sup>, el sector arrendatario representaría al menos 20% del total.

La política de arrendamientos, a su vez, respondía a una realidad que impuso la interrupción del comercio exterior. Este hecho, además de arruinar al sector burgués dedicado a la exportación de yerba mate y tabaco, hizo que una masa de antiguos peones y marineros de los ríos retornara a las chacras, fortaleciéndose con ello la economía de subsistencia y, paulatinamente, la pequeña producción mercantil.

Pero no solo se fortaleció la economía de subsistencia sino que la reorientación hacia el mercado interno, con el tiempo, favoreció incipientes iniciativas

(cont. <sup>199</sup>) publicado en: RODRÍGUEZ ALCALÁ, Guido; DURÁN ESTRAGÓ, Margarita; ROMANO GARCÍA, Martín (Org.). *FRANCIA: [1817-1830]* Edición comentada, aumentada y corregida de la Colección Doroteo Bareiro del Archivo Nacional de Asunción. Vol. 2. Asunción: Editorial Tiempo de Historia, 2009, p. 1083.

<sup>[20]</sup> Orden de Francia, del 22 de mayo de 1837. ANA-SH, Vol. 71, N.º 18.

<sup>[21]</sup> Oficio al Comandante de Pilar, del 11 de octubre de 1826. ANA-NE, Vol. 637.

<sup>[22]</sup> WHITE, Richard. *La Primera Revolución...*, op. cit., p. 141.

<sup>[23]</sup> Según datos corregidos por John Hoyt Williams.

manufactureras. Los médicos suizos Rengger y Longchamp, que escribieron sobre su estadía en el país, afirmaron:

*La interrupción del comercio produjo otro resultado feliz, que fue el acrecentamiento de la industria manufacturera. Hasta entonces solo se había servido del algodón para fabricar una sola especie de tela delgada que servía para hacer camisas, pero la necesidad precisó a los fabricantes a labrar tejidos para toda suerte de ropajes. Los ponchos y las mantas para los caballos, que eran de lana, y costaban crecidas sumas que salían anualmente del Paraguay, se fabricaron entonces en el país: hasta los telares se perfeccionaron [El aislamiento y el terror hicieron que] los herreros se hicieran cerrajeros, armeros y espaderos; los zapateros, silleros, guarnicioneros; los plateros, fundidores; y los albañiles, arquitectos [...]*<sup>[24]</sup>.

En apretada síntesis, podemos afirmar que el arriendo de las tierras nacionalizadas facilitó el acceso a la tierra de una parcela importante de la población rural, que reforzó la base social de la dictadura y, aunque con peso distinto, la de los dos López.

Sin embargo, no debe incurrirse en la falsa afirmación de algunos autores que sostienen que se “erradicó” el latifundio y se “aniquiló a la oligarquía”<sup>[25]</sup>. Eso no fue así. Las confiscaciones y el “terror” –independientemente de los “excesos”–, fueron medidas necesarias contra la resistencia de un sector burgués reaccionario, enemigo de la independencia. Pero la represión de Francia fue selectiva, enfocada en individuos o familias de “conspiradores”, que sin duda eran poderosos económicamente, pero no fue –ni podía ser– una represión contra las clases propietarias como un todo.

Los propietarios, rurales o urbanos, que no cuestionaron el régimen nunca fueron molestados por el dictador. Lázaro Rojas Aranda<sup>[26]</sup>, uno de los hombres más ricos del Paraguay, por ejemplo, nunca fue incomodado<sup>[27]</sup>.

<sup>[24]</sup> RENGGER, Johann; LONGCHAMP, Marcelin [1827]. *Ensayo histórico sobre la Revolución del Paraguay: precedida de la biografía del tirano Francia, y continuada con algunos documentos y observaciones históricas*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo, 1883, pp. 72-74.

<sup>[25]</sup> FOGEL, Ramón. La reforma agraria encarada por el gobierno de Rodríguez de Francia (1814-1840). In: CORONEL, Jorge (Org.). *La república francista del Paraguay*. Escritos en homenaje a Richard Alan White. Asunción: Arandurá, 2017, p. 12.

<sup>[26]</sup> Lázaro Rojas Aranda fue el padrino de Francisco Solano López, al que designó luego como principal heredero.

<sup>[27]</sup> RODRÍGUEZ ALCALÁ, Guido. *Francia y López*. In: SOLER, Lorena, et al. (Org.). *Antología del pensamiento crítico paraguayo*. Buenos Aires: CLACSO, 2015, p. 526.

Don<sup>[28]</sup> Carlos Antonio López, otro hacendado que se retiró al interior, tampoco. O bien el caso de José Mauricio Casal, rico estanciero de Caapucú, del que un observador extranjero anotó:

*El padre de don Mauricio había sido uno de los estancieros más ricos del país durante el antiguo régimen colonial, pues poseía ocho estancias muy grandes. Esas estancias tenían de tres a ocho leguas cuadradas de extensión y millares de cabezas de ganado [...] En aquella casa, la vajilla de plata debía pesar centenares de libras, sino toneladas; en ella se guardaban las compras de las sedas, brocados y damascos más finos y bordados con hilos de plata y oro [...] Don Mauricio se convirtió en el heredero de ese gran patrimonio en los primeros tiempos del régimen de Francia [...] Durante la larga estadía de Francia en el poder, don Mauricio pudo sustraerse al destino de casi todos los de su clase en el país, y sobrevivió al Dictador. Nunca provocó la enemistad ni las sospechas de Francia sino que, por el contrario (...) se congració con él mediante sus liberales donaciones de vacas y caballos al Estado<sup>[29]</sup>.*

Está claro que no solo no se “aniquiló a la oligarquía” sino que un sector de estancieros sostenía el régimen de Francia, garantía de estabilidad política y “paz” social. Ese sector accedía a licencias para comerciar, podía alquilar tierras estatales para sus rebaños, o bien dedicarse a la extracción de yerba mate, que evidentemente mantuvo alta demanda en el mercado interno y, en menor medida, siguió siendo exportada por la ruta Itapúa-São Borja.

#### 4- Legado

El dictador murió en 1840. Su principal papel y legado histórico fue haber defendido la independencia paraguaya. El incipiente Estado nacional, en medio de la constante amenaza externa y a pesar del histórico atraso de las fuerzas productivas, se había fortalecido. No existían acuerdos políticos ni deuda externa que sujetara la nación a ningún poder extranjero. A la muerte de Francia, el Paraguay prácticamente había desaparecido de las rutas comerciales y de la política regional, pero era independiente.

<sup>[28]</sup> La anteposición de “don” o “doña” al nombre de una persona, sin ser un título, consistía en un tratamiento deferencial que expresaba respeto y distinción social, generalmente aplicado a “ciudadanos propietarios”.

<sup>[29]</sup> WASHBURN, Charles. *The History of Paraguay...*, citado por WHIGHAM, Thomas. *La economía de la independencia*. Asunción: Intercontinental, 2010, p. 116.

Sin embargo, a la muerte de *El Supremo*, ningún otro Estado había reconocido oficialmente la independencia.

Para sus vecinos, el Paraguay continuaba siendo una “provincia”. Tampoco se había sido resuelto el problema de la libre navegación de los ríos ni se habían definido las fronteras nacionales.

La economía paraguaya, que durante un cuarto de siglo fue encerrada y se encerró al mismo tiempo, había alcanzado un estadio que, si bien había acumulado un patrimonio estatal considerable y contaba con finanzas equilibradas, demandaba una pronta abertura hacia mercados externos. Todos estos complejos problemas pasarían del Dictador a sus sucesores, los López.

\*\*\*



## TRES POLÉMICAS

### SOBRE EL RÉGIMEN DEL DICTADOR FRANCIA

R.L.N. - Paraguay

El gobierno del doctor Francia, junto con el de Francisco Solano López, es el más polémico en la historiografía que estudia el siglo XIX en el Paraguay. Destacamos aquí tres grandes temas: a) el supuesto igualitarismo de Francia; b) el significado y alcance del “terror” durante su mandato; c) las razones y límites de su política de “no intervención”, tanto en la guerra continental contra la metrópoli hispánica como en la guerra civil en el Plata.

#### 1. ¿Era “igualitarista” el régimen de Francia?

Es interesante notar que la caracterización de un régimen “igualitario” durante el gobierno de Francia ha sido funcional tanto a los liberales como a los autores nacionalistas “de izquierda”. Los primeros, para denostarlo; los segundos, para rendirle pleitesía.

Efraím Cardozo y Justo P. Benítez, reconocidos historiadores liberales, sostienen que “la Dictadura produjo la completa nivelación de la sociedad paraguaya”<sup>[1]</sup>, y que Francia “fue un tremendo igualitario. Las diferencias sociales le irritaban”<sup>[2]</sup>, respectivamente. Carlos Pastore, otro autor liberal, afirma que: “mitayos, yanaconas y mestizos no asimilados se nivelaron a las clases superiores, en ciertos aspectos de la vida”<sup>[3]</sup>.

<sup>[1]</sup> CARDOZO, Efraím. *El Paraguay independiente*. 2ª. ed. Asunción: Carlos Shauman Editor, 1988.

<sup>[2]</sup> BENÍTEZ, Justo. *La vida solitaria...*, op. cit., p. 131.

<sup>[3]</sup> PASTORE, Carlos. *La lucha por la tierra en el Paraguay*. 3ª ed. Asunción: Editora Intercontinental, 2008, pp. 98-99.

Sobre la misma cuestión, posicionándose desde de la “izquierda” y el llamado “pensamiento crítico”, Ramón Fogel dice que el doctor Francia instauró “una sociedad basada en principios de justicia, igualdad, y equidad”, sustentada en la “unidad racial y social”, puesto que “se había retornado, en medida importante, al *tekojoja* [igualitarismo] de los guaraníes”<sup>[4]</sup>.

Máριο Maestri propone una supuesta “dictadura plebeya”, en la cual reinaría un “indiscutible consenso social”<sup>[5]</sup>.

Luis Rojas, sin mucha cautela, sigue esa misma lógica y nos dice que, entre 1813 y 1840 existió un “gobierno popular” que “logró una gran igualdad social...”, a tal punto que “las clases sociales se fueron diluyendo en el Paraguay [...]”<sup>[6]</sup>.

Y, así, llegamos al colmo, de la mano de Bernardo Coronel, que caracteriza el período de Francia como “protosocialista”, blandiendo como argumento que el dictador habría “expropiado a los ricos para construir una sociedad de iguales”<sup>[7]</sup>. Si esto fuese así, el dictador Francia no debería ser considerado “solamente” como un “jacobino radical” sino directamente como un comunista, tan avanzado que se habría adelantado casi un siglo a la Revolución Rusa... ¿Puede tomarse con seriedad una posición como esta?

Ninguna de las afirmaciones que mencionamos corresponde a la realidad. Ni Francia era igualitarista ni las clases sociales se “diluyeron” durante su mandato. No se puede combatir mitos creando otros mitos.

Ninguna revolución burguesa, debido a su propia naturaleza de clase, aspiró jamás a una completa democratización de la sociedad. Mucho menos pretendió algún tipo de “igualitarismo”. Por tratarse de una clase minoritaria, la burguesía tuvo que apelar y apoyarse, en mayor o menor grado, en las masas populares. En algunos casos llegó incluso a hacer concesiones. Pero su estrategia, intrínseca a su condición de clase opresora, consistió siempre en imponer su dominio para explotar, a través del modo de producción capitalista, al resto de la nación. Hubo episodios, excepcionales y relativamente cortos, en que sectores de la pequeña burguesía dirigieron el proceso, muchas veces con más osadía que la pro-

<sup>[4]</sup> FOGEL, Ramón. *La reforma agraria...*, op. cit., pp. 48-53.

<sup>[5]</sup> MAESTRI, Máριο. *Paraguay: a República camponesa...*, op. cit., pp. 114-124 (traducción nuestra).

<sup>[6]</sup> ROJAS, Luis. Independencia y economía durante el periodo de Francia. In: CORONEL, Jorge (Org.). *La república francista del Paraguay...*, op. cit., pp. 117-135.

<sup>[7]</sup> CORONEL, Bernardo. *Breve interpretación marxista de la historia paraguaya: 1537-2011*. Asunción: Editorial Arandurá, 2011, p. 61.

pia burguesía, pero siempre al servicio de un proyecto burgués. Nunca existió una *sociedad pequeñoburguesa*.

Algunas revoluciones burguesas, es verdad, engendraron sectores *igualitaristas*, es decir, que no solo reivindicaron la plenitud de derechos políticos sino que también cuestionaron, de manera pionera, la propiedad privada.

En la Revolución Inglesa surgieron los Cavadores [*diggers*], que se autoproclamaron los “verdaderos Niveladores [*levellers*]”, la facción más democrática y radical de ese proceso. Gerrard Winstanley, el líder de los Cavadores, escribió en 1648: “Mientras que los gobiernos sostengan que la tierra les pertenece, manteniendo el principio de la propiedad privada, del ‘mío’ y del ‘tuyo’, jamás las gentes sencillas tendrán libertad [...]”. Tanto Niveladores como Cavadores fueron aplastados por Cromwell.

En la Revolución Francesa aparecen los Furiosos [*enragés*], dirigidos por Jacques Roux, Jean Varlet y Jean Leclerc. Durante el período de la Convención Nacional, se posicionaron a la izquierda de los jacobinos, exigiéndoles más terror y presionando por medidas contra los ricos y a favor de la masa de *sans-culottes*. Defendían la “igualdad de goces”, es decir, la igualdad social y no solo jurídica. Fueron reprimidos y desarticulados por los propios jacobinos.

El máximo ejemplo de lucha “igualitarista” es el de François Babeuf, que en 1796 organizó la fracasada “Conspiración de los Iguales” contra el Directorio que tomó el poder luego de la reacción termidoriana. Babeuf superó a los *diggers*, jacobinos, *hebertistas* y *enragés* –todos defensores de la igualdad en los marcos de la pequeña propiedad–, cuando propuso la *abolición* de la propiedad privada. El “comunismo” de Babeuf ciertamente no era científico, pues se basaba más en la distribución de bienes que en la producción socializada. Pero esto no resta mérito a su carácter precursor. Puesto que “todos los estómagos son iguales”, propuso abolir la herencia, y declaró: “nuestros dogmas son democracia, igualdad sin mácula y sin reserva”. Babeuf desarrolló ideas igualitaristas muy avanzadas para su tiempo, puesto que las condiciones materiales en Francia no estaban maduras para abolir la propiedad privada. Fue guillotinado, pero su ideario inspiró a generaciones futuras.

Independientemente de la discusión sobre si en el Paraguay del siglo XIX –una de las regiones más pobres del antiguo sistema colonial y que conquistó su independencia partiendo de fuerzas productivas muy atrasadas– existían o no bases materiales para el “igualitarismo”, podría argumentarse que el doctor

Francia, aunque lo hiciera de manera utópica, defendía ese programa. Esto tampoco es verdadero. Ninguna de las ideas que señalamos está presente en los escritos del Dictador. Tampoco en su obra. La lucha de Francia nunca fue contra la propiedad privada; cuando la atacó, se cuidó de hacerlo en la medida necesaria para debilitar el sector reaccionario que se oponía a la independencia nacional. Nada más.

Oscar Creydt acierta cuando afirma que:

*[...] no hay duda de que bajo la protección de la dictadura perpetua, la naciente burguesía nacional continuó desarrollándose, a pesar de las limitaciones del comercio exterior. La acumulación era realizada principalmente en la forma de ganado, que tenía un precio general estable, aunque bajo, en el mercado interno<sup>[8]</sup>.*

No solo las clases sociales no se fueron “nivelando” sino que los indios reducidos –alrededor de 30% de la población– continuaron segregados en sus *pueblos*, controlados por “corregidores” blancos y sujetos a la obligación de acudir como fuerza de trabajo gratuita ante cualquier requerimiento del Estado. Los negros, que representaban 10% de la población, continuaron sometidos a la esclavitud. Todos los esclavos confiscados a los españoles, los conspiradores, o a la Iglesia católica, no fueron liberados sino que pasaron a ser propiedad del Estado, que los utilizaba en las obras públicas y en las Estancias de la República. El propio dictador poseía esclavos domésticos, y no dudaba en atacar a sus enemigos acusándolos de “mulatos”. En 1813, Francia confinó a centenas de negros y “pardos” en Tevego, una localidad inhóspita del extremo norte del país. El nuevo *pueblo de negros* debía contribuir a la “pacificación de la frontera”, sirviendo de “antemural” frente a las terribles incursiones que los indios guaycurúes, comúnmente alentados por los portugueses, realizaban sobre Concepción. Irritado por la necesidad de enviar raciones desde Asunción al nuevo asentamiento de negros, el doctor Francia se quejaba de la “... desidia o pereza natural que los hace indolentes”<sup>[9]</sup>. Las duras condiciones del lugar hicieron que, poco después, el dictador utilizara Tevego como lugar de destierro para “pardos” y criminales comunes.

<sup>[8]</sup> CREYDT, Oscar (1963). *Formación histórica de la nación paraguaya*. 2da. ed. Asunción: Servilibro, 2004, p. 93.

<sup>[9]</sup> TELESKA, Ignacio. *Revolución, república y pueblo...*, op. cit., p. 52.

Así, resulta escandalosa la posición de algunos autores de “izquierda”, que atenúan la histórica explotación y el racismo contra el negro diciendo que Francia trataba a sus esclavos “con bondad” o que “**la segregación de la población negra, que se inició antes del gobierno de Francia, permite conservar la identidad de los negros y mulatos**”<sup>[10]</sup>. Esto es sencillamente inaceptable y revelador del atraso de la izquierda paraguaya en la discusión sobre la opresión racista en esa sociedad.

Al mismo tiempo, posiciones como esas hacen un enorme favor a la historiografía liberal, que no duda en criticar la supervivencia de la esclavitud negra y de la sujeción del indio después de la independencia. Es evidente que esta crítica, viniendo de “civilizadores” que aprueban el genocidio del Paraguay y que defienden el Imperio esclavista del Brasil o el régimen librecambista de Buenos Aires –que realizó otro genocidio y limpieza étnica contra su propia población indígena en la conocida “Conquista del Desierto”– es hipócrita y repulsiva. Pero no justifica el silencio o la minimización de la explotación y opresión de los negros e indígenas por parte de la izquierda paraguaya.

La realidad, reñida con el mito de la “igualdad social”, muestra que existía una sociedad de clases en la que las relaciones de producción basadas en el trabajo “libre” o asalariado aún eran marginales y coexistían con aquellas basadas en la coerción extraeconómica. Eran comunes las “levas” de “vagos, holgazanes o mal entretenidos” para someterlos a trabajos forzados en las obras públicas<sup>[11]</sup>. El trabajo gratuito se extendía a los presos comunes y llegaba hasta el Ejército.

Rodríguez de Francia, como otros dirigentes latinoamericanos independentistas, no aspiraba ni al bienestar ni a la participación del pueblo en el proceso político.

En general, el temor a la “anarquía” y al “caos” que pudiera surgir de las acciones del “populacho”, como bien mostró la experiencia haitiana o el incontenible estallido social de 1810 en México, en muchos “próceres” era más fuerte que el descontento con la misma España. Uno de los más lúcidos dirigentes independentistas, Francisco Miranda, escribía en 1798:

*Le confieso que tanto como deseo la libertad y la independencia del Nuevo Mundo, otro tanto temo la anarquía y el sistema revolucionario. No quiera Dios que estos*

<sup>[10]</sup> FOGEL, Ramón. *La reforma agraria...*, op. cit., p. 45. Todos los subrayados son nuestros, salvo indicación contraria.

<sup>[11]</sup> Decreto del 2 de abril de 1819. ANA-SH, Vol. 229, N.º 9.

*hermanos países tengan la suerte de Saint-Domingue [Haití], teatro de sangre y crímenes, so pretexto de establecer la libertad; antes valiera que se quedaran un siglo más bajo la opresión bárbara e imbécil de España<sup>[12]</sup>.*

Que Francia atacó a un sector de la “oligarquía” es correcto. Pero eso no lo transforma en un “gobierno popular”. Simplemente demuestra que existía una lucha entre facciones burguesas y que Francia tenía un lado. En la hipótesis de que hubiese existido un proceso de levantamiento popular que cuestionase su régimen, ¿no hubiera reprimido aquella manifestación de “anarquía” con ese mismo ejército que algunos juzgan “plebeyo”?

Para polemizar con el liberalismo antinacional no es necesario recrear ningún paraíso “social”. Tampoco se puede plantear el problema en términos de un patriarca que quería “diluir las clases sociales” enfrentando a la “oligarquía”. La discusión de fondo con el liberalismo no es esa. Es sobre si el período de 1814 a 1870 fue progresivo o fue un “retroceso” en sentido histórico.

Lo fundamental es demostrar que el proyecto burgués de independizar a la nación, fortalecer el Estado nacional y, sobre todo, nacionalizar la tierra, en el contexto del siglo XIX era esencialmente progresivo y, por lo tanto, debía ser defendido.

## 2. El debate sobre el Terror

En la interminable polémica entre “francistas” y “antifrancistas”, es común que la historiografía liberal reivindique la “democracia” –así, en abstracto– y cargue contra el “terror” del dictador Francia.

Es verdad que el régimen de *El Supremo* no garantizaba ninguna libertad democrática al pueblo. Pero no es eso lo que disgusta a los liberales. Lo que no admiten es la represión que sufrió la “elite” de patricios “ilustrados”, en el contexto de la derrota del programa librecambista y conciliador con los enemigos de la independencia.

Y esto a pesar de que el auge del “terror” de Francia –21 fusilamientos en 1820– no puede compararse con el terror jacobino y, ni hablar, con la represión ejercida por los revolucionarios negros en Haití.

<sup>[12]</sup> Miranda a Turnbull, 12/01/1798, citado por LYNCH, John. Los orígenes de la independencia. In: BETHELL, Leslie (Org.). *Historia de América Latina*. La independencia. Barcelona: Editorial Crítica, 1991, p. 39.

No se puede dissociar el terror del contexto en el que emerge la dictadura: una situación en que la independencia corría un peligro real. Acosada, la embrionaria burguesía nacional apeló a una autoridad fuerte, capaz de enfrentar al enemigo externo y, al mismo tiempo, “pacificar” el interior del país. La figura de Francia asciende en ese contexto dramático. Si convenimos en que la independencia nacional era una tarea progresiva, el “terror” ejercido en contra del sector burgués que abandonó esa causa era históricamente necesario. En este marco, la discusión sobre si hubo o no “excesos” es válida pero secundaria.

Las críticas “democráticas” que realiza la historiografía liberal, las más de las veces utilizando como parámetro las modernas democracias burguesas parlamentarias, están divorciadas del contexto histórico concreto. En realidad, el elemento “democrático” de esa narrativa sirve para endulzar su objetivo fundamental: rechazar globalmente la vía de desarrollo capitalista que el Paraguay tomó hasta 1870.

Esa es la razón de fondo. Lo demás es mera envoltura. Lo central para el (neo) liberalismo es el rechazo a las confiscaciones, a la represión que sufrió la crema y nata de la sociedad, el lloriqueo por los mercados perdidos...

Este es un camino sin retorno en el que no pocos autores pasan a añorar la “bonanza comercial” del último período del colonialismo borbónico y, por esa vía, inevitablemente, terminan negando el proceso de independencia como un todo. Por ejemplo, después de afirmar cosas como “no está probado que Luis XIV haya dicho ‘el Estado soy yo’”<sup>[13]</sup>, Guido Rodríguez Alcalá embiste contra el gobierno de Francia y pierde totalmente el foco al decir que “en la colonia había mayor libertad”<sup>[14]</sup>. Y más claramente:

*[...] el dictador adoptaría las políticas mercantilistas que provocaron la ruina económica del país, cuya pretendida autonomía fue la vuelta a la economía de subsistencia de etapas muy anteriores, ya que los últimos años del gobierno español fueron muy prósperos por comparación de la dictadura*<sup>[15]</sup>.

La conclusión está a la vista: la cosa estaba mejor cuando éramos colonia de los españoles. Entre el dictador Francia y los Borbones... ¡pues los Borbones!

<sup>[13]</sup> RODRÍGUEZ ALCALÁ, Guido. *Francia y López...*, op. cit., p. 535.

<sup>[14]</sup> Ídem, p. 534.

<sup>[15]</sup> RODRÍGUEZ ALCALÁ, Guido (Org.). *Artigas y la independencia del Paraguay*: correspondencia. Asunción: Servilibro, 2003, pp. 7-36.

Al no entender que entre una colonia y un país independiente existe una diferencia cualitativa, toda la cantilena de estos paladines de la “democracia” cae por tierra, pues no existe peor *dictadura* y opresión para un pueblo que la tiranía de un colonizador.

Por otro lado, aunque en la actual época de decadencia del capitalismo sea incómodo para el liberalismo moderno, el “progreso”, con todas las contradicciones que podían presentar naciones recién emancipadas, estaba en el *proteccionismo* y no en el *librecambio*. Todas las naciones capitalistas poderosas, en su fase de acumulación de capital, no se basaron en el “libre mercado” sino que aplicaron medidas proteccionistas, regularon la economía desde el Estado y, no raramente, incentivaron empresas estatales para explotar ciertos recursos.

No se puede omitir que, en todo este debate, el liberalismo se ceba en las exageraciones de los nacionalistas “de izquierda”, que describen la dictadura como un régimen “popular” que ejercía violencia únicamente contra la “oligarquía”.

Ese mito es una cuña para la propaganda liberal. Una cosa es decir que la violencia contra los enemigos de la independencia era históricamente necesaria; otra cosa es sostener que aquello se debía a que el régimen de Francia era una “democracia popular”. Esto es falso. Es un hecho que Francia concentró todo el poder y lo ejerció de manera absoluta. Para el pueblo no existían libertades democráticas, ni de derecho ni de hecho.

Luego de los congresos de “mil diputados” en 1813 y 1814, el quórum establecido para el de 1816, que proclamó a Francia dictador perpetuo, disminuyó a 250 delegados. El dictador nunca más convocaría otro congreso hasta su muerte, en 1840. Que el pueblo nunca se levantó contra Francia ni dio su apoyo a los conspiradores es verdad. Pero, de ninguna forma puede decirse que el pueblo participaba de las decisiones del gobierno.

Lo cierto es que la idea de una “democracia popular” tiene la misma consistencia que las críticas liberales que se espejan en la democracia parlamentaria moderna: ninguna. No hubo ninguna revolución burguesa dispuesta a instaurar verdaderos regímenes democráticos.

Exceptuando la lucha por la libre empresa y la libertad de disponer de propiedad privada, el resto de las libertades democráticas, especialmente aquellas que interesaban también a los sectores populares, no solo no eran esenciales para la gran burguesía sino que le resultaban peligrosas. Por eso las retaceó al máximo o, simplemente, las dejó inconclusas.



Tanto es así que ni siquiera las tendencias políticas más avanzadas de las revoluciones burguesas perseguían una “democracia popular”.

Los *levellers* ingleses, una expresión de los pequeños propietarios rurales y urbanos que originó el primer movimiento democrático radical, al mismo tiempo en que se decían republicanos, parlamentaristas, y reivindicaban la libertad religiosa, negaban el derecho de voto a los trabajadores asalariados y a los pobres que dependían del “socorro” público.

En Francia, posiblemente exceptuando el proceso que originó la Convención Nacional en 1792, el derecho al voto masculino se estableció solo en 1848. En junio de 1791, la famosa *Ley Le Chapelier*, en el mismo acto en que abolió los “gremios” –que fue un golpe al *Antiguo Régimen* y, al mismo tiempo, una exigencia del principio de la libre empresa y contrato– prohibió, so pena de muerte, cualquier derecho de asociación y huelgas obreras. El “delito de asociación” permanecería vigente hasta 1864. El auge revolucionario abolió la esclavitud en 1794, pero fue restaurada por Napoleón en 1804. La abolición definitiva debió esperar hasta 1848.

La avanzadísima *Declaración de Independencia de los Estados Unidos*, como se sabe, estableció el voto censitario y mantuvo la esclavitud, que perduró hasta el triunfo de la burguesía industrial en el segundo capítulo de la revolución norteamericana, la Guerra Civil de 1861-1865, cuando fue definitivamente abolida.

En el caso de las revoluciones anticoloniales, fue ejercido ampliamente el “poder unipersonal”. Jean-Jacques Dessalines, líder que concretó la independencia de Haití en 1804, se declaró emperador con el nombre de Jacques I. Henri Christophe, otro dirigente de la revolución haitiana, en 1806 se proclamó Rey de la mitad septentrional del país, que pasó a llamarse Reino de Haití (1811-1820). Alexandre Pétion, en el sur de la Isla, se declaró presidente vitalicio en 1816. Ni siquiera en Haití, palco de la más avanzada revolución anticolonial y la primera república negra, el pueblo gozó de derechos políticos.

En el Perú, según el propio Bolívar, se le rindieron “hombres de Presidente Perpetuo”. El mismo Libertador, en su mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia, en 1826, se refirió a la presidencia vitalicia en estos términos:

*El Presidente de la República viene a ser en nuestra Constitución como el Sol que, firme en su centro, da vida al Universo. Esta suprema Autoridad debe ser perpetua, porque en los sistemas sin jerarquías se necesita más que en otros un punto fijo alrededor del cual giren los Magistrados y los ciudadanos: los hombres y las cosas.*

Sucre se transformó de esta manera en “presidente vitalicio” de la actual Bolivia.

Así, en el caso paraguayo, el centro de la discusión no consiste en negar o atenuar la existencia de una “dictadura”, mucho menos en atribuirle un carácter “popular” e igualitario, sino en determinar las condiciones concretas de su surgimiento y el sentido histórico de la misma.

### 3. El principio de “no intervención” y la causa americana

Existen muchos debates sobre el “aislamiento”, no solo económico sino también político, del Paraguay gobernado por el doctor Francia. Una de las aristas de esa discusión hace al involucramiento paraguayo en la guerra de liberación continental. El Paraguay no participó de las campañas militares contra España. Eso es un hecho. Y es un hecho negativo, puesto que la independencia política de ninguna de las ex colonias podía resolverse en la arena nacional, mucho menos en un territorio geográficamente marginal. Así, cualquier fractura en el frente militar contra el colonizador debilitaba la causa americana. Eso es así.

Pero la cuestión fundamental no es esa. El problema reside en determinar por qué el Paraguay, a pesar de haber sido una de las primeras naciones que se independizó de España y se declaró república soberana, no participó militarmente de esa gesta. Esto no puede ser respondido con generalidades y abstracciones, sino a partir de un análisis del contexto histórico y político concreto. Veamos.

¿Era acaso el Paraguay un “bastión” del realismo españolista? No. En 1811, meses después de derrotar la invasión porteña liderada por Belgrano, ocurre la ruptura con España. En 1813, un congreso proclama la república soberana. Desde la caída del poder colonial, el gobierno paraguayo impulsó el proyecto federalista, mucho más avanzado y progresista que el modelo unitario y centralista que pretendía imponer la burguesía comercial porteña a todo el territorio que comprendía el antiguo Virreinato del Río de la Plata. Está demostrado que Francia defendió la “confederación” de los Estados platinos “y demás del continente” desde 1811, antes que Artigas. En 1813, cuando quedó claro que el centralismo porteño no admitiría siquiera “más autonomía” para el Paraguay, el futuro dictador abandonó la idea de la confederación y adoptó la estrategia de la independencia absoluta.

A partir del congreso paraguayo de 1813, la ruptura con Buenos Aires fue completa. La independencia paraguaya no solo no será reconocida sino que fue constantemente atacada hasta 1852.

El comercio paraguayo fue bloqueado y la nación estuvo acosada y en estado de alerta casi permanente frente al peligro de una invasión extranjera. En ese contexto, desde que asumió el poder absoluto, Francia concentró todos los esfuerzos en defender y tratar de consolidar la fragilísima independencia nacional. Así, el no reconocimiento de la independencia y la hostilidad de Buenos Aires, según el criterio de Francia, inviabilizaba cualquier acuerdo militar. De hecho, si no existían relaciones políticas ni comerciales, difícilmente podrían existir compromisos militares. El Dictador aplastó al españolismo internamente y nunca entró en acuerdos con ningún “enemigo de la libertad” de los americanos, pero mantuvo al Paraguay al margen de la guerra de liberación continental.

Se puede discutir si esto fue un “error” únicamente atribuible al capricho o a la mezquindad de Francia. Pero más importante que discutir cuán “provinciano” era *El Supremo* es definir si existían o no condiciones políticas para la participación militar paraguaya en la guerra contra España.

Nuestra opinión es que el “aislamiento” o la “no intervención” de Francia fue, fundamentalmente, una reacción defensiva delante de las agresiones porteñas hacia la autodeterminación nacional y el comercio paraguayos.

La extrema desconfianza del Dictador hacia Buenos Aires poseía bases concretas: los porteños habían invadido el país con un ejército en 1810; no reconocían la independencia; bloqueaban la navegación o imponían tasas exorbitantes al comercio; combatían a Artigas, principal caudillo federalista de la Banda Oriental –en ocasiones tanto o más que a los propios españoles–, etc. La pregunta es: esa política centralista, arrogante y expansionista, ¿fortalecía o debilitaba la necesaria unidad de las naciones alrededor de la “causa común”? ¿Existían condiciones políticas reales para la cooperación militar entre una nación que se había declarado independiente y otra que le negaba ese derecho? ¿Existían condiciones para movilizar a miles de campesinos y enviarlos a luchar al lado de los ejércitos del gobierno de Buenos Aires, el mismo que había invadido su territorio en 1810 y que ahora invocaba la “causa común” pero sin admitir la voluntad que expresaron los paraguayos de ser independientes? Nosotros pensamos que no.

Si la guerra es la continuación de la política por otros medios, Buenos Aires la hacía con la mira puesta en su doble objetivo estratégico: derrotar a España y, en el mismo acto, someter a las provincias del Interior a su dominio. De la misma forma, el Paraguay utilizaría la guerra para un fin político esencialmente defensivo: mantener su independencia, que no solo era combatida, evidentemente, por el Imperio español, sino también por sectores burgueses del propio “frente patriota”.

Es correcto decir que la no participación paraguaya “debilitaba” el frente militar patriota. La guerra contra España se ganó, pero podría no haber sido así. En ese caso, ¿sobre qué sector debería recaer la principal responsabilidad histórica por la “división” de la causa americana? ¿Sobre los “errores” intrínsecos al “histórico aislacionismo” del Paraguay? No. No es correcto medir la política de una nación oprimida por el mismo rasero que usamos para una nación opresora.

En la lucha común contra España, la política más mezquina y más peligrosa fue el centralismo y el expansionismo de la burguesía comercial de Buenos Aires. Lo que “dividía” la “causa común” era la opresión nacional, el chantaje y las amenazas económicas y militares del más fuerte, no las reacciones defensivas del oprimido y más débil.

Solo a partir de incorporar en el análisis y de entender la perspectiva de la nación oprimida, es posible discutir las limitaciones y errores del régimen de Francia en este aspecto.

Por ejemplo, existe otro elemento interno que contribuye a explicar la “abstención” paraguaya. La base social de Francia –propietarios rurales y el campesinado arrendatario– se oponía a cualquier movilización militar fuera de sus fronteras. El peso brutal del antiguo servicio militar obligatorio colonial, que había sido abolido con la revolución, dejó marcas profundas entre el pueblo común. Así, cualquier iniciativa de enrolamiento masivo para campañas militares externas, como habitualmente ocurría en tiempos de la Colonia, sería mal recibida por el campesinado, reticente a abandonar sus cosechas y alterar su modo de vida. El campesino, asentado en su parcela de tierra, propia o arrendada, anhelaba estabilidad. Su mundo orbitaba la chacra que trabajaba. El Dictador le proporcionó “paz interna” y una distancia segura de la “anarquía” que imperaba en las “provincias de abajo”. El campesinado le retribuyó no perturbando su régimen.

Por otra parte, es cierto que una vez que el Dictador se consolidó en el poder, las tendencias conservadoras del proceso político se fortalecieron. Francia no vio motivos para crear él mismo condiciones que pudieran desestabilizar su régimen. Una campaña en el exterior, además del problema de las relaciones con Buenos Aires, no solo agitaría a los campesinos sino que los pondría en movimiento y en contacto con las tan rechazadas ideas “liberales”, que Francia identificaba como “la anarquía”.

Este elemento pesó también en su actitud hacia el otro aspecto de la “guerra continental”: la guerra civil entre los sectores burgueses latinoamericanos por la conformación de los Estados nacionales.

Hemos explicado en otros textos que la guerra continental contra España y la guerra civil entre facciones burguesas nativas fueron procesos paralelos e inseparables. En el Río de la Plata, esto último se tradujo en el enfrentamiento armado entre unitarios y federales.

En este enfrentamiento, sí pensamos que Francia cometió un error político: se negó a colaborar, de alguna manera, con los insistentes pedidos de auxilio del caudillo Artigas, que expresaba el otro polo avanzado del proceso revolucionario rioplatense, un proyecto independentista consecuente, además de republicano y federalista. Por lo tanto, un proyecto opuesto a los intereses de Buenos Aires, que lo combatió con todas sus fuerzas.

Es cierto que una vez que el Dictador negó cualquier colaboración, Artigas también hostilizó la navegación por el Paraná e invadió las Misiones, reivindicadas por el Paraguay, alejando aún más la posibilidad de una alianza militar contra la burguesía comercial porteña. Pero no entender lo que representaba Artigas y su Liga de los Pueblos Libres en lucha contra Buenos Aires y, por ende, no colaborar materialmente con su campaña, fue una equivocación. En la práctica, Francia tuvo la misma política hacia el unitarismo reaccionario y hacia el federalismo progresivo de Artigas: “no intervención”. Y esto sí expresa conservadorismo y miopía política. El triunfo del federalismo de Artigas o el del unitarismo porteño no significaba lo mismo para los derechos nacionales del Paraguay ni para el Interior rioplatense. Por otro lado, la posibilidad de colaborar con Artigas no implicaba, necesariamente, un peligro para la independencia paraguaya. La victoria de Buenos Aires, por el contrario, fortalecería a un enemigo declarado de ese derecho. Si no daba igual, una política abstencionista tarde o temprano cobraría su precio.

Finalmente, Artigas fue derrotado. En 1820, el caudillo oriental pidió refugio y Francia le concedió asilo en el Paraguay, donde falleció en 1850. Buenos Aires, en las décadas siguientes consolidó su posición y retomó su ofensiva contra el Paraguay.

\*\*\*

## EL PARAGUAY DE LOS LÓPEZ: FUERZAS PRODUCTIVAS Y RELACIONES DE PRODUCCIÓN

R. L. N. - Paraguay

“Hacemos saber a Vmd. que en esta fecha ha muerto de enfermedad natural el Excmo. Señor Dictador de la República”<sup>[1]</sup>, rezaba la esquela que recibieron las autoridades civiles y militares el 20 de setiembre de 1840. A pesar de las insistencias de su médico, Francia no dejó indicación alguna para sucederle: *no me molesten con esas zonceras*, fue su única respuesta.

En Asunción hubo manifestaciones públicas de reivindicación y rechazo hacia el legado del difunto. Cobró fuerza la exigencia de un nuevo Congreso, que no se reunía desde 1816. A toda prisa se constituyó una Junta Provisoria presidida por el alcalde Manuel Ortiz y compuesta por los cuatros comandantes del cuartel de la capital, todos ellos tenientes o subtenientes. Policarpo Patiño, que había sido secretario personal del ex dictador, ocupó el mismo cargo en la nueva Junta. Ese “gobierno de subtenientes” indica el grado todavía muy incipiente del aparato estatal de la burguesía nacional.

El 24 de setiembre, la Junta resolvió postergar la discusión sobre “si conviene o no convocar a un Congreso General en esta República”<sup>[2]</sup>. Pero pasaron los meses y ninguna convocatoria emanó del gobierno. El 23 de enero de 1841, un sargento llamado Romualdo Duré dirigió un golpe militar que derrocó a la Junta y conformó un triunvirato de alcaldes con expreso mandato de convocar el Congreso. El 9 de febrero, un nuevo golpe militar, encabezado por Mariano Roque Alonso –otro oficial de bajo rango–, tomó el poder.

<sup>[1]</sup> CHAVES, Julio C. *El presidente López*. Asunción: El Lector, 2011, p. 22.

<sup>[2]</sup> Ídem, p. 24.

Alonso designó como secretario a Carlos Antonio López, un ex catedrático de teología y abogado, que había regresado a la capital desde su estancia en el interior, adonde se había marchado durante años sin molestar ni ser molestado por el dictador. López, que era hijo de un sastre, se transformó en acaudalado hacendado al casarse en 1826 con Juana Pabla Carrillo, hijastra de uno de los hombres más ricos del país, don Lázaro Rojas, que había ejercido como recaudador de impuestos de la dictadura. Rojas luego apadrinó a Francisco Solano, primogénito de Carlos Antonio, heredándole parte de su fortuna, incluido el terreno en el que más tarde el joven López construiría su imponente residencia particular, que quedó conocida como el *Palacio de López*, sede actual del gobierno paraguayo.

El Congreso, del que participaron 400 delegados, se realizó finalmente el 12 de marzo de 1841. Un sector exigió una Constitución para establecer “un régimen más tolerable después de una larga tiranía”. López se opuso, argumentando que el país no estaba preparado, puesto que no existían suficientes personas instruidas. Ante el peligro de la “anarquía”, declaró, era necesario un “poder fuerte” para “mantener el orden y la tranquilidad públicas”. La política de López era abrir más el país al comercio, retomando relaciones con otras naciones, pero “sin perjuicio de la independencia y la seguridad de la República”. López logró maniobrar para opacar al candidato “francista”, Norberto Ortellado, ex delegado en Misiones. El Congreso finalmente eligió el binomio López-Alonso como “cónsules”, siguiendo las reglas de 1813<sup>[3]</sup>.

Comenzaba así el período de gobierno de la familia López, que regiría el país con mano de hierro hasta 1870.

La cuestión nacional, ahora en manos del viejo López, residía en cuatro problemas principales:

- 1- reconocimiento de la independencia nacional;
- 2- definición de las fronteras;
- 3- libertad de navegación hasta el océano para el comercio paraguayo;
- 4- la concesión o no de la libertad de navegación de los ríos comunes para otras banderas, a su paso por el territorio paraguayo.

<sup>[3]</sup> Ídem, p. 33.



En esta serie de artículos proponemos abordar principalmente cinco cuestiones:

- 1- el proyecto de los López como continuidad o ruptura con el de la dictadura de Francia;
- 2- el grado de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado por el Paraguay;
- 3- las relaciones de producción;
- 4- el régimen político de los López;
- 5- las relaciones y conflictos internacionales hasta 1864.

### 1- ¿Continuidad o ruptura con el proyecto del *Supremo*?

A menudo se discute si la política económica y el régimen político de los López representaron una continuidad o no con el de su antecesor. No se trata, por supuesto, de señalar si hubo o no cambios –eso es evidente–, sino de precisar si estos fueron cualitativos.

Lo esencial es definir si el proyecto de consolidar una burguesía nacional, capaz de incorporarse de forma independiente al mercado mundial –para lo cual resultaba vital la libre navegación de los ríos hasta el océano y la definición de las fronteras nacionales–, se mantuvo o fue abandonado.

Nosotros opinamos que se mantuvo. La diferencia con el período del doctor Francia fueron las nuevas condiciones políticas regionales en las que intervinieron los López, que ampliaron la base material para desarrollar ese proyecto burgués nacionalista.

Hasta 1840, en medio de la marginalidad comercial y la abierta hostilidad porteña hacia la independencia paraguaya, el dictador Francia había conseguido –a partir de la nacionalización de la tierra y de una política mercantilista en lo comercial y lo fiscal– asentar los cimientos –todavía endebles– para la estructuración de un aparato estatal y un ejército nacionales.

Sobre esa base, los López irrumpen representando a un sector burgués rural ávido de acumular a través de la producción y el comercio de exportación.

En ese marco, en la década de 1840 se recrudeció la lucha contra el entonces gobernador “federal” de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas. El *Restaurador*, en realidad, aplicaba una firme política unitaria: mantuvo cerrado el Paraná; monopolizó las rentas de la aduana porteña; no reconoció la independencia

paraguaya. En 1850, Rosas fue autorizado a disponer “sin limitación alguna de todos los fondos” hasta hacer efectiva “la reincorporación de la Provincia del Paraguay a la Confederación Argentina”<sup>[4]</sup>.

El bloqueo anglo-francés de 1845-1848, modificó en parte la situación de marginalidad comercial. Para abastecer el mercado porteño de yerba y tabaco –que Buenos Aires, a pesar de su calidad inferior, importaba del Brasil y de Cuba–, Rosas se vio forzado a disminuir en un tercio los derechos de importación. Los productos paraguayos, transportados por tierra, consiguieron burlar el bloqueo europeo y fluyeron hacia Buenos Aires y otros puertos del Litoral. Así, entre marzo de 1847 y setiembre de 1848 se descargaron en Pilar, rumbo al exterior, mercaderías por valor de 330.000 pesos<sup>[5]</sup>, una suma que equivalía a aproximadamente tres años de recaudaciones durante el período de Francia.

Pero el verdadero cambio de situación llegó en febrero de 1852, con la caída de Rosas a manos de una amplia alianza militar liderada por el caudillo entrerriano Justo José de Urquiza, que triunfó en Caseros y se hizo con el poder. En julio, la independencia del Paraguay fue finalmente reconocida por el gobierno argentino –39 años después de haberse proclamado la República– y se decretó la libertad de navegación y comercio a través del Paraná. En ese tratado, López cedió las Misiones a cambio de conservar el Chaco.

Se abrió, así, una inmensa perspectiva para el desarrollo comercial y se hizo inevitable el fortalecimiento de un sector burgués paraguayo decidido a hacerse con las ganancias que el “boom exportador” prometía. Y ese sector burgués estaría encabezado por los López y por un reducido círculo de jefes militares y otros burócratas estatales, no pocos de ellos emparentados con la familia gobernante.

En 1854, López declaró su interés de ser reconocido y de relacionarse “con las primeras Potencias del mundo culto”<sup>[6]</sup>. El mejor aprovechamiento de las nuevas condiciones será el telón de fondo de las medidas económicas y políticas que tomarán los gobiernos de Carlos Antonio López y de su posterior “heredero”, Francisco Solano.

[4] Ídem, p. 134.

[5] WHIGHAM, Thomas. *La economía de la independencia*. Asunción: Intercontinental, 2010, p. 123.

[6] LÓPEZ, Carlos A. Mensaje de 1854. In: *Mensajes de Carlos Antonio López*. Asunción: Imprenta Nacional, 1931, p. 92.

Esas medidas, en lo esencial, mantuvieron el “modelo” francista, basado en el control estatal del comercio interno y externo; una política fiscal también mercantilista; ausencia de deuda externa; y nacionalización de la tierra.

## 2- Los monopolios y el proteccionismo estatales

La liberación de la navegación comercial, no significó, por parte de los López, ni la liberación ni la “apertura” de la economía paraguaya.

El viejo López estableció el monopolio estatal de la producción y comercialización de la yerba mate, las maderas de construcción y, ocasionalmente, de los cueros y derivados de la ganadería. Decía don Carlos a los diputados del Congreso de 1854, que “mucho nos falta para ser una nación independiente, en todo el rigor de la palabra [...para ello] es necesario que la Nación se baste a sí misma”<sup>[7]</sup>.

Los empresarios particulares, interesados en participar de la explotación y el comercio interno y externo de esos rubros, debían contar con licencias oficiales. La yerba mate, por ejemplo, debía ser entregada al Estado a precios previamente estipulados por el gobierno, que luego la vendía en Buenos Aires y el litoral paranaense a través de agentes comerciales. Un dato de 1854 permite tener una noción de las ganancias: en los yerbales se pagaba 0,15 libras por arroba, que después se vendía en Buenos Aires por 1,60 libras<sup>[8]</sup>. En 1857, un periódico porteño opositor a López denunciaba que la yerba paraguaya se vendía en ese mercado a “doce veces su costo”<sup>[9]</sup>.

En el mercado interno, el gobierno mantuvo relativamente bajos los precios de la yerba y otros productos. Para el mercado exterior, estableció precios muy altos. Por ejemplo, entre 1856 y 1860, el viejo López fijó el precio de la yerba en seis pesos por arroba, sin observar las oscilaciones de la oferta y la demanda.

En 1859, George Morice, un ingeniero naval británico al servicio del gobierno paraguayo, escribía a Solano López sobre ese asunto:

<sup>[7]</sup> Ídem.

<sup>[8]</sup> SCAVONE, Ricardo. *Estudio preliminar*. In: SCAVONE, Ricardo (Org.). *Polémicas en torno al gobierno de Carlos Antonio López en la prensa de Buenos Aires (1857-1858)*. Asunción: Tiempo de Historia, 2010, p. 15.

<sup>[9]</sup> Ídem.

*Encuentro que el mercado de la yerba es desastrosamente malo. ¡No se puede vender a más de 40 a 42 reales de plata la arroba! El hecho es que la yerba de Misiones o de Brasil cuenta con el favor del mercado en razón de su precio –en calidad esta yerba es muy inferior a la paraguaya– pero el precio es aproximadamente la mitad [...] lo que tendrá serios efectos sobre el comercio del Paraguay y será bueno que su Gobierno efectúe arreglos para reducir el precio de la yerba.<sup>[10]</sup>*

Esto último era improbable, puesto que los monopolios y la política de precios respondían a la necesidad de asegurar recursos al fisco, siguiendo un modelo proteccionista.

En 1842, López tasó en 40% la importación de artículos que podían ser producidos en el Paraguay. La introducción de relojes, sedas y joyas debía pagar un impuesto de 25%. El resto de las importaciones pagaba 15%, con excepción de mapas e instrumentos científicos, que estaban liberados. En cuanto a la exportación, el gobierno decretó un pequeño derecho de dos reales por cada cuero exportado y 5% de arancel para las demás exportaciones. Los embarques privados de madera eran tasados en 20%. Por otro lado, las exportaciones de “invenciones útiles” o productos manufacturados –bebidas espirituosas, aceite vegetal, jabón, etc.– estaban exentas de derechos. La prohibición de exportar monedas y cualquier metal precioso se mantuvo<sup>[11]</sup>.

Esta política proteccionista, que gravaba más la importación que la exportación, era uno de los aspectos más criticados del régimen paraguayo en el exterior. El mismo ingeniero inglés que citamos antes, hizo saber a López lo perjudicial que encontraba esa medida: “yo recomendaría encarecidamente la reducción a la mitad de todos los impuestos a las importaciones y exportaciones. No tengo dudas de que el ingreso no disminuirá, porque el comercio se duplicará por la reducción de aranceles”<sup>[12]</sup>.

En el campo, las tierras se mantuvieron nacionalizadas. Continuó además la política de arrendamientos por parte del Estado a medianos y pequeños productores. Barbara Potthast anota que don Carlos dispuso, como regla general,

<sup>[10]</sup> WHIGHAM, Thomas. *La economía de la independencia...* op. cit., p. 44.

<sup>[11]</sup> Reglamento de Aduana, 13/01/1842, citado por WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río se llevó. Estado y comercio en Paraguay y Corrientes [1776-1870]*. Asunción: CEADUC, 2009, p. 130.

<sup>[12]</sup> George F. Morice a Francisco Solano López, 26/12/1859, citado en WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...* op. cit., p. 286.

que el arriendo exigido no debía exceder 5% del valor de la tierra<sup>[13]</sup>. Sin embargo, la situación de los medianos y pequeños chacareros había cambiado desde los tiempos de Francia. López restableció en 1842-1843 el diezmo y la media anata, impuestos sobre las cosechas y ganado. Los López pertenecían y se apoyaron, principalmente, en los sectores de terratenientes y comerciantes, facción que pasó a controlar la máquina estatal, aunque sin llegar a una ruptura definitiva con la pequeña burguesía ni anular completamente las medidas de su antecesor.

Las conocidas *Estancias de la República*, fundamentales para la provisión del ejército y con importante participación en el mercado interno, aumentaron a 64, y se incorporaron 300.000 cabezas de ganado bovino y equino. Cuando comenzó la Guerra, se estima que el rebaño de ganado –que crecía entre 25 y 27% por año– alcanzaba al menos 2.000.000 de cabezas<sup>[14]</sup>.

En 1855, el cónsul británico en Asunción, Charles Henderson, informaba: “La mayor parte de la propiedad rural es propiedad del Estado. Las mejores casas de la ciudad pertenecen al gobierno y este posee valiosas granjas de cría y agrícolas en todo el país”<sup>[15]</sup>.

El historiador brasileño Francisco Doratioto, conocido detractor de Francia y de los López, confirma lo anterior: “El Estado guaraní era dueño, a mediados del siglo XIX, de casi 90% del territorio nacional y prácticamente controlaba las actividades económicas, pues cerca de 80% del comercio interno y externo era de propiedad estatal”<sup>[16]</sup>.

### 3- El auge comercial

En la década de 1850, la independencia paraguaya había sido reconocida por sus dos poderosos vecinos: la Confederación Argentina y el Imperio del Brasil. Esto permitió el reconocimiento y la firma de tratados comerciales entre 1853 y 1854 con Gran Bretaña, Francia, Cerdeña, y Estados Unidos.

[13] POTTHAST, Barbara. Entre lo invisible y lo pintoresco: las mujeres paraguayas en la economía campesina (siglo XIX). *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, Köln, N.º 40, 2003, pp. 203-220.

[14] WHIGHAM, Thomas. *La economía de la independencia...*, op. cit., pp. 125-130.

[15] POMER, León. *La Guerra del Paraguay*. Estado, política y negocios. Buenos Aires: Colihue, 2008, p. 49.

[16] DORATIOTO, Francisco. *Maldita Guerra*. Nova história da Guerra do Paraguai. São Paulo: Companhia das Letras, 2002, p. 44 (traducción nuestra).

Asunción recuperó su carácter de puerto principal del país, recibiendo varios buques de vapor.

Según datos de Charles Henderson, las exportaciones aumentaron de 68.000 libras en 1851 a casi 440.000 libras en 1859. Las importaciones, que en 1851 representaron algo más de 46.000 libras, sobrepasaron en 1859 las 300.000<sup>[17]</sup>. La yerba mate abarcaba entre 40 y 50% del total de las exportaciones. La exportación de tabaco se triplicó entre 1854 y 1858, en ocasiones sobrepasando el volumen de la yerba. Una parte de tabaco paraguayo, que se consumía principalmente en las provincias argentinas, llegaba a Europa<sup>[18]</sup>.

El conjunto de las exportaciones de yerba, tabaco, maderas, y cueros, en 1857, 1858 y 1860 fue casi dos veces y medio superior al valor de las realizadas entre 1852 y 1854. Las cifras de importación del mismo período –siempre según informes de Henderson– sugieren un crecimiento de al menos 100%<sup>[19]</sup>.

Del total de importaciones, alrededor de la cuarta parte correspondía a compras del Estado, que también era el único importador de armas, municiones, hierro, y materiales de construcción. El resto –perfumes, vinos, tejidos finos, etc.– estaba orientado a la reducida “alta sociedad” asuncena. En general, el consumo popular mantuvo poco contacto con la mercancía extranjera<sup>[20]</sup>.

Así, entre 1851 y 1861 la balanza de pagos del gobierno paraguayo obtuvo del comercio un saldo positivo de cuatro millones de pesos, cifra importante para el Alto Plata<sup>[21]</sup>. Las exportaciones, anota el cónsul inglés, saltaron de 341.616 pesos en 1851 a 1.693.904 pesos en 1860<sup>[22]</sup>.

Si comparamos las 9.084 arrobas de yerba exportadas en 1839, en el ocaso de la dictadura del doctor Francia, con las 254.513 arrobas de yerba exportadas en 1861<sup>[23]</sup>, el salto es innegable.

Si tomamos como *punto de partida* el nivel de las fuerzas productivas desde su ruptura con el colonialismo español, no es difícil advertir que, en medio siglo, se dio un crecimiento impresionante. Y ese progreso se debe, sin duda, a la política proteccionista y nacionalista.

[17] SCAVONE, Ricardo. *Estudio preliminar...*, op. cit., p. 14.

[18] WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...*, op. cit., p. 134

[19] *Ibidem*.

[20] *Ídem*, p. 138.

[21] *Ibidem*.

[22] *Ídem*, p. 139.

[23] *Ídem*, p. 192.

El cónsul de los EEUU, Edward A. Hopkins, en 1846 escribió a Rosas que el Paraguay era “la nación más poderosa del nuevo mundo, después de los Estados Unidos”, puesto que “su pueblo es el más unido, y que el gobierno es el más rico que el de cualquiera de los Estados de este continente”<sup>[24]</sup>.

La impresión de Hopkins, aunque sin duda exagerada, no dejaba de apoyarse en un grado de progreso real y que causaba recelos en el exterior.

#### 4- El proceso de modernización

Una parte importante de las rentas que generaba el comercio exterior fue invertida en dos grandes objetivos:

- 1- aumentar la capacidad exportadora a partir de los monopolios estatales;
- 2- fortalecer militarmente el país, teniendo presente las ambiciones territoriales de sus vecinos.

En la década de 1850, el gobierno contrató cerca de 200 técnicos extranjeros –ingenieros, maquinistas, médicos, etc.–, en su mayoría británicos, para impulsar nuevas empresas estatales. Así se inició un incipiente proceso de modernización y de industrialización, que partía de muy atrás y que se basó en la importación de tecnología. Ese programa abarcó importantes obras de infraestructura: fundición de hierro, arsenal, astilleros, ferrocarril, telégrafo. En el terreno militar se destaca la fortificación de Humaitá.

En Asunción se construyó un moderno muelle, además de decenas de nuevos edificios, entre ellos el palacio de López, la estación del ferrocarril, el teatro, el club nacional, el oratorio de la Virgen de la Asunción.

La fundición de hierro de Ybycuí comenzó a operar en 1850 al mando del ingeniero inglés Henry Godwin. Funcionaba con 117 obreros y tenía capacidad para producir, en promedio, una tonelada de hierro por día.

En 1855 se estableció el arsenal de Asunción, con más de 250 obreros y aprendices. Estuvo a cargo del inglés William Whytehead, nombrado “principal ingeniero del Estado”, con un salario anual que alcanzó las 1.200 libras.

En 1857, Carlos A. López informaba al Congreso sobre los primeros progresos de la fundición, sobre el arsenal, y sobre el proyecto del ferrocarril:

<sup>[24]</sup> CARDOZO, Efraím. *El Imperio del Brasil y el Río de la Plata*. Antecedentes y estallido de la Guerra del Paraguay. Asunción: Intercontinental, 2012, pp. 71-72.

*Se han fundido en la fábrica de fierro catorce cañones de a veinte y cuatro, un gran número de balas de todos calibres, bombas y otros muchos objetos. Los cañones pronto serán taladrados en el Arsenal [...] Se hallan corrientes en el Arsenal dos pequeñas máquinas de aserrar maderas a vapor, y se están montando otras dos máquinas grandes que dejarán sin uso en la Capital, el modo primitivo de aserrar maderas. Queda concluido, y en uso corriente un camino de fierro de quinientas varas desde el Arsenal hasta la gran muralla de la ribera, con el fin de facilitar los transportes del muelle y los terraplenes de los muros. En breve se construirá otro ferrocarril desde el muelle hasta la Aduana central. Se han comprado en Inglaterra los materiales necesarios para un ferrocarril de quince leguas desde el muelle hasta Paraguari [...] También han llegado a este puerto los diez y ocho cañones de a 68, comprado últimamente en Inglaterra [...] La fábrica de fierro proveerá de materiales para continuar el ferrocarril desde Paraguari hasta el arroyo de Ybycuí y del punto indicado de Paraguari hasta Villarrica [...]»<sup>[25]</sup>.*

En efecto, el primer tramo del ferrocarril, entre Asunción y Trinidad, se inauguró en diciembre de 1861. Unos cinco mil hombres trabajaron en la construcción del camino de hierro. En agosto de 1864, la vía férrea alcanzó 72 kilómetros, uniendo la capital con Paraguari, asiento del campamento militar de Cerro León.

En octubre de 1864, se inauguró el telégrafo, instalado por un ingeniero y técnicos alemanes. Su principal misión consistía en comunicar a Asunción con la fortaleza de Humaitá y con el campamento de Paso de la Patria.

El astillero, que contaba con 180 obreros, se dedicó a la construcción de buques de vapor, con maquinarias y motores importados que eran montados en Asunción.

Así, se puso en funcionamiento una importante flota mercante que incluía seis buques de vapor construidos en Asunción: el Yporá, el Salto del Guairá, el Correo, el Río Apa, el Jejuí, y el Ygurey, este último de 250 toneladas. En 1854, además, el Estado adquirió el buque de guerra Tacuarí, construido en Inglaterra por la casa Blyth, que costó 29.850 libras. El Tacuarí, dotado de seis cañones y con 448 toneladas de peso, era el único de la flota con casco metálico. Luego fueron incorporados a la Marina, entre otros, el Río Negro, el Río Blanco, el Paraná, el Olimpo, y el Paraguari, todos vapores de carga.

<sup>[25]</sup> LÓPEZ, Carlos A. *Mensajes...* op. cit., pp. 134-135.



Desde 1856, el gobierno habilitó una línea de vapores a Buenos Aires, que después se extendió a Montevideo. En 1857 arribó el primer cargamento de productos locales al puerto de Londres.

En el mismo mensaje de 1857, el presidente López informó sobre el astillero:

*[...] El Vapor Yporã, de 226 toneladas con fuerza de 70 caballos, se ha construido en este puerto con todas las condiciones que exigen los ríos Paraguay y Paraná [...] El Yporã es obra de paraguayos bajo la dirección única del inglés constructor Mister Thomas N. Smith.*

*Se han construido también en este puerto bajo la dirección del citado Smith otros dos vapores el uno de setenta caballos de fuerza y 244 toneladas de medida, y el otro de doce caballos de fuerza y de 31 toneladas de medida de casco. Ambos buques en breve serán lanzados al agua<sup>[26]</sup>.*

Aunque muy criticadas, algunas de estas empresas estatales no dejaban de causar impresión en el extranjero. En 1862, el capitán español Joaquín Navarro anotaba, en un informe secreto sobre la situación militar del país, que lo único digno de nota en el Paraguay era el arsenal “sin disputa, el mejor que poseen las Repúblicas Hispano-Americanas”<sup>[27]</sup>.

En 1864, el *Standard* de Buenos Aires publicó un artículo sobre los astilleros dirigidos por Whytehead, hombre que “había convertido el Paraguay en otro Clyde”<sup>[28]</sup>.

*El Progreso*, periódico oficial de Corrientes, expresó en 1863, en tono de reclamo a su gobierno, su simpatía hacia el modelo paraguayo:

*¿No sería más útil si el gobierno [nacional], en vez de gastar grandes sumas de dinero en la compra de buques de vapor de fabricación extranjera, comprara solamente las maquinarias (y la pericia) y construyera los buques en esta provincia como lo hacen en la vecina República del Paraguay? ¿Nosotros ciertamente creemos eso!*<sup>[29]</sup>.

<sup>[26]</sup> Ídem, pp. 136-137.

<sup>[27]</sup> CARDOZO, Efraím. *El Imperio del Brasil...*, op. cit., p. 110.

<sup>[28]</sup> WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...*, op. cit., p. 297.

<sup>[29]</sup> *El Progreso. Un astillero especial en la República*, 20/09/1863, citado en WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...* op. cit., p. 298.

## 5- Relaciones de producción

El salto en la producción y el programa de modernización se sostuvo en la extracción de excedente social de los obreros y esclavos negros del Estado, de los pueblos nativos, del semiproletariado agrícola –peones yerbateros, jornaleros de estancia, marineros de los ríos, etc.–, y de la pequeña burguesía rural, principalmente los medianos y pequeños chacareros. Durante el período de los López se mantuvo una combinación de relaciones de producción en la que el trabajo “libre” coexistía con formas precapitalistas, basadas en la coerción extraeconómica, como la esclavitud negra y los trabajos forzados de presos y “vagos”.

La medida más avanzada en cuanto a la liberación jurídica del trabajo se dio en octubre de 1848, cuando Carlos A. López decretó la disolución de los últimos 21 pueblos de indios, declarando a los nativos “ciudadanos” libres y, en el mismo acto, adueñándose de las tierras, el ganado, y otros bienes de las reducciones.

Esta medida, que tuvo un sentido claramente capitalista, liquidó los resquicios de una forma de explotación entonces obsoleta y en total decadencia. De un plumazo, cerca de 25.000 indios, completamente desposeídos, se incorporaron al mercado de fuerza de trabajo. Una parte lo hizo como peones yerbateros, jornaleros de estancias, transportadores de mercaderías por el río. Otra parte engrosó el campesinado mestizo libre. Los indios desempleados fueron considerados “vagos y mal entretenidos”, un crimen que la ley punía comúnmente con trabajos forzados para el Estado. Así, la liberación jurídica de la mano de obra indígena aseguró al Estado y a los grandes propietarios rurales suficiente fuerza de trabajo para aumentar la producción y poder aprovechar mejor las oportunidades que la abertura de los ríos ofrecía al comercio.

La riqueza del crecimiento económico fue acaparada por los López y su círculo de “ciudadanos propietarios”, mientras la vida del esclavo negro y del peón yerbatero siguió siendo un infierno en la Tierra. El Estado militarizó Villarrica para defender los yerbales de los ataques de indios. Era común utilizar a los soldados como mano de obra para la recolección de la yerba mate. Los jefes militares también reclutaban fuerza de trabajo entre la población local, pagando con “vales” a ser canjeados únicamente en los almacenes del Estado, siempre a un cambio muy desventajoso para los peones. El viejo sistema de “enganche por deudas” tampoco desapareció.

En 1848, Carlos A. López decretó que cualquier trabajador que huyera de los yerbales sería tratado como un “desertor” y sufriría la pena de muerte “como en los combates”<sup>[30]</sup>. En casos menos extremos, si el peón fugitivo era capturado y no podía resarcir a su patrón, era castigado con azotes<sup>[31]</sup>.

La esclavitud negra también permaneció, a pesar de que en noviembre de 1842 el gobierno decretó la libertad de vientres de las esclavas. El decreto estableció que, a partir del 1 de enero de 1843, los hijos de esclavos pasarían a ser llamados “libertos”. Pero esta ley no liberó a nadie. Los nacidos antes de esa fecha siguieron siendo esclavos. Y los “libertos” fueron obligados servir a “sus señores como patronos”: los varones hasta los 25 años y las mujeres hasta los 24. Así, la libertad solo llegaría en 1866-1867, cuando el Paraguay estaba ya en plena guerra. No se abolió la trata ni la vergonzosa institución de la “esclavatura del Estado”. El único gesto “humanitario” de la ley de 1842 fue prohibir que se fijara precio a “las crías” en “edad de lactación”, es decir, antes de los tres años, y que se los separara de sus padres antes de los seis.

La propia familia López era propietaria de esclavos, muchos de ellos comprados “al Estado”. En un recibo de 1853, se lee: “son [...] cuarenta y cinco pesos corrientes metálicos que ha mandado entregar el Excmo. Señor presidente de la república [Carlos A. López] en pago de un esclavito del Estado llamado Desiderio Cartaman, de diez años de edad”<sup>[32]</sup>. Francisco Solano, Venancio, y Benigno, hijos del presidente, también se hacían de “esclavitos”.

Se estima que aproximadamente 6.000 esclavos fueron movilizados por el Paraguay contra la Guerra de la Triple Alianza. La abolición definitiva debió esperar al 2 de octubre de 1869, medida extremadamente tardía y que, vergonzosamente, cupo a la iniciativa aliada. Pero ella solo benefició a alrededor de 450 esclavos. El resto de los esclavos y “libertos” había muerto durante la contienda.

El culto a la personalidad de los López, que la mayor parte de la izquierda adoptó del nacionalismo burgués, es tan nocivo que a menudo impide la crítica a la brutal explotación de los indios, de los negros y de los demás sectores de la

<sup>[30]</sup> Decreto de López del 26 de septiembre de 1848. ANA-SH 282 N° 18.

<sup>[31]</sup> WHIGHAM, Thomas. *La economía de la independencia...*, op. cit., p. 43.

<sup>[32]</sup> Libro de Caja para el año 1853. 15 de junio de 1852, n° 308, foja 109, citado en: RODRÍGUEZ, Guido. *Francia y López*. In: SOLER, Lorena et al. (Org.). *Antología del pensamiento crítico paraguayo contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO, 2015, p. 554.

clase trabajadora. Todo el peso del crecimiento de la producción y del comercio de exportación recayó sobre las clases explotadas. En la década de 1850, la reorientación hacia la exportación generó al menos dos fuertes caídas de los tradicionales cultivos de subsistencia, planteándose el peligro de hambrunas<sup>[33]</sup>.

Como se señaló, si bien las medidas económicas y el programa de desarrollo estaban orientados en sentido capitalista, en la producción persistían formas de explotación precapitalistas. Estas coexistían y se combinaban desigualmente con las formas de trabajo “libre”, presentes en las empresas estatales y que tuvieron un impulso con la disolución de los pueblos de indios, relacionado con el incremento de la demanda de fuerza de trabajo que exigía el comercio exterior.

## 6- ¿Era el Paraguay una gran potencia?

Luego de examinar la producción, las relaciones de producción, el comercio y los objetivos del programa de modernización, existen mejores condiciones para retomar el espinoso debate sobre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas del Paraguay anterior a la Guerra.

La historiografía liberal, interesada en justificar la guerra “civilizatoria” en contra de un Paraguay “bárbaro” y “opuesto al progreso”, minimiza todo el proyecto de modernización de los López apuntando que, como mucho, estaba orientado a fines estrictamente militares<sup>[34]</sup>. En el otro extremo, la historiografía nacionalista y “revisionista”, sobre todo aquella adicta a la teoría de la dependencia, no duda en presentar al Paraguay –con el correcto afán de denunciar a la Triple Alianza– como una “gran potencia”, no solo superior a sus vecinos sino casi en condiciones de competir con la industria británica.

Ninguno de estos extremos es correcto. El Paraguay, hasta 1864, no fue ninguna potencia, ni industrial ni militar. Su ubicación en la división internacional del trabajo nunca dejó de ser la de un productor de materias primas y frutos tropicales, y consumidor de manufacturas y tecnología foránea, principalmente europea. El proyecto de los López nunca pretendió cambiar esto. Al contrario, se esforzaban por aumentar lo más posible la capacidad exportadora de productos primarios locales y para que el comercio de esos productos no fuera obstaculizado.

[33] WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...*, op. cit., p. 308.

[34] DORATIOTO, Francisco. *Maldita Guerra...*, op. cit., p. 44.

Existía, eso sí, un claro crecimiento de las fuerzas productivas. El propio Doratioto debe reconocer que el Paraguay contaba “con avances tecnológicos en relación con otras naciones del continente”<sup>[35]</sup>. Ese progreso fue producto de una política de desarrollo capitalista independiente. El modelo se basó no en el libre comercio sino en el proteccionismo; en los monopolios y empresas estatales, antes que en grandes inversiones extranjeras. El plan de modernización se concretó a partir de la importación de tecnología, y fue financiado enteramente con recursos del Estado. No existía deuda externa ni pactos semicoloniales. En esto reside la “singularidad” del Paraguay dentro de la región en el siglo XIX, y no en que el país fuese “la principal potencia” de la región.

Si bien las fuerzas productivas se desarrollaban, estas partían de mucho más atrás que las de sus propios vecinos: no debe olvidarse la ubicación marginal de la nación dentro del sistema colonial ni el bloqueo porteño hasta 1852. Tener presente este atrasado *punto de partida* de las fuerzas productivas, al mismo tiempo que hace más impresionante el progreso que significó la fundición de hierro, los vapores, el telégrafo, o el ferrocarril, es indispensable para definir el verdadero peso del Paraguay en la región.

Si nuestro parámetro se limita a las fronteras paraguayas, es indudable que entre 1811 y 1864 existió un enorme salto material. Pero si analizamos la situación en el contexto internacional, no se puede dejar de concluir que el Paraguay, por motivos históricos, seguía siendo no solo un país oprimido sino mucho más débil. En 1860, el comercio exterior paraguayo totalizó 560.392 libras esterlinas. Esto significaba 6% del argentino y solamente 2,3% de los intercambios internacionales del Imperio del Brasil, que alcanzaban 23.739.898 de libras<sup>[36]</sup>.

Por consiguiente, el Paraguay tampoco podía ser una “potencia” en el terreno militar. En vísperas de la guerra, a pesar de todos los esfuerzos, la diferencia en cuanto a poderío militar con sus vecinos era enorme. El Paraguay enfrentará la guerra con obsoletos fusiles a chispa, cañones de ánima lisa, y una escuadra de buques con casco de madera. La “inexpugnable” fortaleza en Humaitá, en realidad ni siquiera contaba con artillería capaz de causar daño alguno a los modernos acorazados que presentó el Imperio del Brasil. Pero, eso sí, aquellos cañones lisos y los vapores mercantes eran fabricados en el país.

[35] *Ibidem* (traducción nuestra).

[36] *Ibidem*, p. 91.

No es necesario, para denunciar a la Triple Alianza, incurrir en el error de exagerar el grado de desarrollo de las fuerzas productivas ni alimentar el mito del Paraguay-potencia. Esta exageración, una tentación a la que el autor de estas líneas tampoco estuvo inmune, no solo no contribuye al debate sino que abre un flanco innecesario –e imposible de defender seriamente– a los apologistas de la Triple Alianza.

Lo sí debe ser resaltado –mal que les pese a los escribas de los “civilizadores”– es que en el Paraguay existía una burguesía nacional que, debido a su propia debilidad y como reacción defensiva, había puesto en marcha una experiencia de acumulación capitalista independiente. Fue la marginalidad geográfica y la hostilidad de sus vecinos lo que obligó a la clase dominante paraguaya a apoyarse en una “economía defensiva” que, como anota Milciades Peña, le “permitió, pese a su pobreza en relación con Buenos Aires y pese a los tributos que el puerto único porteño le imponía, capitalizarse aceleradamente”<sup>[37]</sup>.

En 1864, ese desarrollo burgués basado en los monopolios estatales, el proteccionismo, la ausencia de deuda externa, la tierra nacionalizada, etc., se oponía al modelo librecambista y dependiente del capital europeo, sobre todo inglés, que imperaba en Buenos Aires y en el Imperio esclavista del Brasil.

El historiador estadounidense Thomas Whigham, que no pierde ocasión de atacar cualquier intervención del Estado en la economía, apunta que “no existía una contradicción estructural entre la economía del Paraguay y la de los países vecinos que tuviera que resolverse por medio de la guerra”<sup>[38]</sup>. Esto es correcto solo en el sentido de que la guerra no consistió en un enfrentamiento entre un proyecto “capitalista” y otro “protosocialista”, ni siquiera uno “antiimperialista” –un planteamiento igualmente anacrónico, puesto que ni existía el imperialismo como tal y que Solano López no tenía ninguna posición en tal sentido–. Lo que Whigham y los historiadores liberales no entienden es que sí existían –y chocaron– dos modelos de acumulación *capitalista* opuestos: uno estatista e independiente; otro librecambista y semicolonial.

Los monopolios estatales no eran dañinos al progreso económico paraguayo; no eran expresión de “barbarie”, sino lo opuesto: todas las naciones capitalistas más poderosas aplicaron medidas mercantilistas y proteccionistas para desarrollarse. En ese sentido, Peña señala que:

<sup>[37]</sup> PEÑA, Milciades. *Historia del pueblo argentino*. 1ª ed. Buenos Aires: Emecé, 2012, p. 227.

<sup>[38]</sup> WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...* op. cit., p. 154.

*El monopolio estatal del comercio exterior no perjudicaba sino que estimulaba el desarrollo del capitalismo paraguayo, pero impedía que ese desarrollo se hiciera ante todo en beneficio de la burguesía europea y de su socia menor rioplatense, la burguesía porteña [y de la del imperio del Brasil, agregaríamos nosotros, R.L.N.]<sup>[39]</sup>.*

Este era el problema fundamental.

Así, la guerra significó el enfrentamiento entre una alianza de tres países – entre ellos las dos principales economías de la región, financiadas por el capital inglés– y una nación que, si bien había iniciado un proceso de evolución autónoma hacia el desarrollo capitalista, era más pobre, débil, e históricamente oprimida. Ese país fue destruido, desmembrado, y sometido a un genocidio atroz. Esto, por sí solo, es suficiente para definir un campo militar en esa guerra.

\*\*\*

---

<sup>[39]</sup> PEÑA, Milcíades. *Historia...*, op. cit., p. 232.

## SUPERESTRUCTURA POLÍTICA: LA DICTADURA DE UNA FAMILIA

R. L. N. - Paraguay

Hemos referido la decisiva intervención del Estado en la economía paraguaya hasta el fin de la Guerra. Pusimos de relieve que la razón de este fenómeno residía en que en el Paraguay, que partía de fuerzas productivas mucho más atrasadas dentro la región, no existía una clase dominante tan fuerte ni rica como la burguesía comercial o estanciera de Buenos Aires, o como los terratenientes esclavistas del Brasil. Así, la incipiente burguesía nacional debió apoyarse en la máquina estatal para protegerse y acumular.

Pero se sabe que “el Estado” no es una abstracción. Según la teoría marxista, es una “fuerza especial de represión” que a su vez es “el producto y la manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase” en la sociedad<sup>[1]</sup>.

Este aparato de coerción de clase, basado en “destacamentos especiales de hombres armados”, en el caso que estudiamos estaba al servicio de la dominación de la naciente clase burguesa nacional o, más precisamente, de un sector de la misma. Esa facción estaba compuesta por la familia López y un reducido entorno que la orbitaba.

Los López fueron, sin duda, los “dueños” del país. Eran los principales terratenientes, además de explotar los yerbales de San Pedro, Concepción y Río Estrella<sup>[2]</sup>. Participaban ventajosamente del comercio interno y externo.

<sup>[1]</sup> LENIN, V. I. *O Estado e a revolução*. São Paulo: Editora Sundermann, 2005, pp. 28-31.

<sup>[2]</sup> WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...*, op. cit., p. 132.



Francisco Solano, por ejemplo, poseía una sociedad con los hermanos Pedro y Buenaventura Decoud para comercializar yerba mate en Buenos Aires y otras plazas<sup>[3]</sup>.

Vicente Barrios, marido de la hermana de Solano López, explotaba yerbales en San Estanislao. Otros dos hijos de Carlos Antonio, Venancio y Benigno, también vendían yerba al Estado. Saturnino Bedoya, otro yerno de don Carlos y que llegó a ser Tesorero General durante la Guerra, además de sus negocios yerbateros con el Estado poseía una de las principales casas comerciales en la capital<sup>[4]</sup>.

Hacían todo tipo de negocios y especulaciones. Las mujeres de la familia López, por ejemplo, se dedicaban a comprar billetes deteriorados con descuentos de 8%, para después cambiarlos por su valor real en el Ministerio de Hacienda<sup>[5]</sup>.

Tampoco se puede negar que los López trataban las propiedades del Estado como propias. En 1856, Carlos Antonio López compró un campo estatal en Capiipobo<sup>[6]</sup>. Benigno López compró tierras y ganado público en San Joaquín<sup>[7]</sup>. En 1859, Venancio López compró tierras del Estado en Rosario<sup>[8]</sup>. Nadie podía oponerse a los López en cualquier tipo de subasta o negocio comercial. Consta una “orden suprema” de abril de 1853 que dispuso la transferencia de ganado de la estancia estatal de Yacarey a la estancia privada del presidente López<sup>[9]</sup>.

Los reclamos que la irlandesa Elisa Alicia Lynch, que fue pareja del mariscal López, hizo en Asunción al terminar la guerra, dan cuenta de las enormes propiedades estatales que Solano López le transfirió como bienes particulares. Ella exigió en 1875 la devolución de 32 propiedades rurales y urbanas que equivalían a cerca de 9.000.000 de hectáreas de tierras, una buena parte en territorios que fueron anexados por la Argentina y el Brasil<sup>[10]</sup>.

[3] RODRÍGUEZ, Guido. *Francia y López...*, op. cit., p. 553; SCAVONE, Ricardo. *Estudio preliminar...*, op. cit., p. 15.

[4] WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...*, op. cit., p. 132.

[5] Ídem, pp. 132-133.

[6] ANA. Libro de Caja 1855/1857, 6/06/1856, n° 826, citado por RODRÍGUEZ, Guido. *Francia y López...*, op. cit., p. 552.

[7] ANA. CRB, 1259 y 1354, citado por ídem.

[8] Libro Caja 1858/1859, 1/06/1859, n° 434, citado por ídem, p. 553.

[9] ANA. NE 2713, citado por WHIGHAM, Thomas. *La economía de la independencia...* op. cit., p. 116.

[10] RODRÍGUEZ, Guido. *Francia y López...*, op. cit., p. 553

Los negocios de los López y de su reducido entorno, lícitos o ilícitos, realizados a partir de su posición dirigente del Estado, no solo muestran el carácter burgués de ese gobierno sino la evolución “normal” de una burguesía nacional que, a medida que se fortalecía se hizo más reaccionaria, antidemocrática y discrecional con los bienes públicos.

## 1- El régimen político dictatorial

Si bien ninguno de los dos López se hizo nombrar formalmente “dictador”, como sí lo hizo el doctor Francia, el poder que ejercieron no fue menos unipersonal. El Congreso de 1844 aprobó una ley fundamental que, aunque reconocía tres poderes, concedía poderes casi ilimitados al “Supremo Gobierno”, es decir, al presidente de la República.

Si para los congresos generales de 1813 y 1814 fueron convocados “mil diputados” electos en las villas por el sufragio masculino, sin criterios censitarios, para el de 1816 el llamado se restringió a 250 representantes. En el Congreso de 1842 participaron 400 diputados. En el de 1844 ese número se redujo a 300, y la denominada “Ley que establece la Administración Política de la República del Paraguay” limitó los próximos congresos a 200 diputados, incorporando por primera vez la condición de ser “propietarios”. En 1856, la representación en los congresos se redujo a 100, cerrando aún más el círculo, puesto que tanto elegidos como electores debían ser propietarios<sup>[11]</sup>. Así, desde 1816 solo se evidenció un retroceso en cuanto a la participación y a la representación política institucional.

Fueron varias las justificaciones de la deriva dictatorial. En 1854, por ejemplo, Carlos A. López defendió el criterio de propiedad y alertó sobre los peligros que entrañaba el sufragio universal.

*La experiencia de todas las Naciones en que rige el sistema representativo, tanto en Europa como en América, ha mostrado los gravísimos males e inconvenientes que trae el sufragio universal. Por eso [...] las condiciones que deben reunir los electores y los elegibles: la condición de propiedad y de una capacidad regular, a más de la probidad, buena fama, conocido patriotismo, y el goce de todos los derechos civiles, deben ser requisitos esenciales en unos y otros<sup>[12]</sup>.*

<sup>[11]</sup> CHAVES, Julio. *El presidente López...*, op. cit., p. 221.

<sup>[12]</sup> LÓPEZ, Carlos A. *Mensajes...* op. cit., p. 100 (todos los subrayados son nuestros, salvo indicación contraria).

Para “el goce de todos los derechos civiles” se exigía “un capital propio de ocho mil pesos”. No se puede discutir, considerando estos hechos, que las clases trabajadoras no decidían absolutamente nada. No que en el Imperio del Brasil o en Buenos Aires lo hicieran, pero está claro que, en el Paraguay, todo el poder político se concentraba en ese núcleo duro de 100 diputados, todos “propietarios”, ligados a los López y a los negocios del Estado. Una verdadera “oligarquía”. Ese poder, aunque se convocaran congresos, siguió siendo unipersonal y absoluto.

En sus informes, don Carlos reconocía que su régimen nada tenía de representativo y “liberal”. El argumento era que el pueblo no estaba preparado para gozar de derechos democráticos. Así, planteaba que el sistema institucional era “provisorio” hasta que **“el pueblo se acostumbre al uso regular y moderado de derechos que aún no conoce [...]”**<sup>[13]</sup>. Mientras eso no ocurra, su sistema era el “único preventivo” contra las “calamidades” y la “anarquía” de los Estados vecinos. El viejo López juzgaba que las constituciones liberales que se aplicaron en la ex América española, “a excepción del Paraguay”, habían sido producto de un “inmoderado deseo de libertad”:

*Todas estas, más o menos, teóricamente perfectas, están basadas sobre los principios más luminosos y encierran las ideas más elevadas, justas y liberales, todas otorgan a sus ciudadanos, amplios e importantes derechos políticos: todas garanten los derechos primordiales del hombre, su libertad, su propiedad, su seguridad, y su igualdad ante la ley; todas están marcadas con el sello de permanencia, e inmutabilidad; todas han debilitado la autoridad y, creyendo hacer difícil el despotismo, **no han hecho más que facilitar la anarquía***<sup>[14]</sup>.

Según el mensaje de López de 1854, los pueblos americanos “**no estaban preparados ni tenían educación y calidades necesarias y adecuadas para gozar, sin perturbaciones, de la libertad y derechos** a que los empujaron algunas imaginaciones exaltadas e inexpertas”, puesto que “en América **es imposible un completo sistema representativo, porque las masas no lo comprenden** y no saben usar de los instrumentos y resortes que hacen funcionar este hermoso pero complicado mecanismo político. El que no sabe usar una cosa, precisamente abusa de ella”<sup>[15]</sup>.

<sup>[13]</sup> Ídem, p. 94.

<sup>[14]</sup> Ibídem.

<sup>[15]</sup> Ídem, pp. 94-95.

Entre el “despotismo y la tiranía” y la “libertad racional que civiliza”, siempre de acuerdo con el pensamiento de López, había un “abismo” que debía ser llenado “poco a poco, y gradualmente”<sup>[16]</sup>.

Así, planteó a los diputados aplazar una constitución permanente y la concesión de derechos políticos al pueblo.

*Proclamemos y respetemos con la mayor escrupulosidad los derechos civiles esenciales y primordiales de todo hombre, la libertad, la propiedad, seguridad e igualdad ante la ley, pero excusemos por ahora de establecer derechos políticos hasta que se entienda y conozca lo que importan y significan estas palabras. La inteligencia de la cosa debe preceder al uso del derecho de esa cosa*<sup>[17]</sup>.

Y, finalmente, exhortó a mantener un “poder fuerte”.

*Mantengamos un poder fuerte: sin un poder fuerte, no hay justicia, no hay orden, no hay libertad civil ni política. Un poder fuerte por la ley, no es ni quiere decir un poder arbitrario y tiránico que nada respete. Un poder fuerte, ilustrado y prudente, es la primera condición, es el primer elemento de organización y constitución de toda República [...] Impliquémonos para que el pueblo se incline ante la Autoridad Suprema y ante todos los que por sus funciones participan de ella, no en una postura humillante y servil sino respetuosamente, como conviene a hombres verdaderamente libres*<sup>[18]</sup>.

El gobierno, en definitiva, alertaba:

*[...] dos peligros que amenazan a la República: el mal y el peligro de quedar estacionario en medio de las mejoras y progresos de todo género que hacen las sociedades modernas; y el **peligro revolucionario**, que quiere precipitar todo, y transformar todo a pretexto de mejoras [...] pues **el espíritu precipitado y revolucionario es enemigo del orden público y sin orden público no hay libertad, paz, ni progreso***<sup>[19]</sup>.

En razón de ello, era necesario “empezar por regenerar el pueblo, por ponerlo y guiarlo en el camino por donde debe ir para llegar, sin riesgo de extravíos y caídas [...]”<sup>[20]</sup>.

<sup>[16]</sup> Ídem, 95.

<sup>[17]</sup> Ídem, p. 96.

<sup>[18]</sup> Ibídem.

<sup>[19]</sup> Ídem, p. 101.

<sup>[20]</sup> Ídem, p. 93.

En 1856, el régimen del “poder fuerte” se cerró todavía más. Preocupado con la sucesión, el viejo López propone reducir la edad mínima que era requerida para las candidaturas presidenciales, de 45 a 30 años. Los candidatos, en adelante, también podrían ser militares. Los cambios tenían el objetivo de allanar el camino del entonces general Solano López a la sucesión del poder. Esa misma reforma otorgó al presidente la atribución de designar, a través de un “pliego cerrado”, a la persona que en su ausencia ejercería como vicepresidente. Poco antes de su muerte, Carlos Antonio puso en ese pliego el nombre de su primogénito, heredándole el poder en la práctica. El Congreso de los “cien propietarios”, reunido el 16 de octubre de 1862, no hizo más que ratificar el contenido del pliego: designó por unanimidad a Solano López como presidente efectivo.

Pero la dictadura de los López se degeneraría aún más. En 1861, *El Semanario*, periódico oficial y único del país, dedicó varios números a una aberrante campaña favorable a una monarquía constitucional.

Tras la liberación de España, argumentaba *El Semanario*, las naciones pasaron por un “periodo de fiebre revolucionaria”, sin transición, de la monarquía a la república. Esto no podía sino causar trastornos políticos, pues “pueblos educados por la monarquía, no han podido acostumbrarse a las formas republicanas”<sup>[21]</sup>. Continuaba diciendo que el Brasil se había salvado de las “convulsiones políticas” gracias a “sus instituciones: el imperio”. La otra excepción en ese sentido era el Paraguay, debido a la limitada concesión de “inmoderadas garantías” y que había “procurado en cuanto le ha sido posible, buscar la armonía entre la república y el antiguo sistema, sin que por eso deje de alimentar el noble deseo de ver a su pueblo en el pleno goce de todas las libertades”<sup>[22]</sup>.

En otra edición, *El Seminario* se preguntaba:

*¿Podrá decirse que hay incompatibilidad entre la libertad y las monarquías? ¿Que solo hay compatibilidad entre ella y las repúblicas? ¿No podrán los reyes dar a los pueblos aquella libertad que estos creen deben tener? ¿No podrán las repúblicas privarlas de la que ellos creen que les corresponde?*<sup>[23]</sup>.

Y concluía afirmando que monarquía y libertad no eran incompatibles: “de consiguiente, lo que se llama república no significa precisamente la completa

[21] CARDOZO, Efraím. *El Imperio del Brasil...*, p. 123.

[22] Ídem, p. 124.

[23] Ídem, p. 125.

libertad de los pueblos”. En la edición siguiente, el periódico oficial incurrió en una defensa categórica del régimen monárquico: “de consiguiente, la monarquía constitucional y la democracia es una misma cosa”<sup>[24]</sup>.

Ese desvío monárquico continuó y alcanzó extremos inaceptables. En 1863, siendo ya Solano López el presidente, el “Supremo Gobierno” hizo imprimir y difundir el conocido *Catecismo de San Alberto*, una inequívoca apología no ya de la monarquía constitucional sino de la absoluta, con su correspondiente fundamentación divina. En el catecismo, que estuvo destinado “a los párrocos, maestros de escuela, padres de familia y demás ciudadanos”, puede leerse:

P. ¿Quién es, pues, el origen de los Reyes?

R. *Dios mismo, de quien deriva toda potestad.*

P. ¿Quién es superior al Rey?

R. *Solo Dios en lo civil y temporal de su reino.*

P. ¿El Rey está sujeto al pueblo?

R. *No; que esto sería dejar sujeta la cabeza a los pies.*

P. ¿Está obligado el vasallo a aceptar las penas?

R. *Sí; porque son justas y establecidas por la ley [debiendo, además,] subir la escalera si lo ahorcan o aplicar la garganta si lo degüellan por sus delitos.*

En la versión paraguaya constó la aclaración de que el vocablo “Rey” debía entenderse como “Supremo Gobierno, u otra equivalente, para que los niños se acostumbren”<sup>[25]</sup>.

No se tomó ninguna medida para cambiar formalmente el régimen republicano, aunque completamente bonapartista, por otro monárquico. Pero, tanto la campaña de *El Semanario* –vale decir, del propio López– como la adopción y difusión de un catecismo que inculcaba ideas de servilismo y opresión, muestran el grado de degeneración de un régimen, republicano y nacionalista, pero despótico y al servicio de un puñado de “propietarios”.

Un régimen dictatorial en el que el propio López no solo reconocía que no existían atisbos de las más básicas garantías y libertades democráticas para el pueblo, sino que decía que tal cosa sería sumamente perniciosa para la nación. Un régimen así solo empeoraba las condiciones de explotación para el pueblo trabajador, completamente imposibilitado de poder expresarse.

<sup>[24]</sup> *Ibidem.*

<sup>[25]</sup> *Ídem*, p. 128-129. CHAVES, Julio. *El presidente López...*, op. cit., p. 292.

Desde el punto de vista de la burguesía nacional, el régimen dictatorial de los López, así como el de Francia, expresaba su propia debilidad e inmadurez –puesto que la clase dominante no podía prescindir de un régimen de “poder fuerte” para garantizar su estabilidad y acumulación–, tanto como el temor a cualquier levantamiento popular contra la camarilla gobernante, la tan mentada “anarquía”.

Pero ese régimen de poder unipersonal mostraría todas sus limitaciones cuando el cerco de las hostilidades internacionales se comenzó a cerrar. El Estado burgués, debido al atraso y al temor de los López de promocionar personas que pudieran hacerle sombra, mostrará una carencia alarmante de personal especializado, de cuerpo diplomático y de oficialidad militar competente<sup>[26]</sup>. El doctor Francia ya se quejaba de la falta de “hombres capaces” y de que todo debía resolverlo personalmente. Don Carlos, en su momento, también resaltó que: “la falta de hombre especiales para los diferentes destinos y ramos de la administración (no nos avergoncemos Honorables Representantes de reconocerlo, porque no es culpa nuestra sino de circunstancias que no hemos podido evitar) es completa”<sup>[27]</sup>. La altísima concentración de poder en una sola persona, tan útil por todo un período para la burguesía nacional, ciertamente no podía contribuir para dotar a la máquina estatal de ese personal especializado. Algo que cobraría su precio en 1864.

Sin embargo, el régimen político dictatorial de los López es solo parte de una *totalidad* definida por el modelo económico basado en la nacionalización de la tierra y la acumulación estatal, al servicio de defender la independencia nacional. En ese sentido, examinando el problema en su conjunto y considerando el avance de las tareas democrático-burguesas, la superestructura paraguaya, incluso siendo una dictadura unipersonal, era mucho más *democrática* que el régimen unitario que imponía la “civilizada” burguesía comercial porteña al resto de las provincias argentinas. Y ni hablar del Imperio del Brasil, una monarquía esclavista, sujeta a Inglaterra por pactos semicoloniales.

Poniendo el acento en la polémica con el mitrismo, Peña discute este asunto

<sup>[26]</sup> No existía academia militar ni cuerpo diplomático propiamente dicho. En 1863, el gobierno envió 30 jóvenes para cursar estudios en Europa, principalmente ingeniería civil y mecánica. Solo seis fueron destacados para estudios militares en la Escuela Militar de *Saint Cyr*. Solo uno terminó el curso, cuando la guerra estaba casi terminada.

<sup>[27]</sup> LÓPEZ, Carlos A. *Mensajes...*, op. cit., p. 99.

estableciendo diferencias, no de forma sino de contenido, entre el “despotismo progresivo” y la “democracia colonial” rioplatense.

*Entre el despotismo de López, respaldado en la confianza de la mayoría de la población, y el liberalismo fullero de Mitre, respaldado en las bayonetas del ejército de línea contra la voluntad de la mayoría de las provincias, la causa del progreso nacional estaba defendida por López, no por Mitre. Bajo la cáscara liberal del mitrismo se creaban las condiciones para la supeditación nacional al imperialismo, mientras que bajo el despotismo lopecista se desarrollaba un contenido que conducía al desarrollo autónomo y progresivo de la nación<sup>[28]</sup>.*

En el caso del Brasil, algunos historiadores que intentan demostrar el carácter “más democrático” del Imperio, con frecuencia argumentan que allí existían cámaras parlamentarias. Esta posición omite un detalle: desde 1824, a raíz de la disolución de la primera Asamblea Constituyente por parte de Pedro I, existía la figura del *Poder Moderador*, que no era otra cosa sino la completa concentración del poder en manos del monarca.

La Constitución de 1824, en efecto, declaraba que “la persona del Emperador es inviolable y sagrada; él no está sujeto a responsabilidad alguna”. Así, el Poder Moderador se elevaba por encima de cualquier otro dentro del régimen institucional del Imperio, aunque los demás poderes existieran formalmente. En el Imperio brasileño, la única ley, en los hechos, era el látigo del Emperador esclavista.

Insistimos: ni el mitrismo ni los nostálgicos del “poderoso” Imperio brasileño tienen autoridad política ni moral para dar lecciones de “democracia” a nadie, ni siquiera al Paraguay dominado por los López.

\*\*\*

---

[28] PEÑA, Milciades. *Historia...*, op. cit., p. 231.



## NUBES DE TORMENTA EN EL PLATA: LA CRISIS INTERNACIONAL Y EL ASCENSO DE SOLANO LÓPEZ

R. L. N. - Paraguay

Luego de Caseros, los gobiernos de los López debieron encarar dos problemas fundamentales:

- 1- la necesidad de mantener abiertos los ríos a la navegación comercial, algo nunca enteramente garantizado debido a la ubicación geográfica del país;
- 2- la definición de los límites con sus vecinos.

En ese marco, hasta el estallido de la guerra, el Paraguay había tenido enfrentamientos o amenazas de agresión por parte del gobernador porteño Rosas, del Imperio brasileño, de los EEUU, de Francia –por complicaciones en un fracasado intento de inmigración francesa–, y de Gran Bretaña. La crisis principal, evidentemente, se daba con el Imperio del Brasil y con la Confederación Argentina.

En 1862, cuando Solano López asumió la presidencia, expiraba el plazo de la resolución de límites, que había sido postergado en 1856. Desde 1857, la campaña periodística y diplomática a favor de llevar la guerra al Paraguay para “destruir los monopolios” se había puesto en marcha en el Plata. Aunque no es posible hacer un examen pormenorizado de cada incidente, intentaremos plantear algunos de los conflictos más importantes, para entender mejor los antecedentes de la guerra.

## 1- Relaciones con el Imperio del Brasil

La histórica disputa con Buenos Aires hizo que la diplomacia imperial admitiera la independencia paraguaya en 1844. El Brasil incluso gestionó el reconocimiento de la soberanía paraguaya tanto en América como en Europa. Por su parte, necesitado de apoyo contra la hostilidad de Rosas, que consideraba al Paraguay una provincia argentina<sup>[1]</sup>, López se avino a la “protección” brasileña. En diciembre de 1850, ambos gobiernos suscribieron un pacto defensivo contra Rosas, el enemigo común, dando largas a las cuestiones de límites.

El cónsul brasileño en Montevideo, Duarte da Ponte Ribeiro, había escrito en 1845:

*De la existencia del Paraguay como Estado independiente de la Confederación Argentina depende [...] la conservación del Imperio del Brasil. [...]Esto] además de ser una fuerte barrera contra las tentativas argentinas sobre aquellas tres provincias [Mato Grosso, Rio Grande do Sul, y São Paulo], evitará que la población paraguaya vaya a aumentar las fuerzas de la Confederación Argentina<sup>[2]</sup>.*

Esta afirmación, aunque exagerada, es una muestra de que aquella “amistad” brasileña hacia el Paraguay estaba en función de la disputa por la hegemonía regional con Buenos Aires, que mantenía su anhelo de “reconstruir” el poder perdido como capital del antiguo Virreinato, disuelto en 1810. El Paraguay, mientras tanto, aprovechaba las brechas que abría esa disputa.

Caído Rosas, los reclamos y desconfianzas, que tenían raíces históricas, entre el Paraguay y el Imperio, se hicieron cada vez más tirantes. El conflicto se centraba en la libre navegación de los ríos comunes y en los límites. El Brasil reivindicaba la libre navegación por el río Paraguay como la manera más viable para comunicarse con el Mato Grosso, su más apartada provincia. López lo negaba, convencido de que el Brasil lo utilizaría para fortalecerse militarmente exactamente en el territorio que estaba en disputa entre ambos gobiernos. En el actual Mato Grosso, el Paraguay reconocía como límite con el Brasil el río

<sup>[1]</sup> El representante de Rosas en Rio de Janeiro, general Tomás Guido, protestó y declaró nulo el reconocimiento brasileño. Guido argumentó explícitamente que, como antigua capital virreinal, el Paraguay era una provincia subordinada a Buenos Aires.

<sup>[2]</sup> RODRÍGUEZ, Guido; ALCÁZAR, José. *Paraguay y Brasil: documentos sobre las relaciones binacionales [1844-1864]*. Asunción: Tiempo de Historia, 2007, p. 6.

Blanco; para el Imperio, su frontera llegaba al río Apa. El viejo López condicionaba un acuerdo sobre navegación al arreglo definitivo de los límites. La cosa empeoró cuando el Imperio comenzó a instalar fuertes militares dentro del territorio en litigio: el del Pan de Azúcar [*Fecho dos Morros*] fue desalojado por tropas paraguayas en 1850.

En 1854, López expulsó al cónsul brasileño Felipe Pereira Leal, acusándolo de insultos e intrigas contra el gobierno. La prensa y el senado brasileños se escandalizaron. El emperador Pedro II decidió apelar a la vieja “diplomacia de la cañonera” y envió a Asunción una imponente escuadra de 20 buques, con 130 bocas de fuego y 2.600 soldados, al mando del almirante Pedro Ferreira de Oliveira.

El jefe brasileño debía forzar la firma de un tratado de navegación y límites. Si esto fracasaba, tenía órdenes de destruir las fortificaciones paraguayas y remontar el río. Al llegar a la boca del río Paraguay, desde las baterías paraguayas se informa a Oliveira que “si su misión era pacífica como decía, remontase en un solo vapor, y que entonces sería recibido como el Representante de un Monarca amigo”<sup>[3]</sup>. El almirante decidió subir hasta Asunción en el *Amazonas*, su buque insignia, pero este quedó atascado en el río y tuvo que ser reemplazado por el *Ipiranga*. La escuadra no estaba lista para forzar el paso. Oliveira, juzgando desventajosa su posición, accedió a firmar un tratado de amistad, comercio y navegación, en abril de 1855, postergando la cuestión de límites. La prensa brasileña atacó la misión de Oliveira considerándola un fiasco y exigió una expedición mayor. El Emperador no ratificó ese tratado.

López acreditó a José Berges para negociar con José Maria da Silva Paranhos, en Rio de Janeiro. En abril 1856 ambos firmaron un nuevo tratado de libre navegación, aplazando las cuestiones de límites por seis años. En julio, López reglamentó el tratado de tal forma que en la práctica anulaba la libre navegación. La prensa en Rio de Janeiro denunció un nuevo “vejamen” contra el Brasil. Por su parte, el Imperio habilitó una línea de vapores hasta el Mato Grosso, pasando por territorio paraguayo, no solo para buques brasileños sino para todas las banderas. El Paraguay protestó.

El Imperio envió entonces a José Maria de Amaral con la misión de acabar con la reglamentación de López. Amaral llegó con ultimatums, pero no consiguió nada.

<sup>[3]</sup> LÓPEZ, Carlos A. *Mensajes...*, op. cit., p. 113.

En 1857, López escribe:

*[...] el tratado del 6 de abril [Berges-Paranhos] no ha sido para que el Brasil lleve por río sus pertrechos y refuerzos. El Imperio piensa oprimir a la República con sus dos brazos [...por el] Paraná y por el Alto Paraguay. Alguna vez he dicho a usted que es cuestión de tiempo la guerra del Brasil al Paraguay!<sup>[4]</sup>*

En efecto, Pedro II de nuevo recurre a Paranhos, que esta vez parte respaldado por una escuadra y tropas estacionadas en Rio Grande do Sul. Pero lo más importante es que una nueva política comenzó a ser instrumentada. Antes de dirigirse a Asunción, Paranhos se detuvo en Paraná<sup>[5]</sup> para negociar una alianza con Urquiza, contra el Paraguay. Paranhos no solo estaba convencido de la necesidad de una guerra sino de que ella no podría llevarse a cabo sin el concurso del gobierno argentino, país que tenía la “llave de acceso” al Paraguay.

En 1858, el diplomático imperial expuso sus razones a Urquiza.

*La guerra [...] debe poner término a todas las cuestiones con el Paraguay [...] la cuestión fluvial es de alta importancia para los dos países [...] una guerra que realizase estos fines, y pusiese a cada gobierno en circunstancias de ocupar su territorio contestado, no sería impopular en ninguno de los dos países [...] ¡El golpe, si el Paraguay lo provocase, será muy fuerte para que pueda levantarse tan pronto!<sup>[6]</sup>*

La alianza efectiva contra el Paraguay no se concretó. No por falta de entusiasmo de Urquiza, sino porque Paranhos encontró exageradas las pretensiones del caudillo entrerriano: todo el Chaco hasta Bahía Negra. ¡Ya existían discusiones sobre el botín paraguayo siete años antes de la firma del Tratado de la Triple Alianza!

Años después, Mitre reconoció que de esa negociación había salido un protocolo que:

*[...] en todo caso, sea que se efectuase o no la alianza, la República Argentina se comprometía a dar paso por su territorio a los ejércitos del Brasil contra el Paraguay,*

<sup>[4]</sup> C.A. López a Guido, 25/02/1857, citado en CHAVES, Julio. *El presidente López...*, op. cit., p. 230. Todos los subrayados son nuestros, salvo indicación contraria.

<sup>[5]</sup> Entre 1852 y 1862, Buenos Aires se separó de las restantes trece provincias de la Confederación Argentina, que estableció capital en Paraná y tuvo al general Urquiza como Director.

<sup>[6]</sup> CARDOZO, Efraim. *El Imperio del Brasil...*, op. cit., pp. 75-76.

por reconocer que **la causa era común** y que el Brasil iba a combatir a la vez por la navegación de los ríos y los límites de la República Argentina<sup>[7]</sup>.

Al salir de Paraná, el futuro Vizconde de Rio Branco concedió a la Confederación un empréstito de 3.000 patacones y consiguió que Urquiza escribiera a López pidiendo que considerara las pretensiones imperiales. En su despedida, el brasileño hizo un brindis porque “la gloria de Caseros no sea la única adquirida en común por el Brasil y la Nación Argentina”<sup>[8]</sup>.

Aunque luego el Imperio abandonaría a Urquiza y pasaría privilegiar la búsqueda de un acuerdo con Mitre, queda claro que siete años antes estaba ya esbozada la política de concretar un alianza que, según el propio Paranhos, debía dar un “golpe muy fuerte” para derrotar completamente al Paraguay.

Paranhos tuvo éxito en Asunción. López cedió y, en febrero de 1858, firmó una “convención especial” que derogaba las restricciones paraguayas. La cuestión de límites continuó aplazada.

## 2- El problema de límites con la Confederación Argentina

Según el tratado Derqui-Varela de 1852, el Paraguay cedió las Misiones a cambio de mantener el Chaco. Sin embargo, ese acuerdo no fue ratificado por el Congreso argentino. Así, tanto la zona misionera como el Chaco permanecieron como territorios disputados.

En 1856, poco antes de la misión Paranhos, el gobierno de Urquiza comisionó al general Guido para negociar un acuerdo en Asunción. La misión no tuvo resultado alguno. La Argentina pretendía todo el Chaco paraguayo y López se opuso, diciendo que eso equivalía a “cortar la mano de un hermano”. Las negociaciones se estancaron. Guido informó a su canciller, en mayo: “no tengo la menor esperanza de llegar a un acuerdo”<sup>[9]</sup>.

Para salir del *impasse*, y tal vez para ganar tiempo, una vez más López negoció sobre aquello que no quería y aplazó aquello que realmente le interesaba. El 29 de julio de 1856 se firmó el tratado Vázquez-Guido, un acuerdo de nave-

<sup>[7]</sup> Mitre a Urquiza, 15/02/1865, citado en: CARDOZO, Efraím. *El Imperio del Brasil...*, op. cit., p. 76.

<sup>[8]</sup> CHAVES, Julio. *El presidente López...*, op. cit., p. 236.

<sup>[9]</sup> Guido a Gutiérrez, 24/05/1856, citado en *idem*, p. 212.

gación y comercio con la Confederación, que aplazaba por seis años el problema de límites. Así, ambos plazos, con el Imperio brasileño y con la Argentina, expirarían en 1862.

### 3- “Destruir los monopolios...”

Los monopolios estatales y la política comercial de López suscitaban polémicas y un fuerte rechazo entre la prensa y los gobernantes de los países vecinos.

Esa posición coincidía con la de varios observadores europeos, que identificaban cualquier política que se opusiera al librecambio como una traba al progreso económico. Planteamos algunas opiniones de agentes británicos.

En 1843, en un informe a Lord Aberdeen, el agente J. R. Gordon describió el Paraguay como una tierra de grandes pero irrealizables oportunidades: el Paraguay “no vale nada y no tiene posibilidad de nada **en su estado actual y bajo el sistema de gobierno actual**”<sup>[10]</sup>.

En 1856, el cónsul británico Henderson, más equilibrado que Gordon, identificaba potencial en la economía paraguaya, aunque coincidía con su oposición a la política del gobierno.

*El comercio del Paraguay es susceptible de un gran crecimiento. Si el gobierno abandonara el monopolio y la política restrictiva, admitiendo libremente a los extranjeros y las mejoras efectuadas por ellos, estimulando a la población nacional a acostumbrarse a la industria, permitiéndole cosechar los beneficios de sus esfuerzos y alentando la creación de empresas útiles para las cuales **el país ofrece un campo espléndido**, pronto se haría sentir un cambio beneficioso y la industria y el comercio podrían tener vigor y prosperidad, en lugar de pobreza y la indolencia que ahora son extremas*<sup>[11]</sup>.

Henderson insistía en que bajo un “sistema de comercio de la ilustración” la producción del país se incrementaría diez veces<sup>[12]</sup>.

Ya en 1842, el *British Packet*, periódico de la comunidad británica en Buenos Aires, se encargó de desalentar a aquellos que esperaban el fin de la injerencia estatal en los negocios del Paraguay a la muerte de Francia.

<sup>[10]</sup> Ídem, p. 115.

<sup>[11]</sup> Informe comercial de 1855 del cónsul Charles Henderson, 22/07/1856, citado por WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...* op. cit., p. 136.

<sup>[12]</sup> Ídem, p. 138.

*Se piensa que ya ocurrió un cambio radical, y que aquel El Dorado de tantos sueños está esperando la llegada de aventureros extranjeros para sacar sus riquezas superabundantes... [Pero] el sistema del Dictador vive aún más que su fundador, y [...] los fundamentos que constituyen su base siguen en vigor. [No] ha ocurrido ningún cambio de importancia en el modo en que el Dictador imponía y recogía sus derechos, ni en la manera patriarcal de conducir sus negocios<sup>[13]</sup>.*

Por su parte, la prensa de Buenos Aires cargaba contra el monopolio estatal de López con el argumento de que encarecía artificialmente el precio de la yerba y que sus ganancias servían al fortalecimiento militar de un régimen “bárbaro” y “tiránico”. En 1856, ocho años antes del estallido de la Guerra contra el Paraguay, en la prensa porteña ya aparecían llamados a:

*[...] redimir ese pueblo, **destruir los monopolios**, pulverizar esos castillos y baluartes que se levantan para sostén de los tiranos y esclavitud de la nación, dar completa libertad a los ríos, brindar su suelo a la industria y **explotar francamente sus riquezas**<sup>[14]</sup>.*

En 1857, el diario porteño *La Prensa*, escribía que la Confederación, el Estado de Buenos Aires [entonces separado del resto de las provincias argentinas], el Estado Oriental, y el Imperio del Brasil tenían “**un interés positivo en un cambio de administración y de política [en el Paraguay]**, operado por la separación de López del puesto que ocupa<sup>[15]</sup>”.

Domingo F. Sarmiento iba más lejos. En las páginas de *El Nacional* exponía en 1855, casi diez años antes de la guerra, que no bastaba con derrocar el gobierno paraguayo, puesto que había toda una “una tradición de servilismo, de obediencia ciega, heredada del guaraní, de la teocracia jesuita y del terror de cuarenta años del doctor Francia<sup>[16]</sup> que debía ser extirpada. Así, en 1857 Sarmiento sostenía que se haría “un gran bien al Paraguay con hacerle la guerra<sup>[17]</sup>”.

En diciembre de ese año, Bartolomé Mitre, desde *Los Debates*, si bien en ese momento rechazó una alianza con el Brasil, que estaba siendo promovida por

<sup>[13]</sup> *British Packet and Argentine News*, 16/07/1842, citado en WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...*, op. cit., p. 187.

<sup>[14]</sup> SCAVONE, Ricardo (Org.). *Polémicas...* op. cit., p. 33.

<sup>[15]</sup> Ídem, p. 40.

<sup>[16]</sup> SARMIENTO, Domingo. *Rumores de Guerra en perspectiva*. *El Nacional*, 27/11/1855, citado en SCAVONE, Ricardo (Org.). *Polémicas...* op. cit., p. 45.

<sup>[17]</sup> Ídem, p. 46.

Paranhos en Paraná, como “un hecho inaudito en la América del Sur y el más inmoral que recuerda la historia moderna”<sup>[18]</sup>, expresó su coincidencia con que “el gobierno del Paraguay es un gobierno de retroceso, cuya administración es inmoral y cuyo sistema es despótico [...]”<sup>[19]</sup>.

Ya el enviado brasileño, Antônio Correia da Câmara, había alertado a su gobierno en 1830 que el Paraguay es “uno de los más pesados enemigos del Brasil” y que una guerra preventiva era inevitable: “el único medio de acabar con aquel coloso naciente, sería una rápida y combinada invasión”<sup>[20]</sup>.

El régimen paraguayo, a su vez, defendía su política económica diciendo que los monopolios eran necesarios para “crear y organizar un ejército fuerte”, una vez que “la dictadura [de Francia] arruinó las pocas fortunas del país con multas, contribuciones y confiscaciones exorbitantes”. Por ello, decía don Carlos en 1849, el gobierno “tomó el expediente de reservar al Estado el comercio exterior de la yerba mate y maderas de construcción naval”, puesto que “todos los minerales de la yerba son producciones naturales en tierras públicas, y por lo mismo pertenecen al Estado”<sup>[21]</sup>.

El gobierno tampoco consideraba incurrir en la contratación de empréstitos extranjeros, más bien se jactaba de no contar con deuda externa. En el mismo mensaje de 1849, López enfatizó:

*El único país de la América antes española que hoy puede realizar la operación [la emisión de papel moneda] como corresponde, es la República del Paraguay, porque es el único que tiene capitales existentes, grandes y valiosas propiedades territoriales, garantías sólidas y seguras, y ninguna deuda interior, ni exterior. Así es que en la República corren los billetes a la par del metálico*<sup>[22]</sup>.

El telón de fondo de las polémicas periodísticas y los informes diplomáticos que citamos era la existencia de dos proyectos de desarrollo capitalista en la región: de un lado, el modelo proteccionista y nacionalista; de otro, el librecambista, basado en las inversiones extranjeras y el endeudamiento externo, y consagrado en pactos semicoloniales.

<sup>[18]</sup> En 1864, Mitre cambiaría de opinión.

<sup>[19]</sup> MITRE, Bartolomé. *Política Argentina*. Los Debates, 12/12/1857, citado en SCAVONE, Ricardo (Org.). *Polémicas...* op. cit., p. 47.

<sup>[20]</sup> CARDOZO, Efraím. *El Imperio del Brasil...*, op. cit., pp. 71-73.

<sup>[21]</sup> LÓPEZ, Carlos A. *Mensajes...* op. cit., p. 62.

<sup>[22]</sup> Ídem, p. 64.



#### 4- Una escuadra norteamericana en el Plata

En 1858, en medio de las disputas territoriales, el presidente de EEUU, James Buchanan, envía contra el Paraguay una flota de 20 buques de guerra, con 200 cañones y 2.500 hombres.

El objetivo era exigir disculpas oficiales y forzar exorbitantes reparaciones por la expulsión del cónsul y empresario Hopkins y por el cañonazo que en 1855 recibió el buque *Water Witch* cuando quiso adentrarse en el río Paraguay sin permiso oficial.

La decisión se dio después de un largo debate en el senado norteamericano, que criticó las trabas a la navegación y los monopolios de los paraguayos<sup>[23]</sup>.

La escuadra norteamericana pasó por Buenos Aires en noviembre de 1858 y en enero de 1859 fondeó en Corrientes. *El Semanario* anunció que el país “afrontaría la arrogancia norteamericana” y se defendería sin escatimar esfuerzos. Para repeler el ataque, el general Solano López movilizó unos 12.600 soldados en Humaitá. El conflicto casi detona en guerra. Cuando el tiempo se agotaba, una mediación de Urquiza superó el incidente por vías diplomáticas.

López dio satisfacciones sobre el caso Hopkins y se avino a pagar 10.000 pesos a la familia del timonel que murió en el *Water Witch*. En 1860, un tribunal en Washington determinó que los reclamos de la compañía de Hopkins, que había exigido 5.000.000 de pesos, no tenían “ningún derecho”<sup>[24]</sup>.

#### 5- El *Tacuarí* es cañoneado por la escuadra inglesa en Buenos Aires

En 1859, el súbdito inglés Santiago Canstatt<sup>[25]</sup> fue arrestado, acusado de participar de un complot para asesinar al presidente López.

El cónsul Henderson exigió su libertad, una indemnización por “sus padecimientos personales y las pérdidas originadas en su fortuna”, y una satisfacción por la “falta de respeto a su Majestad”<sup>[26]</sup>. El gobierno respondió devolviéndole su pasaporte.

<sup>[23]</sup> CHAVES, Julio. *El presidente López...*, op. cit., p. 240.

<sup>[24]</sup> Ídem, p. 268.

<sup>[25]</sup> Canstatt era uruguayo, pero hijo de ingleses.

<sup>[26]</sup> Lord Russell a Carlos Calvo, Londres, 23/04/1860, en: *Cuestión Canstatt*. Documentos oficiales cambiados entre la legación de la República del Paraguay y el Gobierno de Su Majestad (cont.)

El 29 de noviembre de 1859, cuando el general López pretendía partir de Buenos Aires en el Tacuarí, luego de la mediación que interpuso entre el general Urquiza y el Estado de Buenos Aires<sup>[27]</sup>, el *Burzard* y el *Grappler*, barcos de guerra ingleses, cañonearon la nave paraguaya. Solano López protestó luego ante el gobierno porteño, que no tomó posición, y tuvo que regresar por tierra.

El almirante inglés Lushington anunció que tenía órdenes de apresar el Tacuarí hasta la liberación de Canstatt. Otro oficial inglés manifestó que existía una orden de atacar el Paraguay con una escuadra de 14 barcos de guerra y 2.000 hombres de desembarco<sup>[28]</sup>.

La gravedad de la crisis hizo que el gobierno comisionase a Carlos Calvo para tratar el asunto en Londres. El jefe del *Foreign Office*, Lord Russell, no aceptó acreditarlo hasta el cumplimiento de las exigencias de Henderson. En la práctica, las relaciones estaban rotas.

Transcribimos una parte del informe firmado por Calvo acerca de una reunión que mantuvo con Lord Wodehouse, “subsecretario de negocios extranjeros y encargado de los asuntos de América”. El mismo es revelador del desprecio y de las amenazas británicas hacia el Paraguay.

*“[...] ya que yo había hecho uso de la palabra civilización, me decía que el Paraguay no estaba en el caso de las naciones que habían alcanzado esas ventajas [...] Sus ofensas...] merecían un tratamiento ejemplar, y que con países que proceden así, debía cortarse toda relación política y comercial, como lo había hecho con Bolivia, tratándoles como pueblos salvajes; y que fundado en ese principio, el gobierno de Su Majestad estaba dispuesto a proceder del mismo modo con el Paraguay; **que le tomaría sus vapores y le haría todo el daño posible, sin ocuparse para ello de enviar una escuadra, como lo había hecho el gobierno de los Estados Unidos.** Que la prueba de que Inglaterra no buscaba pependencias, era que las mismas dificultades*

(cont <sup>[26]</sup>) Británica con motivo de dicha cuestión. Paris: Besanzon-Imprenta de José Jacquin, 1864, p. 4. Disponible en: <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=hvd.32044103254454;view=1up;seq=111>, consultado el 08/03/20018.

<sup>[27]</sup> En momentos en que el caudillo Urquiza tenía prácticamente rodeada a Buenos Aires, interviene Carlos A. López y envía a su hijo Francisco Solano para mediar en el conflicto. El resultado fue el Pacto de San José de Flores, del 11 de noviembre de 1859. La mediación, desde el punto de vista paraguayo, fue un error que debilitó su posición en la región y fortaleció el sector porteño, con Mitre a la cabeza, dándole el suficiente tiempo para recomponer su tropa y luego vencer a Urquiza en la batalla de Pavón, en 1861. Cuatro años más tarde, Mitre se asociaba al Imperio para atacar el Paraguay y ocasionar su destrucción total.

<sup>[28]</sup> CHAVES, Julio. *El presidente López...*, op. cit., p. 269.

*había tenido la República del Paraguay con todas las naciones con quienes había estado en relaciones, y que estas habían tenido que hacer uso de la fuerza para ponerla en razón [...] que en cuanto al suceso ocurrido en la rada de Buenos Aires, aunque el gobierno de Su Majestad no había dado esas instrucciones al almirante Lushington, porque no hubo el tiempo necesario para ello, **había aprobado su conducta**, y que lo único que había lamentado era que el comandante Peel, que había sido severamente castigado, no hubiese cumplido con su deber, apoderándose de la persona del general López y del vapor que lo conducía; y agregó: “**Los 15 vapores que tiene el Paraguay, siendo de construcción inglesa, deben ser buenos para aumentar nuestra marina**”<sup>[29]</sup>.*

En Buenos Aires, el ministro Thornton reiteró que Calvo no sería recibido en Londres hasta no cumplir con las exigencias inglesas. Don Carlos escribe: “no ha de extrañarse la opinión del gringo Thornton [...] es lo sumo de la insolencia decirnos que no será Vd. recibido mientras no sea indemnizado el oriental Santiago Canstatt [...]”<sup>[30]</sup>.

El 20 de julio le escribe a Calvo diciéndole estar dispuesto a ir a la guerra con los ingleses.

*Repito a Vd. que no hay que entrar en capitulación de cantidad alguna en sentido de indemnización al oriental traidor de Santiago Canstatt [...] ¿Capitular? Ni por el valor de un peso, porque no se trata de la cantidad sino de la dignidad del gobierno. **Diga Ud. que estamos dispuestos a aceptar la guerra como único medio de defender la paz de una manera honrosa y sólida, sean cuales sean los sacrificios que llegue a importar***<sup>[31]</sup>.

Carlos Calvo, en carta a Russell, protestó por el ataque “sin previa declaración de hostilidades”, cosa que juzgaba “una ofensa mucho más grave al derecho de gentes” que los reclamos ingleses sobre Canstatt. En la misma nota decía que, en caso de que no se solucionase el problema diplomáticamente, solo la guerra podría dirimirlo, aunque:

*[...] esa palabra expresa mal la situación; **no puede haber guerra propiamente dicha entre la Inglaterra y el Paraguay**. Llegado a ese triste caso, la Inglaterra to-*

<sup>[29]</sup> Carlos Calvo a Nicolás Vázquez, Londres, 08/05/1860, en: *Cuestión Canstatt...*, op. cit., pp. 9-11.

<sup>[30]</sup> C.A. López a Calvo, 19/03/1860, citado en CHAVES, Julio. *El presidente López...*, op. cit., p. 269.

<sup>[31]</sup> Ídem, p. 270.

maría *satisfacción del Paraguay* por la fuerza<sup>[32]</sup>. *Pues bien, Milord, ese caso ha tenido lugar ya, la Inglaterra se ha servido de la fuerza y se ha satisfecho. En efecto, ¿puede considerarse de otro modo el ataque al Tacuarí?*<sup>[33]</sup>

Finalmente, el conflicto se resolvió por vía diplomática. Canstatt fue liberado y, en abril de 1862, E. Thornton llegó a Asunción ofreciendo un acuerdo y declarando que su gobierno nunca quiso interferir en la política interna del Paraguay; el incidente con el Tacuarí solo podía atribuirse a una decisión de Lushington. El gobierno paraguayo, por su parte, expresó que nunca había tenido intención de ofender al gobierno británico.

Pero el incidente no pasó sin revelar el concepto inglés de “civilización”: era justo y necesario hacer “todo el daño posible” para “poner en razón” al gobierno de un “pueblo salvaje”.

## 6- Francisco Solano López, presidente

El 10 de setiembre de 1862 muere Carlos Antonio López, pero su familia mantuvo el poder. Como dictaba el “pliego cerrado”, el general Francisco Solano asumió la vicepresidencia.

El contexto regional era grave y amenazador. Los plazos de la definición de límites habían acabado. A las ambiciones del Imperio se sumaban ahora las inquietantes declaraciones de gobierno de Mitre, que como pocos representaba la esencia del unitarismo y librecambismo porteños, y al que, de manera torpe, el propio gobierno paraguayo había ayudado a alcanzar el poder.

En noviembre de 1862, Mitre escribía que uno de sus propósitos sería: “fomentar y consolidar la reconstrucción de las nacionalidades de América que imprudentemente se han dividido y subdividido”<sup>[34]</sup>. *La Nación Argentina*, el vocero oficial, declaraba que “estamos destinados a reconstruir la grande obra que deshicieron las pasiones locales, volviendo así las nacionalidades americanas a las condiciones en que se hallaban antes de los sucesos que las redujeron a su estado actual”<sup>[35]</sup>.

<sup>[32]</sup> Subrayado en el original.

<sup>[33]</sup> Memorándum de Carlos Calvo a Lord Russell, Londres, 13/09/1860, en: *Cuestión Canstatt...*, op. cit., p. 111.

<sup>[34]</sup> CARDOZO, Efraím. *El Imperio del Brasil...*, op. cit., pp. 107-108.

<sup>[35]</sup> *La Nación*, 10/11/1862, citado en ídem, p. 108.

De nuevo resonaba el proyecto de “reconstrucción del Virreinato” del Plata. A su vez, la campaña internacional contra el proteccionismo y los monopolios estatales de la “China de América”, se intensificaba.

En medio de una situación regional cada vez más enrarecida, el 16 de octubre de 1862 un Congreso extraordinario proclamó a Solano López, entonces con 36 años, como presidente. Sus opositores fueron encarcelados, acusados de promover una “revolución social, moral, y política”<sup>[36]</sup>.

López había sido preparado para “heredar” el poder. Era culto, arrogante y admirador de las cortes europeas que conociera durante su misión de 1854. Había sido nombrado general a los 18 años y, sin haber participado en ninguna batalla, creía ser un genio militar. En 1864 declararía que había llegado el momento de “hacer oír la voz del Paraguay: es tiempo ya de hacerlo”<sup>[37]</sup>. Esa voz estaría al servicio de mantener el “equilibrio de los Estados del Plata”, una fórmula que cada nación tuvo ocasión de esgrimir e interpretar de manera diferente. Para el Paraguay, aquello implicaba el respeto a su independencia y a la libre navegación para su comercio.

En el plano interno, Solano López mantuvo lo esencial de la política que ejecutaron sus antecesores. El régimen, cada vez más tiránico y justificado ideológicamente por San Alberto<sup>[38]</sup>, siguió sin garantizar al pueblo ningún derecho democrático elemental.

El progreso de la capacidad exportadora del país hacía que Solano López tuviera más celo en mantener y ampliar los mercados para los productos paraguayos. Después de las buenas rentas que había generado el comercio en la última década, ni López ni ningún propietario paraguayo estaba interesado en una situación de aislamiento o en una posición de mera abstención en asuntos regionales. Así, cualquier amenaza al “equilibrio” y a la estabilidad que garantizaba el buen flujo comercial desde 1852, sería tomada por la burguesía paraguaya como un peligro existencial y justificaría una actuación más decidida.

En ese sentido, Francisco Solano se esforzó para que los productos paraguayos alcanzasen Europa. A través de sus agentes, envió muestras de yerba mate<sup>[39]</sup>,

<sup>[36]</sup> Ídem, p. 117.

<sup>[37]</sup> Ídem, p. 450.

<sup>[38]</sup> El Catecismo Real de José Antonio de San Alberto es un texto político editado en 1786. Fue una respuesta de la metrópoli al levantamiento de Túpac Amaru. Su principal objetivo era legitimar y predicar obediencia religiosa a la monarquía hispánica.

tabaco, maderas, muebles, etc. En razón de la crisis abierta con la Guerra de Secesión en los EEUU, se preocupó especialmente por aumentar y mejorar los cultivos de algodón, introduciendo semillas norteamericanas y nuevas técnicas. El gobierno estableció premios a los agricultores, y en 1863 compró 400 copias de un panfleto titulado *Manual para el cultivo de algodón*, para distribuirlo entre los campesinos<sup>[40]</sup>. El cultivo se hizo obligatorio. Michael Mullhall, comerciante británico, estimó que la producción de algodón paraguayo en 1864 alcanzaba las 2 millones de arrobas desmotadas<sup>[41]</sup>.

En 1863 despacha a su cónsul en París, Ludovico Tenré, una muestra de 1.500 libras de algodón. El mismo año, López envía a John Blyth 13 fardos de algodón y otros 14 van a Antuérpia, Bélgica, consignados a Du Gratty. Por primera vez, el algodón paraguayo llegaba a Londres, Liverpool y El Havre.

De Nueva York, Solano López importa máquinas para que el Estado pueda explotar la fibra. En 1864 llegan a Asunción una prensa y dos desmotadoras. También llegan desde Londres dos máquinas de la *Cotton Supply Association* de Manchester. El cónsul en Francia, satisfecho con las primeras muestras de algodón, solicitó otras, de maderas y tabacos.

En 1863, las primeras partidas de algodón paraguayo introducidas en Gran Bretaña se cotizaron a 24d. por libra<sup>[42]</sup>.

López encarga luego a Charles Twite de la *Royal School of Mines of Great Britain* la confección de una “mapa mineralógico de la República”<sup>[43]</sup>.

En el mismo Congreso que lo designó presidente, López hizo un informe nada auspicioso sobre la deficiente situación del armamento y la oficialidad del ejército y la marina. La conclusión fue que el mejoramiento del material de guerra dependía de compras en Europa. Sin embargo, la principal atención siguió enfocada en otros proyectos de modernización. La construcción de la línea férrea hasta Villarrica, zona yerbatera, fue una prioridad: “uno de los acontecimientos más importantes y conducentes a la felicidad de la República –decía

<sup>[39]</sup> López intentó que el ejército prusiano consumiera la yerba mate paraguaya.

<sup>[40]</sup> WHIGHAM, Lo que el río...p. 148

<sup>[41]</sup> HERKEN KRAUER, Juan; GIMÉNEZ de HERKEN, Isabel. *Gran Bretaña y la Guerra de la Triple Alianza*. Londres: Editorial Arte Nuevo, 1982, pp. 41-42.

<sup>[42]</sup> *Ibidem*.

<sup>[43]</sup> GARCÍA MELLID, Atilio. *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay*. Tomo II. Buenos Aires: Ediciones Theoria, 1964, p. 232.

Solano López–, aunque al presente una de las cargas más pesadas para el Tesoro, es, sin duda, la introducción del ferrocarril”<sup>[44]</sup>.

Historiadores liberales, como Whigham, atacan duramente aquella “molesta interferencia del Estado”<sup>[45]</sup>. Efraím Cardozo, también liberal, critica esta inversión estatal diciendo que “en todos los demás países sudamericanos estas empresas eran confiadas al capital privado; solo el Estado paraguayo cargó él solo con la pesada tarea”<sup>[46]</sup>. La explicación del problema que ofrecía Solano López en 1862 se basaba en que las “compañías mercantiles” entraban en:

*[...] estas especulaciones sobre la base de un agiotaje poco ordenado, [el gobierno] ha tenido que acometer la empresa por cuenta del Estado, distraendo así una gran suma de los capitales y medios de defensa, ordenando la construcción de un ferrocarril de esta ciudad a Villa Rica*<sup>[47]</sup>.

Hasta 1864, Solano López envió más jóvenes becados a Europa; amplió los préstamos del Estado a comerciantes; adquirió nuevos vapores para aumentar la flota mercante; ensanchó los arsenales y la fundición de hierro; inició el tendido del telégrafo; planteó un plan de transformación edilicia de Asunción...

Todo esto en medio de una colosal crisis política en el Plata, que se agravó en abril de 1863 a partir de la rebelión liderada por el general Venancio Flores para derrocar al gobierno del Partido Blanco en Montevideo, apoyada por Mitre y el Imperio brasileño. Esta crisis alcanzó un punto de no retorno en octubre de 1864 con la agresión militar brasileño-porteña en el Uruguay, hecho fundamental que desencadenaría el inicio de la “cruzada civilizadora” contra el Paraguay.

\*\*\*

<sup>[44]</sup> CARDOZO, Efraím. *El Imperio del Brasil...*, op. cit., p. 114.

<sup>[45]</sup> WHIGHAM, Thomas. *Lo que el río...* op. cit., p. 308.

<sup>[46]</sup> CARDOZO, Efraím. *El Imperio del Brasil...*, op. cit., p. 113.

<sup>[47]</sup> Memoria de 1862, citado en CARDOZO, Efraím. *El Imperio del Brasil...*, op. cit., p.114.

# P untos de Vista



## EL "TESTAMENTO" FALSIFICADO DE ENGELS: UNA LEYENDA DE LOS OPORTUNISTAS

Francesco Ricci - Italia

La que estamos a punto de contar es la verdadera y poco conocida historia de un texto que ha sido fundamental en la historia del movimiento obrero. Se trata de la *Introducción* de Engels al libro de Marx: *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Es una historia que parecería inventada por la fantasía de Edgar Allan Poe: cartas desaparecidas, un testamento falsificado, engaños y equivocaciones, por fin la solución del caso, dejada en este caso no a *monsieur Dupin* sino a David Riazanov y a otros historiadores que finalmente han develado el misterio.

El texto de Engels del que estamos hablando es de 1895: han pasado pues más de 120 años desde su publicación, pero la inmensa mayoría de los libros y los artículos sobre la historia del marxismo sigue ofreciendo una versión alterada de ello. Millares de libros, millares de artículos siguen contando una historia inventada de este texto. Es ya una leyenda.

Sin embargo, es importante conocer la verdadera historia de esta *Introducción* porque la leyenda sirvió y sirve desde hace más de un siglo a todos los oportunistas para justificar su oportunismo, para cubrir con la autoridad de Engels su renuncia (explícita o implícita) a la perspectiva revolucionaria de la conquista del poder por la clase obrera, el abandono del programa fundamental del marxismo: el dominio (o dictadura) del proletariado como fase transitoria en dirección hacia una sociedad sin clases y, por lo tanto, liberada de la explotación del hombre por el hombre.

## Bernstein, el primer falsificador

Es curioso el hecho de que el primero en falsificar la historia de la *Introducción* haya sido Eduard Bernstein, es decir, el que fue el elegido por Engels como su testamentario. Bernstein, empleado de banco con confusas ideas más liberales que socialistas, había adherido en 1871 a los “eisenachianos” [de Eisenach], esto es el partido socialdemócrata dirigido por August Bebel y Wilhelm Liebknecht (padre del Karl, quien fue asesinado en 1919 junto con Rosa Luxemburgo por un gobierno “de las izquierdas” que ellos intentaban derrocar). Los “eisenachianos” fueron el ala socialista más cercana a las posiciones de Marx y Engels, que en 1875, con el Congreso de Gotha, se fusionaron con el ala influenciada por Lassalle.

Como gran parte de los dirigentes “eisenachianos”, Bernstein tenía un conocimiento superficial del marxismo y, también por esto, el partido fundado en Gotha nació sobre la base de un programa al que Marx dedicó una áspera crítica por las muchas concesiones al lassallismo<sup>[1]</sup>. La formación marxista del grupo dirigente alemán fue tardía y basada esencialmente solo en la lectura del *Anti-Dühring* de Engels (1878).

En 1881, Bernstein asume la dirección del *Der Sozialdemokrat* de Zurich y con sus artículos en este periódico conquista la confianza de Engels, convirtiéndose en breve, junto con Karl Kautsky (de quien fue amigo y maestro), el principal colaborador. Engels confiaba tanto en Bernstein que lo nombró su

<sup>[1]</sup> La crítica de Marx al programa de unificación de la socialdemocracia alemana es conocida como *Crítica del programa de Gotha* (Massari editorial, 2008). El texto, enviado a algunos dirigentes (Bracke, Bebel, Liebknecht, Geib y Auer) será hecho público por Engels solo en 1891, en el número 9 de *Die Neue Zeit*.

El término “lassallismo” es en referencia a Ferdinand Lassalle (1825-1864), uno de los padres históricos del reformismo, fundador en 1863 de la Asociación General de los Obreros alemanes, cuyo programa puso en el centro la lucha por el sufragio universal y la formación de asociaciones obreras subvencionadas por el Estado. A su muerte (en agosto de 1864, poco antes de que fuera fundada la Primera Internacional), su Asociación (ahora dirigida por von Schweitzer) tuvo como rival a izquierda la Unión de las Asociaciones Obreras, dirigida por Liebknecht y Bebel. En 1869, en Eisenach, estos últimos dos dieron vida al Partido Obrero Socialdemócrata, influenciado por las posiciones de Marx. En 1875, cuando quedó de la organización de Lassalle y la organización “marxista” se unificaron sobre un confuso programa, al cual Marx dedicó su *Crítica*. El nuevo partido (Partido Obrero Socialista alemán), asumirá en 1890 el nombre de Partido Socialdemócrata alemán, SPD.

testamentario. La pareja Kautsky-Bernstein, valiéndose también de la consideración que Engels tenía de ellos, se volvieron así, a la muerte del compañero de Marx, el punto de referencia teórica para toda la socialdemocracia organizada en la Segunda Internacional.

Pero en 1896, es decir, un año después de la muerte de Engels, Bernstein comienza a publicar en *Die Neue Zeit* (principal revista teórica del partido alemán) una serie de artículos en los que, de manera cada vez más fuerte, pone en discusión los fundamentos del marxismo de Marx y Engels. Estos artículos, leídos con creciente contrariedad por Kautsky (director de la revista), son por fin sistematizados y publicados en un libro titulado *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia (1899)*, que causa sensación en la Internacional<sup>[2]</sup>.

La tesis de fondo del libro es clara: hace falta revisar el marxismo, rechazando de él la parte "envejecida" y lo que Bernstein define "los esquemas de la dialéctica", y sustituir a la perspectiva del derrocamiento revolucionario de la sociedad (teorizada en toda la obra y la vida de Marx y Engels) por la democratización gradual de la sociedad, por la vía parlamentaria.

Al cabo de pocos años, el que fuera el principal colaborador de Engels se transformó en el principal teórico de un "socialismo liberal". Inicialmente sus teorías no encontraron un seguimiento explícito en el partido, también gracias a la total desmentida que Kautsky hizo de ellas<sup>[3]</sup>.

Kautsky se convence al final de que Bernstein es "irrecuperable para el marxismo" (así lo escribió en varias cartas a otros dirigentes), pero temía que una inmediata y total ruptura pudiese consolidar, alrededor de las posiciones de Bernstein, al sector revisionista. Este sector estaba creciendo a la sombra del grupo parlamentario que era cada vez más numeroso y con una práctica sindical cada vez más moderada.

El Congreso de Dresde del SPD, en 1903, condenó por amplia mayoría las posiciones revisionistas y en aquella ocasión August Bebel pronunció una dura

<sup>[2]</sup> BERNSTEIN, Eduard. *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (1899). Ediciones Laterza, 1968, con prefacio de Lucio Colletti.

<sup>[3]</sup> El ataque de Kautsky es contenido en varios artículos en el *Neue Zeit* y finalmente recopilados en el libro *Le marxisme et son critique Bernstein* (1899). Hemos consultado el libro en la edición en francés publicada por P.V. Stock Editeur, Paris, 1900 (trad. de Martin Leray), localizable en pdf por internet.

requisitoria contra Bernstein. Pero las posiciones revisionistas, derrotadas en el plano teórico, se abrieron paso en amplios sectores del SPD: en la Alemania meridional, por ejemplo, el partido votaba con regularidad a favor de los balances de los gobiernos burgueses; en los sindicatos dirigidos por el SPD, las posiciones reformistas dominaban la actividad cotidiana. Y fue el propio Bebel quien en 1907 abrió la puerta al concepto de “defensa nacional” que llevaría siete años después, en 1914, al derrumbe de la Segunda Internacional, con el voto a los “créditos de guerra” y, por lo tanto, el sostén de la mayoría de los partidos socialdemócratas a los “propios” gobiernos empeñados en el matadero de la Primera Guerra Mundial. Pero volveremos más adelante sobre la parábola de la socialdemocracia alemana; por el momento, nos detendremos en la famosa *Introducción* y en el empleo que Bernstein hizo de ella.

La tesis expresada en el citado libro de Bernstein es esta: en los años cuarenta y cincuenta, Marx y Engels todavía habrían estado fuertemente influenciados por posiciones “blanquistas” (veremos luego el sentido de este término), es decir, veían la revolución como un golpe de mano de una minoría; con la experiencia se fueron alejando de esta concepción, buscando la vía parlamentaria al socialismo que, a su decir, Engels habría teorizado (aunque de forma incompleta) en la *Introducción* de la que estamos hablando. La socialdemocracia, según Bernstein, tenía que continuar en el camino indicado por el maestro poco antes de morir.

## La equivocación de Rosa Luxemburgo

Frente a un Bernstein que blandía la *Introducción* como un sable con el que despedazaba el marxismo, los marxistas defendieron la teoría y la práctica de Marx y Engels: incluso encontrándose incómodos frente a aquel texto que objetivamente resultaba contradictorio con su estrategia.

En su anti-Bernstein de 1899, el célebre *¿Reforma social o revolución?*, Rosa Luxemburgo habla de una “revisión de la *táctica*” de parte de Engels, y precisa que nunca en el texto se hace referencia a un cambio de *estrategia* y sobrevuela, con una indisimulada incomodidad, sobre algunas contradicciones que en todo caso el texto de Engels (o mejor, el texto que fue conocido a la época) contiene<sup>[4]</sup>.

[4] LUXEMBURGO, Rosa. *¿Reforma social o revolución?* (1899). Editori Riuniti, 1973.

La grande revolucionaria, en fin, no titubea en defender al Engels revolucionario, pero no sabe bien como colocar la *Introducción*.

Varios años después, en el auge de la revolución alemana, en el congreso de fundación del Partido Comunista alemán (KPD), el 31 diciembre de 1918, Rosa Luxemburgo pronuncia el "Discurso sobre el programa", en el que una parte importante es dedicada a la *Introducción* de Engels<sup>[5]</sup>. Aquí, de modo claro, Luxemburgo toma distancia de la *Introducción*: "Yo no quiero decir con esto que Engels con estas afirmaciones se haya hecho corresponsable personalmente de todo el ulterior curso de las cosas en Alemania; yo solo digo: he aquí un documento clásico de la concepción que estuvo viva en la socialdemocracia alemana, o más bien, que la mató".

Sin embargo, tampoco en este caso Luxemburgo quiere regalar Engels a los revisionistas y por eso agrega que se necesita tener en cuenta que "Engels ha escrito este prefacio bajo la directa presión de la fracción al Reichstag". Y se dice convencida de que si no hubiese muerto poco después, Engels hubiera protestado contra el empleo que fue hecho de aquel texto. Afirmando esto, Rosa no sabe que está muy cercana a la realidad, una realidad que todavía es ignorada en aquellos años tanto por ella como por los otros grandes revolucionarios.

Es importante recordar que el debate sobre la *Introducción*, que se desarrolló en toda la primera parte del Novecientos, no fue de tipo puramente filológico, para exegetas del marxismo. Por el contrario, fue un debate de masas que se entrelazó estrechamente con la involución de la socialdemocracia. Ya en 1910 también Kautsky, considerado el "Papa Rojo" de la Internacional, después de haberse opuesto inicialmente a Bernstein, se desplazaba progresivamente cada vez más a la derecha. A partir de aquel año (es decir, el año siguiente a la publicación de *Der Weg zur Macht [El Camino del Poder]*, un libro todavía sustancialmente marxista y reivindicado por Lenin, aunque tenga ambigüedades), ya el choque en la Segunda Internacional no fue solo entre revolucionarios y reformistas sino que se extendió también a comprender la batalla contra las posiciones de aquel "centro", donde precisamente se colocaba Kautsky. Y, antes que Lenin, fue la propia Rosa Luxemburgo (quien tuvo la "ventaja" de conocer directamente la involución del SPD en el cual militaba) a estrellarse con el "centrismo" de Kautsky.

<sup>[5]</sup> LUXEMBURGO, Rosa. "Discurso sobre el programa", en: *Escritos selectos*, Einaudi, 1976, p. 651 y sgg.

Kautsky inició en aquel período la teorización sobre la existencia de diferencias entre “Oriente y Occidente”, es decir, cambiando la posición que había tenido hasta hacía pocos años, indicaba la revolución rusa de 1905 como una experiencia única y diferente (“Oriente”), en contraposición con la táctica y la estrategia necesarias en Alemania y en el resto del “Occidente”. Fue el primero en teorizar una “estrategia del desgaste” distinta (aunque no contrapuesta a la época) a la “estrategia del aniquilamiento”. No tenemos aquí la posibilidad de profundizar este debate, pero nos baste decir que este razonamiento kautskiano será retomado años después (aunque en forma parcialmente diferente) por Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*, y será utilizado (también más allá de las intenciones de Gramsci) por el reformismo togliattiano y, por fin, será resucitado por el eurocomunismo en los años ’70.

Fue así que Kautsky y Bernstein, duelistas en el debate de principios de siglo [xx], se encontrarán juntos en 1917 en el partido centrista USPD (nacido de una escisión del SPD), y se sentarán juntos –como subsecretarios– en el gobierno “de izquierda” que asesinó a Rosa Luxemburgo y a Karl Liebknecht, y que ahogó en sangre la primera revolución alemana.

## También Lenin cae en el equívoco

Son raras las referencias de Lenin a la *Introducción* de Engels en los textos escritos antes de 1917. Es mencionada en un artículo de 1901, “Una nueva matanza”, en el que se le debita a Engels (incluso precisando que se trataba de una consideración relativa solo a la Alemania de aquel período) el concepto según el cual “la lucha contra el ejército moderno es imposible y carece de salida victoriosa”<sup>[6]</sup>. Concepto que efectivamente apareció entre las líneas del texto de la *Introducción* tal como fue conocida en la época. Otra mención de la *Introducción* está en una carta de 1916 que Lenin le escribe a la dirigente bolchevique Inessa Armand: aquí, Lenin subraya cómo el texto de Engels “fue distorsionado en Berlín contra su voluntad”<sup>[7]</sup>.

Pero en su libro más importante de aquellos años, *El Estado y la Revolución* (publicado solo después de la toma del poder, pero fuente de inspiración por la

<sup>[6]</sup> LENIN, V. I. “Una nueva matanza”, en: *Obras completas*, volumen 5. Editori Riuniti, 1958, p. 17 y sgg.

<sup>[7]</sup> LENIN, V. I. “Carta a Inessa Armand”, 25 de diciembre de 1916, en: *Obras completas*, volumen 35. Editori Riuniti, 1958, p. 185.

vuelta bolchevique señalada por las *Tesis de Abril* que cambiaron el curso histórico de 1917), Lenin no hace ninguna referencia a la *Introducción*: aunque, como se recordará, *El Estado y la Revolución* consiste en una puntillosa reconstrucción cronológica de las posiciones de Marx y Engels sobre el tema del Estado.

La fallida referencia a aquel texto engelsiano es aún más significativa si se considera que en el "Cuaderno Azul" (*El marxismo y el Estado*), recopilado en Zurich entre enero y febrero de 1917, un resumen de 48 páginas con todas las principales citas de Marx y Engels sobre el tema, esquema general de *El Estado y la Revolución*, Lenin cita la *Introducción* y hace también referencia a una importante carta del 3 de abril de 1895. En esta carta, Engels se lamentaba con Lafargue de "una fea broma" [una mala jugada] que Liebknecht (padre) le hizo publicando en el *Vorwärts* el texto mutilado. Lenin también cita otra carta (del 1 de abril de 1895), en este caso a Kautsky, en la cual Engels pedía que en el *Die Neue Zeit* fuese publicado integralmente su texto.

Por lo tanto, Lenin en 1917 sabe que el texto de la *Introducción* ha sido manipulado de algún modo por los dirigentes socialdemócratas, pero no conoce en detalle los hechos y sobre todo no conoce el texto original (que será publicado solo después de su muerte), y prefiere entonces no mencionarlo. También para Lenin, en suma, la *Introducción* resulta un texto embarazoso, difícilmente utilizable. En todo caso, Lenin excluye que haya sido un "viraje" del viejo Engels y por esto abre *El Estado y la Revolución* subrayando que "la necesidad de educar sistemáticamente a las masas en esta (...) idea de la revolución violenta, es la base de toda la doctrina de Marx y Engels". Luego dedica una gran parte del libro (en particular el capítulo IV: "La degradación del marxismo por los oportunistas") a demostrar (en parte también a sí mismo, puesto que percibió el "centrismo" de Kautsky solo cuando estalló) que también el Kautsky de antes de la guerra, que se irguió defensor de la "ortodoxia" contra Bernstein, ya había sido infectado por los gérmenes del oportunismo. Analizando la involución que ahora le aparece evidente en la sucesión de los libros de Kautsky, Lenin comprende que el problema no estaba en lo que Kautsky había escrito sino en lo que "escondió", en lo que "hizo desaparecer" (las expresiones entre comillas son de Lenin): es decir, aquella necesidad de "romper" la máquina estatal burguesa y reemplazarla con la dictadura del proletariado, necesidad que Marx ya había expresado en los artículos de *La lucha de clases en Francia*, anticipando en la teoría (veinte años antes) lo que luego los obreros parisinos traducirían en la práctica con la Comuna de 1871.

## El interés de Trotsky por este asunto

Siendo intrincado todo el asunto de la *Introducción*, y en la época todavía en parte desconocido, Trotsky, tanto como Rosa Luxemburgo y Lenin, convencido de que aquel texto “desentonaba” con el resto de las obras de Engels y con toda su práctica de dirigente revolucionario, avanzó algunas prudentes críticas.

En su libro sobre la revolución de 1905, Trotsky hace una rápida mención crítica a la *Introducción*<sup>[8]</sup>. El tema volvió a interesarlo años después, cuando Riazanov publicó el texto original de Engels. En una carta de 1931 a su hijo Lev Sedov, uno de sus principales colaboradores, Trotsky escribe: “Necesitaría las publicaciones de Riazanov. (...) Lo que necesito sobre todo es el texto del Instituto [Marx-Engels, que Riazanov dirigía, *ndt*] en el cual Riazanov ha restablecido el texto exacto del prefacio de Engels a *La lucha de clases en Francia*”<sup>[9]</sup>. Dado que Sedov no logró conseguir la revista del Instituto, Trotsky, después de algunas semanas, escribe de nuevo a su hijo sugiriéndole buscar al menos la edición en alemán: “Deberías poder encontrar este libro en Alemania. Sería deseable tener este libro (...)”<sup>[10]</sup>.

En 1935, conociendo el hecho (aunque, como veremos, solo en parte), Trotsky vuelve sobre el tema con un artículo en el que desmiente cada lectura de un Engels gradualista. Y afirma categóricamente:

*La famosa Introducción de Engels (...) suscitó innumerables polémicas; al tiempo los alemanes la modificaron y la cortaron por un problema de censura. En los últimos cuarenta años, filisteos de todos los colores han afirmado en centenares y millares de ocasiones que ‘el propio Engels’ aparentemente había renegado de una vez por todas de los antiguos métodos ‘románticos’ de la lucha de plaza. Sin embargo, si hay algo de lo que Engels renegó fue esencialmente de la idea del putsch, que en última instancia se reduce a escaramuzas de pequeñas minorías; en segundo lugar, repudió los métodos anticuados, es decir, formas y métodos de la lucha de plaza que no se corresponden con los progresos de la técnica. (...) [para Engels, ndr] es necesario que la tercera parte o, mejor aún, los dos quintos del ejército (...) adquieran*

[8] TROTSKY, León. 1905 (1906-1909. La Nueva Italia, 1970, p. 261.

[9] TROTSKY, León. “Carta a Lev Sedov”, 6 de julio de 1931. Nuestra consulta en la versión en francés publicada en: [www.marxists.org/francais/trotsky/oeuvres/1931/07/19310706.htm](http://www.marxists.org/francais/trotsky/oeuvres/1931/07/19310706.htm)

[10] TROTSKY, León. “Carta a Lev Sedov”, 26 de septiembre de 1931. Nuestra consulta en la versión en francés publicada en: [www.marxists.org/francais/trotsky/oeuvres/1931/09/19310926.htm](http://www.marxists.org/francais/trotsky/oeuvres/1931/09/19310926.htm)



*simpatía por el socialismo; en este caso, la insurrección no será un 'putsch'; las barricadas volverán a ser utilizadas, claramente no las barricadas de 1848 sino las barricadas 'nuevas', que, sin duda, servirán para los mismos propósitos: parar la ofensiva del ejército contra los obreros, ofrecerles a los soldados la oportunidad y el tiempo necesarios para constatar el poder de la insurrección y crear así las mejores condiciones para que el ejército se pase de parte de los rebeldes<sup>[11]</sup>.*

Incluso ignorando muchos aspectos del atormentado génesis de la *Introducción* engelsiana, que contaremos enseguida, el jefe del Ejército Rojo comprendió bien que Engels, apodado no al azar "el General", solo quiso hacer consideraciones técnicas sobre *cómo mejor preparar la insurrección*, como primer acto de la revolución.

### **Génesis y censura de la *Introducción***

Contrariamente a cuanto se lee a menudo, Marx no ha escrito un libro titulado *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*. Tanto la elección del título como de los textos contenidos de aquella antología fue hecha por Engels en 1895, seleccionando entre los artículos que Marx había publicado en el *Neue Rheinische Zeitung*<sup>[12]</sup>.

La *Introducción* fue escrita por Engels entre la mitad de febrero y los primeros días de marzo de 1895. Y es aquí que se inicia la historia de su falsificación. Para comprender esta historia es necesario saber que Engels, escribiendo el texto ya se había impuesto algunos límites para no crear problemas en el partido alemán, que vivía una situación particular.

En 1878 fueron sancionadas en la Alemania de Bismarck las leyes especiales (con el pretexto de una presunta responsabilidad del SPD en atentados anarquistas contra el káiser Guillermo I). Las leyes especiales llevaron a la cárcel a

<sup>[11]</sup> TROTSKY, León. "El ILP y la Cuarta Internacional. En medio del camino", 18 de septiembre de 1935. Nuestra consulta en la versión en español de *Escritos*, volumen IV. Ed. CEIP, p. 352 y sgg.

<sup>[12]</sup> Los artículos de Marx fueron publicados en el *Neue Rheinische Zeitung* con los títulos "De 1848 a 1849", "El 13 de junio de 1849", "Repercusiones del 13 de junio sobre el continente"; un cuarto artículo, en "La situación actual: Inglaterra", permaneció inédita. A los artículos, publicados con nuevos títulos (respectivamente: "La derrota de junio de 1848"; "El 13 de junio de 1849"; "Las consecuencias del 13 de junio de 1849"), Engels añadió, en la antología a cargo, un posterior artículo de Marx: "La supresión del sufragio universal de 1850".

decenas de dirigentes del partido, los círculos fueron cerrados, las publicaciones prohibidas (tanto que el célebre libro de Bebel, *La mujer y el socialismo*, de 1879, para ser difundido debió circular con la cubierta de otro libro). El SPD pudo seguir presentándose en las elecciones pero no podía hacer propaganda directa ni asambleas del partido, y los parlamentarios electos no eran formalmente representantes del partido. El SPD tuvo que utilizar varias estratagemas, cubriendo la actividad política con asociaciones culturales y deportivas.

Las leyes especiales fueron prorrogadas varias veces y solo se suspendieron en 1890, con la caída de Bismarck. Pero en diciembre de 1894 el gobierno presentó un nuevo proyecto de ley “contra las actividades subversivas”, y este proyecto estuvo en discusión en el parlamento justo en las semanas en que Engels editaba la antología de Marx y preparaba la *Introducción*.

El 6 de marzo, Engels recibió una carta de Richard Fischer, dirigente del SPD y responsable de las publicaciones del partido. Fischer le pidió a Engels atenuar el tono de su texto y hacer algunos cortes.

En la respuesta del 8 de marzo, Engels contesta con preocupación los argumentos usados por Fischer y ve en ellos una actitud oportunista de la dirección del partido; una falla parecida a aquellas contra las que ya combatía desde 1891, cuando se decidió a publicar la inédita *Crítica del Programa de Gotha* de Marx, para utilizarla en la batalla para preparar el inminente e importante Congreso que el SPD realizaría en Erfurt. Engels, pues, polemiza con Fischer y rechaza algunas solicitudes de modificación, en tanto acepta otras.

Es importante adelantar aquí, antes de la reconstrucción sinóptica que enseguida haremos de todo el hecho, que este intercambio de cartas entre Engels y Fischer no fue conocido por Rosa Luxemburgo ni por Lenin ni por Trotsky, y que la respuesta de Engels del 8 de marzo permaneció inédita hasta 1967, cuando fue publicada por el historiador Hans Josef Steinberg<sup>[13]</sup>.

El carteo entre Engels y Fischer es muy importante porque desmiente totalmente varias tesis falsas: no solo la tesis de la “conversión” de Engels sino hasta la premisa misma de la tesis, es decir, que la *Introducción* fuera entendida por Engels como un “testamento” en el cual proponer un cambio de estrategia. Pero el carteo también desmiente a quienes sostienen que en definitiva los cambios aceptados por Engels no habrían cambiado la esencia del texto. Esta última tesis

<sup>[13]</sup> El carteo fue publicado por Hans Josef Steinberg en “Revolution und legalitat” en la revista *International Review of Social History*, 1967, volumen 12, n. 2, pp. 177-189.

es destruida por la simple lectura de la carta de Fischer del 6 marzo. En efecto, el propio Fischer explica que cree necesario hacerle cortes al texto porque “(...) tendrás que admitir tú mismo que no sería difícil para un adversario de mala fe afirmar que la quintaesencia de tu texto es: nosotros no hacemos hoy la revolución por la sola razón de que no somos bastante fuertes, porque no tenemos todavía suficientemente infiltrado el ejército (...); que en caso de guerra nosotros enarbolaremos la bandera de la revolución contra el enemigo nacional, etcétera”.

El resumen que Fischer hace de la versión original de la *Introducción* es inequívoco: aunque Engels ya se hubiera “autocensurado” para no dar ulteriores pretextos al gobierno para hacer aprobar las nuevas leyes especiales, el texto que había enviado para que fuera impreso afirmaba, con algunas prudentes vueltas de frase, que: 1) hacía falta preparar las fuerzas en la perspectiva de la revolución; 2) que para esto era necesario “infiltrarse” en el ejército, es decir, ganar a una parte de los militares (de las filas) para la causa, para luego “romper el Estado”; 3) que en caso de una nueva guerra, el SPD tendría que alinearse contra el propio Estado y contra el gobierno burgués, enarbolando “la bandera de la revolución contra el enemigo nacional”.

Igualmente importante es la réplica de Engels del 8 marzo: “He tenido en cuenta, dentro de lo posible, vuestras graves preocupaciones (...). Sin embargo, no puedo admitir que queráis entregaros alma y cuerpo a la legalidad absoluta (...). Legalidad solo hasta cuando y en la medida que nos convenga, pero ninguna legalidad a cualquier precio (...). Pienso que vosotros no tenéis nada que ganar (...) de la renuncia absoluta al recurso de la violencia. Nadie os creará. (...) Además, tengo que tener en cuenta a los extranjeros –franceses, ingleses, suizos, austríacos, italianos, etcétera– que leerán estos escritos: no puedo comprometerme a tal punto ante sus ojos”<sup>[14]</sup>.

Entonces, Engels admite la necesidad de alguna prudencia táctica en Alemania en aquellas semanas, pero rechaza decididamente la tentativa de la dirección del partido de utilizar la situación para abrazar peligrosas teorías “legalistas”, pacifistas, gradualistas. Sobre todo está preocupado porque sabe

<sup>[14]</sup> Ver nota 13, citado también por Liana Longinotti en “Friedrich Engels y la ‘revolución de la mayoría’”, en: *Studi Storici* [Estudios Históricos], año 15, n. 4, 1974. Nótese que L. Longinotti reconstruye correctamente el hecho del texto engelsiano pero saca conclusiones funcionales a defender las políticas oportunistas del PCI, que en la época editaba la revista *Studi Storici* (que contiene, más allá de las posiciones que expresa, artículos interesantes).

que su texto también será leído por los militantes de las otras secciones de la Internacional y no quiere que pueda ser interpretado como la indicación de un cambio de estrategia.

El 14 de marzo, Fischer contesta tratando de disminuir las divergencias y en todo caso aceptando el texto con las solas modificaciones que Engels –aunque sin entusiasmo– ha aprobado. Nótese, de paso, que en todo el carteo Fischer se dirige a Engels con el gracioso apodo con que lo llamaron amigos y compañeros: “General”. Un apodo que de modo alguno se adapta a la imagen que por más de un siglo han querido presentarnos de un viejo Engels convertido al reformismo, que escribe este “testamento” para indicar una vía parlamentaria al socialismo.

### La “vergonzosa equivocación”: a la censura se suma la falsificación

Pero la conflictiva historia de la *Introducción* no acaba con las solicitudes de censura de Fischer. Antes que el texto, dos veces censurado por Engels (una primera vez durante la redacción originaria, una segunda vez por solicitud de Fischer) sea dado a la prensa, el 30 de marzo el órgano principal del SPD, el *Vorwärts*, publica un artículo con el título “Cómo se hacen hoy las revoluciones”, en el que son seleccionadas con esmero y extraídas de contexto algunas frases de la *Introducción* de modo de deformar una vez más el pensamiento de Engels. El autor de esta operación es Wilhelm Liebknecht.

El “General” se enfurece y comienza a escribir cartas de protesta a todos los dirigentes alemanes y también a los de otras secciones de la Internacional, denunciando el abuso. A diferencia del carteo con Fischer, publicado integralmente solo en 1967, la existencia de estas cartas es pública desde 1909, como veremos enseguida.

Añadimos, en todo caso, que no se puede excluir que las cartas en nuestra posesión no sean todas aquellas efectivamente escritas por Engels y que cualquiera de ellas haya podido ser destruida por sus ejecutores testamentarios (Bernstein y la dirección del partido), o se haya perdido. En todo caso, aquellas encontradas ya son suficientes para arrojar posterior luz sobre el hecho<sup>[15]</sup>.

<sup>[15]</sup> Hemos utilizado las cartas tomadas de la edición en inglés publicadas en el volumen 50 de *Marx and Engels Collected Works. Letters 1892-1895*, que puede localizarse en la web en la versión en pdf de la edición Lawrence & Wishart. La traducción del inglés es nuestra. (Cont...)

Como hemos visto, Engels no estaba para nada satisfecho con los cortes que Fischer le pidió y que aceptó en parte. En efecto, en una carta a Kautsky del 25 de marzo, escribe:

*Mi texto ha sufrido a causa de las objeciones excesivamente aprensivas de nuestros amigos de Berlín por el proyecto de leyes especiales; objeciones que, en estas circunstancias, no he podido ignorar.*

Pero la maniobra censoria llevada a cabo por Liebknecht –sin tampoco avisar– llega a transformar a Engels, como él denuncia en una carta del 1 de abril a Kautsky, en un “adorador de la legalidad a toda costa”. Se trata de “una vergonzosa equivocación”, escribe Engels, que juzga inaceptable la censura de Liebknecht. Por esto cree necesario que el texto sea ahora publicado lo más pronto posible en el *Die Neue Zeit*.

Aquí señalamos un punto controvertido: cuando Engels pide la publicación en la revista de Kautsky, ¿está pidiendo que sea impresa su versión original o aquella con los cortes de Fischer que ha aceptado? Trataremos enseguida de dar una respuesta.

Es un hecho que en el *Die Neue Zeit* n.º 27-28 de 1895 se publica la “versión Fischer” (que, repitémoslo, ya pasó por el proceso de autocensura de Engels y ha padecido en parte los cortes impuestos por la dirección del SPD).

El 3 de abril, Engels le escribe a Paul Lafargue, dirigente de la sección francesa, para avisarle:

*Liebknecht me ha jugado un buen tiro. Ha tomado de mi introducción (...) todo lo que pudiese servirle para sostener tácticas pacíficas y no violentas a toda costa. Pero yo (...) solo sostengo estas tácticas para la Alemania de hoy y, además, con muchas reservas.*

*En otros países –continúa Engels– esta táctica (es decir, el empleo del parlamentarismo y los espacios democráticos burgueses) ya no es hoy aplicable, y para Alemania podría volverse no aplicable mañana.*

///

---

(cont. <sup>15</sup>) El conjunto del carteo también es localizable en la antología en lengua francesa: Karl Marx et Friedrich Engels, *La social-démocratie allemande*, 1975, a cargo de Roger Dangeville, localizable en: [www.marxists.org/francais/marx/works/00/sda/sda.htm](http://www.marxists.org/francais/marx/works/00/sda/sda.htm)

## La publicación de la *Introducción* original

Hizo falta esperar treinta años para que saliera a la luz el texto original de la *Introducción* tal como Engels la escribió originariamente, es decir, la versión que había mandado a Fischer y sobre la que luego hizo una parte de los cortes que le fueron pedidos.

Fue el estudioso soviético David Riazanov, director del Instituto Marx-Engels, quien publicó en marzo de 1925, en el primer número de la revista *Unter dem Banner des Marxismus* un artículo sobre el hecho y quien publicó luego, en 1930, el texto integral de la *Introducción*.

El artículo de Riazanov, sin embargo, no aclara la existencia de *dos* pasos: primero, las solicitudes de Fischer de cortar el texto; luego, la falsificación de Liebknecht sobre el texto ya autocensurado<sup>[16]</sup>. Eso también es debido al hecho de que el propio Riazanov no tenía conocimiento de todo el carteo con Fischer. Leyendo su artículo se puede entender (y algunos así lo han entendido, añadiendo equívoco a la equivocación) que en las citadas cartas a Kautsky y a Lafargue del 1 de abril, Engels estaba refiriéndose a la versión finalmente publicada en el *Die Neue Zeit* y a aquella (igual) publicada en el libro con los artículos de Marx: es decir, que estaba refiriéndose a la que podríamos definir “versión Fischer”, mientras sus protestas se refieren a la empalagosa falsificación realizada por Liebknecht.

Uno de los pocos que en la época conoció todo el hecho y podía distinguir pues entre los dos distintos episodios era Karl Kautsky, con quien Engels, como hemos visto, se quejó sea por las solicitudes de Fischer como por el “tiro” de Liebknecht. Pero, en el prefacio a la edición francesa de su *Le marxisme et son critique Bernstein*, Kautsky (1899) se limita a negar que la *Introducción* pudiese ser leída como un “testamento”<sup>[17]</sup>. Y diez años después, en 1909, en *El Camino del Poder*, hace una referencia a la carta que Engels le había escrito para protestar contra los cortes de Liebknecht, pero no explica el anterior carteo con Fischer y solo hace una rápida mención sobre la solicitud de la dirección del SPD a Engels para que se “autocensure”<sup>[18]</sup>.

[16] El artículo de Riazanov sobre la *Introducción* de Engels fue publicado en la revista *Unter dem Banner des Marxismus*, 1925-1926, n. 1. Nosotros hemos consultado la versión en francés “Introduction de Engels aux Lutttes de classe en France, 1848-1850”, localizable en: [www.marxists.org/francais/marx/works/00/sda/sda\\_6\\_1.htm](http://www.marxists.org/francais/marx/works/00/sda/sda_6_1.htm)

[17] KAUTSKY, Karl. *Le marxisme et son critique Bernstein* (1899): ver nota 3.

[18] KAUTSKY, Karl. *El camino del poder*. Ediciones Laterza, 1974, p. 65 y sgg.

Otro que conoció la historia en sus diferentes pasos fue obviamente Bernstein, pero no podía revelarla porque habría derrumbado uno de los pilares de su revisión: el presentarse como el más fiel continuador de la evolución de Engels. Así, para seguir defendiendo la invención del "testamento", del que fue el inventor, en 1926 contestó indirectamente a la publicación de Riazanov dando a la prensa (el *Sozialistische Monatshefte*) las cartas de Fischer a Engels del 6 y el 14 de marzo, en una versión purgada. De este modo trató de confundir una vez más el hecho, intentando demostrar que Engels había sido avisado de las modificaciones. Se trataba de una verdad parcial, hecha aún más parcial por la omitida publicación de la carta del 8 de marzo de Engels a Fischer. De este modo, se mantuvieron ocultos sea el motivo por el cual Fischer pidió los cortes (es decir, ¡el juicio sobre un texto que creía demasiado revolucionario!), sea el rechazo opuesto por Engels a algunas modificaciones, sea la aclaración de Engels sobre que las modificaciones aprobadas (de mala gana) no implicaban un cambio de estrategia para el mundo entero.

Solo en 1967, como ya hemos adelantado, todo el hecho se hará comprensible gracias a la publicación completa de las cartas de Engels-Fischer, a cargo del historiador alemán Steinberg en *Review of Social History*.

## Seis introducciones en lugar de una

Como se ve, el hecho está más enredado que una novela de Agatha Christie. Entonces bien, como a menudo hace Hércules Poirot a la mitad de la historia, probemos resumir lo que sabemos, para luego proceder a ver cómo todavía este hecho es falsificado, consciente o inconscientemente, en gran parte de los libros, también recientes, que se ocupan del tema.

Tenemos hasta aquí reconstruida la existencia de seis versiones de la *Introducción* de Engels. Probemos enumerarlas.

- La *Introducción* 1 es un texto virtual: es el texto que Engels habría escrito si no se hubiera enseguida autocensurado para no crear problemas al SPD en aquel momento delicado en que estuvieron en discusión nuevas leyes represivas. Un buen filólogo podría reconstruirla, al menos en parte, examinando las correcciones que Engels aportó al manuscrito. Claramente es imposible conocer las otras autocensuras que, por los mismos motivos, Engels hizo directamente al texto mientras lo ideaba. Lo importante en todo caso es tener

en cuenta que también la versión “original” fue escrita en una situación social particular, que impedía la libre expresión.

- La *Introducción 2* es el primer texto que Engels le envió a Fischer. Es un abuso hablar de este texto como de un “testamento”: sea porque Engels no quiso proponer con ello ningún cambio estratégico hacia alguna forma de gradualismo, sea porque –por el contrario– justo en aquellos años estaba conduciendo una batalla (su última batalla) contra el oportunismo y el gradualismo de algunos dirigentes del SPD; pero sobre esto volveremos enseguida. Sobre todo, es bueno notar que Engels no sospechaba que la muerte habría de llegarle poco después, como lo prueba el hecho de que estaba planificando una gran cantidad de otros trabajos de los cuales hablaba en las cartas, dando a ellos un peso que no le dio a esta *Introducción*. Pues la *Introducción* (que hemos enumerado como segunda) habría sido en las intenciones de Engels un texto relativamente marginal, uno de los innumerables prefacios que escribió para las ediciones en varias lenguas sobre sus textos y los de Marx.
- La *Introducción 3* es otro texto virtual: se trata de la introducción tal como habría resultado si Engels hubiese aceptado todas las modificaciones solicitadas por Fischer (es decir, de la dirección del SPD). Es un texto que podría ser fácilmente escrito utilizando el carteo Engels-Fischer.
- La *Introducción 4* es el texto que Engels reescribe aceptando en parte las solicitudes de Fischer. Es un texto del que no está contento (como le explica a Kautsky en la carta que hemos citado) porque podría ser mal interpretado. Este es el texto que se publicó en el *Die Neue Zeit* y en el libro con los artículos de Marx. Es el texto que por años ha sido considerado la versión original, hasta que Riazanov demostró que existió otro, publicando aquel al que hemos atribuido aquí el número 2.
- La *Introducción 5* es el texto que Liebknecht publica en el *Vorwärts*, manipulando la *Introducción* n. 4 hasta transformar a Engels, como habría dicho la propia víctima, en un vulgar filisteo. Es el texto que suscita la ira furibunda de Engels y que lo lleva a decirle a Kautsky para publicar la versión original. Como se ha señalado, no está claro sobre si a este punto Engels pretendía la publicación de la *Introducción* n. 2 (la versión que no gustó a la dirección del SPD), o de la *Introducción* n. 4 (el texto fatigosamente acordado con Fischer). Nuestra impresión es que Engels se refería a la número 2, la única capaz de disipar las equivocaciones producidas por Liebknecht; también



porque la n. 4 ya había sido encaminada a la prensa con los artículos de Marx, y no se comprende por qué Engels habría tenido también la “pretensión” de que se publique esto en el *Die Neue Zeit*. Lo más probable es que la publicación requerida fuera, por lo tanto, la del texto “incómodo”, un modo de refutar con claridad los pastiches de la dirección del SPD, despejando cada equivocación en la revista teórica que era leída por todos los cuadros del partido.

- La *Introducción* 6, por fin, es un texto que no existe ni en formato de carta ni virtual, pero es aquel al que todos hacen referencia. Estamos hablando del texto que después de Bernstein cada buen reformista cita sin necesidad de indicar las frases precisas en las cuales Engels habría hecho determinadas afirmaciones que le son atribuidas. Es un texto sencillamente *evocado* como un estribillo: “en el fondo, también el último Engels sostenía que...”. Es decir, la *Introducción* n. 6, ya no tiene ninguna relación con las otras versiones: ni con la original ni con aquella autocensurada; tiene un parentesco estrecho solo con la versión falsificada publicada por Liebknecht, que en todo caso no es más reclamada como prueba porque muchos ya saben que es falsa. Es, pues, solo un título al que se alude como prueba de una inexistente conversión de Engels, poco antes de morir, al pensamiento de los filisteos reformistas, los partidarios de una vía al socialismo de la que la revolución sea eliminada o completamente a favor de la vía parlamentaria o, por lo menos, anestesiada (este es el uso que hacen de esto muchos oportunistas), atribuyendo a la participación en las elecciones burguesas un peso *estratégico* en lugar del peso meramente *táctico* sostenido por Engels. Cuando se habla de la *Introducción* como de un “testamento”, ya se está haciendo uso de esta *Introducción* que hemos enumerado como sexta: un texto evocado e inexistente que nada tiene que ver con Engels y con el marxismo.

## El uso habitual del texto evocado

La que hemos definido “*Introducción* n. 6”, el texto evocado, es no solo la única de las seis introducciones que es citada habitualmente por historiadores y políticos, sino también el texto más citado “de” Engels: ¡a pesar de que Engels no lo haya escrito nunca!

Una de las dos principales ediciones italianas en el mercado del libro de Marx y de la relativa *Introducción* engelsiana, aquella de Editori Riuniti, contiene un

ensayo de Angelo Bolaffi que afirma la teoría por la cual Engels habría querido asignar a la *Introducción* “el sentido de un real testamento político”, que contiene una “redefinición de las coordenadas estratégicas”<sup>[19]</sup>. En el amplio y detallado prefacio, Bolaffi sobrevuela sobre la verdadera historia del así llamado “testamento.” Solo en una breve “nota a los textos” hace referencia a las solicitudes de Fischer: pero olvida las respuestas de Engels y no hace ninguna mención a la sucesiva falsificación de Liebknecht ni al empleo de un texto mítico e inexistente repetido desde hace más de un siglo. Todo eso no es casual, porque Bolaffi sigue valiéndose del texto evocado como prueba del presunto cambio de “coordenadas estratégicas” que el viejo Engels habría obrado. De este modo, Bolaffi confirma las tesis generales que sostenía el PC italiano, en la época propietario de aquella casa editorial.

La otra edición importante en lengua italiana es aquella de la editora Einaudi hecha por Leandro Perini<sup>[20]</sup>. La amplia introducción de Perini no hace ninguna referencia a la cuestión de las falsificaciones. Solo una nota de pie de página habla de “correcciones y mitigaciones” hechas por Engels para satisfacer las preocupaciones de Fischer en relación con la amenaza de leyes antisubversivas” y se señala rápidamente la edición mutilada publicada por Liebknecht en el *Vorwärts*. También aquí, en todo caso, todo el hecho –que ha acompañado la historia de este libro y que ha atravesado y dividido al movimiento obrero por un siglo– es reducido a una aclaración en nota de pie de página que no le permite conocer al lector el manejo que se ha hecho del texto.

Podríamos continuar largamente, citando decenas de ediciones, en lenguas diferentes, del libro de Marx y la *Introducción* de Engels: el método empleado es el mismo: en algún caso por ignorancia de los editores, en otros casos porque minimizar las manipulaciones es funcional para legitimar la leyenda del “testamento”. Limitémonos a la principal edición en lengua portuguesa, en venta en el Brasil: la edición Boitempo (editorial que tiene en catálogo gran parte de los textos de Marx y Engels en portugués) dedica una nota de exactamente dos líneas para aludir a “partes borradas” por voluntad de la dirección del SPD. Las

<sup>[19]</sup> Se trata de la clásica edición de: *Karl Marx, Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, con la traducción a cargo por Palmiro Togliatti y varias veces reimpressa. Nosotros hemos consultado la edición de 1987.

<sup>[20]</sup> En la edición Einaudi de 1976 aparece con el título: *K. Marx, Revolución y reacción en Francia, 1848-1850*.

partes suprimidas, aquí como en los otros casos que hemos citado, son publicadas entre corchetes: pero no se llama la atención del lector sobre las manipulaciones padecidas por el texto ni sobre las condiciones en que fue escrito, no se perciben las diferencias importantes entre el original (sobre el cual, repetimos, Engels ya se había “autolimitado”) y el texto publicado. Tanto menos está claro al lector que el texto efectivamente utilizado en todos los debates, de Bernstein en adelante, es el texto que hemos definido “evocado”<sup>[21]</sup>.

Si consideramos que la mejor biografía de Engels, escrita por Ernest Mayer, de casi mil páginas, no explica la génesis y la turbulenta vida del texto engelsiano<sup>[22]</sup>, entendemos cómo por décadas los revisionistas de todo pelaje han tenido buen tino para utilizar a Engels en sostén de sus teorías: limitándose a “evocar” la *Introducción* de 1895.

Uno de los textos más conocidos en este sentido –y que ha hecho escuela, siendo sucesivamente retomado y citado centenares de veces en muchos libros– es el prefacio que en 1970 Lucio Colletti (en la época “marxista”, ¡y que en la vejez pasó ser senador de Berlusconi!) ha escrito para presentar el libro con el cual Bernstein experimentó por primera vez el uso distorsionado del texto de Engels. Colletti se distingue porque logra al mismo tiempo dar crédito a la leyenda del “testamento”, es decir de la “revisión” (inventada) de Engels al momento de su muerte, y a no decir una palabra sobre el proceso de “revisión” (este sí real) padecido por el texto. El todo sirve a Colletti para concluir que Engels habría indicado una “nueva perspectiva estratégica”, en la cual la revolución es reemplazada por las elecciones y la *Introducción* sería “un preámbulo no consciente” del revisionismo<sup>[23]</sup>.

Un caso aparte es la lectura de la *Introducción* hecha por Jacques Texier, uno de los más conocidos expertos franceses sobre el pensamiento de Marx, muerto

[21] En la edición Boitempo Editorial, de 2011.

[22] MAYER, G. *Friedrich Engels* (1936). En italiano solo existe una versión reducida, publicada por Einaudi, 1969. Hemos usado en todos los casos la versión integral de la traducción en español (de W. Roces), publicada por Ediciones Fce, 1978. La cuestión del texto de Engels es afrontada en las p. 857 y sgg., e incluso subrayando que la *Introducción* no contiene a ninguna “revisión” por parte de Engels, Mayer no provee ninguna indicación sobre las alteraciones que ha padecido el texto.

[23] El prefacio de Lucio Colletti es al libro de Bernstein, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, ver nota 2. El texto de Colletti también ha sido reeditado en su antología *Ideología y sociedad*, con el título: “Bernstein y el marxismo de la Segunda Internacional.” Se trata del texto más veces traducido en varias lenguas.

hace pocos años. Texier logra la empresa de reconstruir de modo más o menos correcto el proceso de la *Introducción* (de las solicitudes de censura de Fischer a la falsificación de Liebknecht) para luego concluir minimizando la importancia de estos cambios en la definición del texto y aceptando así la leyenda del “testamento” sobre la que basa toda una larga tirada anti-leninista<sup>[24]</sup>.

Parecida es la reconstrucción que en 1976 hace Steinberg, uno de los más importantes historiadores de la Segunda Internacional (de orientación reformista, cercano al SPD de la época). En su estudio principal, *El socialismo alemán de Bebel a Kautsky*, subraya una cosa verdadera: que las cartas de protesta de Engels se refieren a la publicación falsificada hecha por Liebknecht y no a la versión que finalmente aparece en el *Die Neue Zeit*<sup>[25]</sup>. Sin embargo, al precisar esto, Steinberg minimiza las anteriores censuras solicitadas por la dirección del SPD y aceptadas (en parte y con resistencias) por Engels. Sobre todo, no evidencia que la gran confusión suscitada alrededor del texto de Engels facilitó el empleo que hemos definido “evocativo” del texto como legitimación de una presunta conversión “parlamentarista” de Engels. La interpretación equivocada de Steinberg es paradójica, en especial si se considera que fue el propio Steinberg quien encontró y publicó en 1967 el carteo íntegro entre Fischer y Engels que aclara la historia.

## La verdadera reconstrucción de la historia

Antes de ver cómo la falsa reconstrucción de la historia de la *Introducción* continúa resistiendo hasta hoy, tenemos que señalar que existe un pequeño número de estudiosos que ha reconstruido correctamente el hecho. Entre las centenares de interpretaciones que hemos leído para preparar este artículo, entre ellas una gran cantidad de reconstrucciones falsas, con omisiones o alteradas, solo hemos encontrado a cuatro historiadores que ofrecen la reconstrucción verdadera (no excluimos que existan también otros historiadores informados sobre los hechos de que escriben, pero en proporción no superior a 1% de los textos dedicados a la cuestión).

<sup>[24]</sup> El texto de J. Texier está en Aa.Vv., *Friedrich Engels, savant et révolutionnaire*, actos del “Colloque Engels” organizado en París en 1995 (ediciones Puf, 1997). La misma interpretación de un Engels “revisiónista” y precursor de Bernstein también es retomada en el libro por Christian Saves, que incluso utiliza en este sentido la célebre *Introducción* engelsiana.

<sup>[25]</sup> Véanse las páginas 91 a 94 del libro de Steinberg, *El socialismo tedesco da Bebel a Kautsky* [*El socialismo alemán de Bebel a Kautsky*] (1976), Editori Riuniti, 1979.

El primero en hacerlo en detalle, en 1969, fue el sueco Bo Gustafsson en su monografía sobre el revisionismo, uno de los textos más importantes sobre la historia de la Segunda Internacional más veces traducido en varias lenguas<sup>[26]</sup>.

La mejor y más detallada reconstrucción de todo el turbulento hecho de la *Introducción* de Engels, sin embargo, está en la monumental obra del estudioso y militante de origen trotskista Hal Draper: *Marx's Theory of revolution* [*Teoría marxista de la revolución*], publicado a finales de los años setenta en los Estados Unidos, en las ediciones del *Monthly Review*<sup>[27]</sup>. Draper aclara cómo Bernstein, incluso sabiendo del carteo entre Engels y Fischer, y conociendo pues la verdad, aprovechó su papel de testamentario para ocultar por años una parte de los textos engelsianos (entre ellos la versión original de la *Introducción*), y así inventar la leyenda del “testamento.” El mérito de Hal Draper es haber aclarado también que la misma publicación de parte de Riazanov de la *Introducción* no cortada indujo, en todo caso, a muchos a confundirse entre el texto falsificado por Liebknecht (que suscitó la ira de Engels) y la versión mutilada por los cortes solicitados por Fischer. Una confusión que persiste y que también ha sido señalada por uno de los más recientes biógrafos de Engels, Manfred B. Steger<sup>[28]</sup>.

En tiempos más recientes, por fin, Hernan Ouvina, en una antología sobre los análisis marxistas del Estado, editados por Mabel Thwaites Rey, parte de una correcta reconstrucción de los hechos, que demuestra las profundas alteraciones que ha padecido la *Introducción* desde su génesis. Sin embargo, siguiendo la actitud casi unánime de los historiadores, también Ouvina en las conclusiones hace una voltereta lógica y atribuye al texto de Engels el valor de un texto “de cambio de rumbo” y lo lee como una especie de anticipación de Gramsci y de la sustitución de la “guerra de maniobra” por la “guerra de posición”, es decir, se une al ya espeso coro y le debita a Engels la renuncia a la conquista del poder por la insurrección y la revolución<sup>[29]</sup>.

<sup>[26]</sup> El libro de Bo Gustafsson fue publicado en Alemania en 1969. No existe en traducción italiana; hemos consultado el libro en la edición en español: *Marxismo y revisionismo*, ed. Grijalbo, 1974; las referencias al hecho que nos interesa están en p. 81 y sgg.

<sup>[27]</sup> DRAPER, Hal. *Marx's Theory of revolution*. *Monthly Review Press*, 1977-1990. El hecho del presunto “testamento” de Engels es reconstruido en el volumen V, “War & Revolution.”

<sup>[28]</sup> STEGER, Manfred B. “*Engels and the origins of german revisionism: another look*”, en: *Political Studies*, vol. 45, n. 2, junio de 1997, pp. 247-259. Steger señala la equivocación en que Paul Kellogg también ha incurrido, y a la que nos hemos referido.

<sup>[29]</sup> El ensayo de Hernan Ouvina, “Reforma y revolución. A propósito del ‘testamento político’ de Engels” se encuentra en Mabel Thwaites Rey (organizadora), *Estado y marxismo: un siglo y medio de debates* (Prometeo libros, 2007).

## La última batalla de Engels

Llegados a este punto de la historia, resta hacerse una pregunta: ¿eran necesarios estudios filológicos para convencerse de que Engels no quiso dejar un “testamento” que contuviera una abjuración del marxismo? Es decir, ¿era necesario que Riazanov publicara el texto original y que luego Steinberg publicara el carteo con Fischer? La respuesta es categóricamente negativa.

Y viceversa, para aceptar la leyenda del “testamento” era (y es) necesario ignorar no solo toda la obra teórica y la acción práctica de Marx y Engels, en cuya base, para repetir la cita de Lenin, está “la necesidad de educar sistemáticamente las masas en esta (...) idea de la revolución violenta”, sino que era y es necesario ignorar también todos los escritos de Engels de aquellos sus últimos años de vida.

Además de editar las obras de Marx, y en particular completar el segundo libro de *El Capital*, publicado en 1885, y el tercero, publicado en 1894, y de escribir algunos libros propios, Engels se volvió después de la muerte de Marx (1883) la principal guía de todos los partidos de la Segunda Internacional (fundada en 1889), el punto de referencia teórico al que apelaban los dirigentes para tener sugerencias políticas.

Eso se confirma por las dimensiones impresionantes de la correspondencia que tenía cotidianamente con Bebel y Liebknecht (principales dirigentes de la sección alemana), Paul Lafargue y su mujer Laura, hija de Marx (dirigentes de la sección francesa), Eleanor (otra hija de Marx) y Edward Aveling (dirigentes del movimiento en Inglaterra), y con los dirigentes de la sección austríaca, polaca, y los marxistas estadounidenses, rusos, italianos, y de muchas otras partes del mundo<sup>[30]</sup>.

Ahora, leyendo las cartas de Engels y los libros del último período no se encuentra ninguna huella de la presunta “revisión” que según 99% de los historiadores habría querido hacer con la *Introducción*. Por el contrario, se descubre que Engels era consciente de los riesgos de una desviación oportunista de la socialdemocracia y en particular estudió los primeros gérmenes del mal en el

<sup>[30]</sup> Para una primera rápida profundización sobre las batallas políticas de Engels, nos permitimos remitir a nuestro artículo “1895-2015, a 120 anni dalla morte di Friedrich Engels. Il generale della rivoluzione”, localizable en el sitio [www.alternativacomunista.org](http://www.alternativacomunista.org), y, traducido en español, portugués, francés e inglés, en el sitio [www.litci.org](http://www.litci.org).

partido más grande de la Segunda Internacional, el SPD, que estaba creciendo exponencialmente en términos políticos y electorales (hasta llegar a 20% de los votos en 1890) y que disponía de un aparato burocrático cada vez más grande, con centenares de electos en las instituciones, funcionarios, periodistas, como se dijo: "un Estado en el Estado."

Justo por esto, en 1891, en plena discusión sobre el nuevo programa que el SPD adoptaría en el congreso de Erfurt, Engels decide publicar en el *Die Neue Zeit* la inédita *Crítica del programa de Gotha* que Marx había escrito en 1875, cuando sobre bases confusas ocurrió la unificación de la socialdemocracia alemana<sup>[31]</sup>. La publicación del viejo texto de Marx, que contenía ásperas críticas a los dirigentes "marxistas" que sucumbían al reformismo de los lassallanos, suscitó la cólera de aquellos mismos dirigentes, a partir de Wilhelm Liebknecht (que contestó con un editorial en el *Vorwärts*, rechazando las críticas de Marx). Pero el viejo texto de Marx fue un instrumento útil, junto con el nuevo texto elaborado por Engels en aquellas semanas (y que quedó inédito hasta 1901): la *Crítica al proyecto de programa de Erfurt*, enviado a los dirigentes socialdemócratas y a Kautsky y Bernstein que, de hecho, reescribieron el programa tirando la primera prueba (aquella a la que se refiere precisamente la *Crítica*), logrando hacer aprobar en Erfurt el primer programa sobre bases sustancialmente marxistas aprobadas por un congreso de la socialdemocracia<sup>[32]</sup>. Lo esencial de la *Crítica* de Engels (como Lenin notará en *El Estado y la Revolución*) fue dirigida justo contra cada idea de gradualismo: ¿es pues creíble que poco después el "General", en guerra contra el oportunismo, se convirtiera a su vez al gradualismo?

Todos los demás textos de Engels de aquellos años, que no tenemos cómo examinar aquí, van en la misma dirección: todos son instrumentos para reforzar una batalla contra las primeras señales de oportunismo en el SPD<sup>[33]</sup>.

<sup>[31]</sup> ver nota 1.

<sup>[32]</sup> A menudo, el texto de Engels es leído como si fuera una crítica al programa aprobado en Erfurt que es por algunos indicado como el comienzo del reformismo; en realidad, la *Crítica* de Engels se refiere al primer esbozo que fue finalmente reescrito radicalmente por Kautsky y Bernstein siguiendo sus sugerencias. Por esto Lenin (en 1899) sostuvo que era necesario "imitar" el programa (en la versión concluida) aprobado en Erfurt. Véase: "Proyecto de programa de nuestro partido" en: *Obras completas*, Editori Riuniti, 1958, volumen 4, pp. 229 y sgg.

<sup>[33]</sup> Entre los textos de Engels escritos después de la muerte de Marx (1883) recordamos: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884); *Ludwig Feuerbach y el punto de arribo de la filosofía clásica alemana* (1886) en apéndice del que publicó las inéditas e importantes (cont....)

Desafortunadamente, la muerte (por un cáncer en el esófago) lo sorprende el 5 de agosto de 1895. La batalla que había iniciado será continuada, por un período, por Karl Kautsky (quien luego capitulará), y hasta el final por Rosa Luxemburgo, Lenin y Trotsky.

## El “filisteo socialdemócrata”

Algunos historiadores, incluso conociendo las presiones a que el grupo dirigente socialdemócrata había sometido a Engels para que modificara la *Introducción*, como hemos visto minimizan las diferencias entre el texto original y aquel efectivamente publicado en el *Die Neue Zeit*<sup>[34]</sup>. Para sostener esta interpretación es necesario, sin embargo, olvidarse de dos cosas: primero, del hecho de que la misma dirección del SPD consideraba el texto demasiado revolucionario (como lo demuestra la ya citada carta de Fischer del 6 de marzo); segundo, que prescindiendo de la interpretación de los dirigentes, la simple comparación del original con la “versión Fischer” publicada hace evidentes las diferencias cualitativas entre los dos textos.

Como ha explicado Riazanov al publicar el original, los cortes son pocos pero van todos en la dirección de desnaturalizar el sentido de lo que Engels había escrito. Engels escribe (aunque auto-censurándose) un texto que explica

---

(cont. <sup>[33]</sup>) *Tesis sobre Feuerbach* que Marx había escrito en 1845; la introducción a *La guerra civil en Francia*, de Marx, donde reivindica la Comuna como primer embrión de dictadura del proletariado; y luego un gran número de prefacios a las nuevas ediciones de sus obras o de Marx, o de ambos: en ninguno de estos textos aparecen señales de una voluntad de “revisar” el marxismo.

<sup>[34]</sup> Entre el texto escrito por Engels y la versión al fin publicada con sus “auto-enmiendas” hay en todo caso diferencias sustanciales, por ejemplo, en la parte donde está hablando de las barricadas. Engels escribió este pasaje, que luego suprimió. Citamos de la edición de Editori Riuniti: v. nota 19: “¿Quiere decir que ya en el futuro la lucha de calle no tendrá a ninguna función? Absolutamente no. Quiere decir solamente que desde 1848 las condiciones se han puesto mucho más desfavorables para los combatientes civiles, y mucho más favorables al ejército. Una futura lucha de calle podrá ser pues victoriosa solamente si esta situación desfavorable es compensada por otros factores. Ella ocurrirá por tanto más raramente al principio de una gran revolución que en el curso posterior de ella, y tendrá que ser llevada adelante con fuerzas mucho más grandes. Pero entonces estas, como ha ocurrido en el curso de la gran revolución francesa, y luego el 4 de septiembre y el 31 de octubre en París, preferirán el ataque abierto a la táctica pasiva de las barricadas”. Como se ve, no hay en Engels ningún gramscismo *ante-litteram* (a diferencia de cuanto es sostenido por Texier y muchos otros, v. nota 24); ninguna teorización de la “guerra de posición”.



cómo las innovaciones técnicas y militares aportadas después de 1848 requieren... nuevas tácticas para mejor afrontar las batallas en la calle. Se lee en cada línea el interés del “General” por las cuestiones militares: con precisas referencias a las modificaciones del armamento, del fusil sin estrías a percusión de 1848 al fusil a repetición de pequeño calibre “que tira cuatro veces más lejos y es diez veces más preciso”.

¡Qué rara conversión pacifista! En todo caso no hay ni en el original ni en la “versión Fischer” ninguna confianza en una vía parlamentaria al socialismo. Engels escribe:

*(...) las instituciones del Estado, en las cuales se organiza el dominio de la burguesía, todavía ofrecen otras municiones a través de las cuales la clase obrera puede combatir estas mismas instituciones estatales.*

Así, Engels es inequívoco: da una definición de Estado como Estado burgués (rechazando la idea reformista del Estado “neutral”) y luego precisa que en determinadas circunstancias (está pensando en la Alemania de ese período) es posible combatir el Estado burgués utilizando instrumentalmente el parlamentarismo.

Es esto lo que explica por qué Liebknecht no se conformó con los cortes hechos e hizo otros más profundos. Y esto explica también por qué los reformistas (de ayer y de hoy) prefieren no citar siquiera el ya recortado texto sino referirse sencillamente a uno inexistente, que evocan con el descarado título de “testamento”.

Como Engels escribió en un texto de aquellos mismos años, el prefacio de 1891 a la *Guerra civil en Francia*, de Marx:

*el filisteo socialdemócrata recientemente se ha sentido preso una vez más por el sagrado terror sintiendo la expresión dictadura del proletariado.*

Es un terror de hoy y de ayer: ¡no por acaso el editor (es decir, el partido) creyó bien reemplazar a la expresión “filisteo socialdemócrata” por el menos ofensivo (¡para los editores mismos!) “filisteo alemán”. Pero es de algunos dirigentes socialdemócratas que Engels estaba hablando, no de indeterminados “alemanes”.

## Marxismo y blanquismo

La atención de Engels en aquellas semanas de 1895 estaba dirigida a trabajos que consideraba más importantes que la *Introducción*, como el libro de Marx sobre las *Teorías de la plusvalía*, conocido también como “cuarto” libro de *El Capital* (y que sería publicado por Kautsky). Al mismo tiempo inició otros trabajos: sobre los escritos juveniles de Marx, sobre la correspondencia entre Marx y Lassalle, sobre la historia de la Internacional y, además, tenía en proyecto una biografía de Marx.

Cuando envía el texto de la *Introducción* a Fischer no imagina el uso que se hará de ella después de su muerte. Notamos pues, de paso, que es de verdad paradójico que la *Introducción* haya sido presentada por décadas como el punto de partida del gradualismo, olvidando que fue escrita para introducir justamente los textos de Marx en los que aparece por la primera vez la explícita expresión “dictadura del proletariado” (que estaba presente ya en el *Manifiesto*, pero solo como concepto).

Bernstein fue el primero (de centenares) en querer utilizar la *Introducción* para ver en esta una crítica de Engels a un presunto “blanquismo” del marxismo del '48 y los años de exordio del socialismo científico. Para defender esta tesis, Bernstein en primer lugar caricaturizó a Auguste Blanqui, de quien sin embargo Marx y Engels tuvieron gran consideración y al que definieron “cabeza y corazón del proletariado francés”. Desde entonces, siempre el reformismo (y el estalinismo) ha usado una caricaturesca imagen de Blanqui para rechazar junto con su “sustitutismo” de la clase el concepto mismo de partido de vanguardia, y para rechazar, junto con la reducción blanquista de la revolución a la insurrección (y de la insurrección a las barricadas), la revolución misma. Pero Marx criticaba el blanquismo como pensamiento de un revolucionario de otra época, de rasgos utópicos, mientras que Bernstein y los reformistas criticaron (y critican) a Blanqui *en cuanto revolucionario*<sup>[35]</sup>.

<sup>[35]</sup> Auguste Blanqui (1805 - 1881), extraordinaria figura de revolucionario intransigente, pasó la mitad de su vida en la cárcel, también fue preso durante la Comuna. Incluso con las diferencias de que hablamos en este artículo, en particular bien sintetizadas por Trotsky en las citas que reproducimos en el capítulo “Marxismo y blanquismo”, hace falta recordar que del blanquismo el marxismo retoma, y reelabora, el concepto de “dictadura” del proletariado tal como aquel de organización “centralizada”.

Es Trotsky, en *Terrorismo y Comunismo*, quien aclara la cuestión en polémica con Kautsky: los blanquistas, dice, "comprendían perfectamente la importancia del poder revolucionario y se guardaban bien, al plantear el problema de su conquista del poder, de respetar religiosamente los aspectos formales de la democracia". Y es esto lo que define un surco entre el heroico Blanqui y sus críticos reformistas. Pero los bolcheviques, añade, a diferencia de Blanqui, construyeron un partido arraigado en la clase obrera (no un grupo que la reemplazase), y vieron en la insurrección no un sustituto concentrado de la revolución sino su acto conclusivo<sup>[36]</sup>. Y es siempre Trotsky el que vuelve sobre el tema aclarando, indirectamente, la posición que Engels también expresa en el así llamado "testamento". Merece la pena hacer una larga cita, de la *Historia de la Revolución Rusa*:

*La insurrección es un arte y como todo arte tiene sus leyes. (...) El error de Blanqui consistía no en su teorema directo, sino en el recíproco. Del hecho que la incapacidad táctica condenaba al fracaso a la revolución, Blanqui deducía que la observación de las reglas de la táctica insurreccional era capaz por sí misma de asegurar la victoria. Solamente a partir de esto es legítimo oponer el blanquismo al marxismo. La conspiración no sustituye a la insurrección. La minoría activa del proletariado, por bien organizada que esté, no puede conquistar el poder independientemente de la situación general del país: en esto el blanquismo es condenado por la historia. Pero únicamente en esto. El teorema directo conserva toda su fuerza. Al proletariado no le basta con la insurrección de las fuerzas elementales para la conquista del poder. Necesita la organización correspondiente, el plan, la conspiración. Es así como Lenin plantea la cuestión.*

*La crítica de Engels, dirigida contra el fetichismo de la barricada, se apoyaba en la evolución de la técnica en general y de la técnica militar. La técnica insurreccional del blanquismo correspondía al carácter del viejo París, a su proletariado, compuesto a medias de artesanos; a las calles estrechas y al sistema militar de Luis Felipe. En principio, el error del blanquismo consistía en la identificación de revolución con insurrección. El error técnico del blanquismo consistía en identificar la insurrección con la barricada. La crítica marxista fue dirigida contra los dos errores. Considerando, de acuerdo con el blanquismo, que la insurrección es un arte, Engels descubrió no solo el lugar secundario de la insurrección en la revolución, sino también el papel declinante de la barricada en la insurrección. La crítica de Engels no tenía nada en*

<sup>[36]</sup> El tema de la comparación entre el blanquismo y el bolchevismo es afrontado por Trotsky en el tercer capítulo de *Terrorismo y Comunismo* (1920), Mimesis, 2011.

*común con una renuncia a los métodos revolucionarios en provecho del parlamentarismo puro, como intentaron demostrar en su tiempo los filisteos de la socialdemocracia alemana, con el concurso de la censura de los Hohenzollern. Para Engels, la cuestión de las barricadas seguía siendo uno de los elementos técnicos de la insurrección. Los reformistas, en cambio, intentaban concluir con la negación del papel decisivo de la barricada la negación de la violencia revolucionaria en general.*<sup>[37]</sup>

## Una leyenda difícil de romper

Quien esté realmente interesado en profundizar hoy el estudio de Engels cuenta con elementos de conocimiento (que les faltaron a Luxemburgo y a Lenin) que ya no justifican una lectura equivocada de la famosa *Introducción*.

Sin embargo, la leyenda del “testamento” es difícil de romper. Si tomamos en mano la reciente *Historia del marxismo* (en tres volúmenes) publicada hace pocos meses por Carocci, vemos que también un buen conocedor de Marx como Stefano Petrucciani insiste en una interpretación privada de fundamento cuando, incluso señalando las solicitudes de modificación de la dirección SPD y la siguiente falsificación de Liebknecht, concluye sosteniendo que la *Introducción* “fue ocasión para hacer emerger (...) los cambios que intervinieron en las concepciones políticas del propio Engels, que subrayó con fuerza la importancia de las batallas electorales y parlamentarias (...)”<sup>[38]</sup>

Pero las equivocaciones vuelven hasta en algunos estudiosos que incluso se oponen a la lectura de Engels convertido al reformismo. Damos dos ejemplos. El primero es Paul Kellogg que, en la prestigiosa revista *Science and Society*, en un artículo específicamente dedicado a aclarar el hecho del “testamento” en polémica con Colletti y con otras lecturas análogas, en lugar de aclarar la génesis del texto confunde los dos episodios distintos que hemos contado: las solicitudes de cortes hechas por Fischer (episodio que Kellogg parece no conocer), y

<sup>[37]</sup> TROTSKY, León. *Historia de la Revolución Rusa*, cita del capítulo “El arte de la insurrección”, pág. 1.067 y sgg., Mondadori, 1969. En la traducción al español hemos utilizado la cita de *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo II, Cap. XX, “El arte de la insurrección”, en: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1932/histrev/tomo2/hoja20.htm>. [Consultado : 19/12/2016].

<sup>[38]</sup> El juicio de Stefano Petrucciani está contenido en el ensayo “De Marx al marxismo por Engels”, publicado en la reciente (2015) *Historia del marxismo*, en tres volúmenes, publicados por Carocci (vol. I, p. 11 y sgg.).

los cortes practicados por Liebknecht a escondidas de Engels. ¡De veras paradójico para un artículo que quería aclarar la intriga!<sup>[39]</sup>

El segundo ejemplo concierne a un historiador brasileño, Valério Arcary. Merece la pena detenerse sobre este ejemplo porque aquí la paradoja es elevada a la máxima potencia: aunque Arcary asigna al tema del así llamado "testamento" una gran importancia por el uso que de ello se ha hecho en la historia del movimiento obrero, al punto de volver prácticamente sobre este tema con insistencia en todos sus libros, parece haberse quedado también él, desafortunadamente, víctima de las equivocaciones de esta enredada historia.

En *As esquinas perigosas da história* [Las esquinas peligrosas de la historia] (publicado en 2004, casi cuarenta años después de la publicación integral del carteo Engels-Fischer) es dedicado un capítulo específico al tema que nos interesa, pero el argumento retorna como hilo conductor de todo el libro<sup>[40]</sup>. Arcary polemiza correctamente con la lectura (que hemos citado) del francés Texier y rechaza la tesis de la *Introducción* engelsiana indicada como premisa del reformismo. Sin embargo, no explica los dos distintos episodios de manipulación que ha sufrido el texto, limitándose en una nota de pie de página a señalar que fue publicada con "cortes". La impresión es que está sobreponiendo los dos episodios distintos (las presiones de Fischer y la falsificación de Liebknecht).

Pero es en el siguiente libro de Arcary que la incompreensión del hecho se hace evidente y más grave. En efecto, en el libro de 2006, *O encontro da revolução com a História* [El encuentro de la revolución con la Historia], Arcary dedica al tema el capítulo central de la obra, titulado: "Controversias sobre la teoría de la revolución en el 'Testamento' de Engels". Es un capítulo que ocupa acerca de 50 páginas del libro: probablemente el análisis más amplio dedicado a la *Introducción* engelsiana entre los libros de historia de los últimos veinte años. Pero, en tanto el título deja esperar que le sea ofrecido al lector una definitiva explicación de las citadas "controversias", por el contrario, Arcary se limita a hablar de una edición cortada "por decisión de Bebel" (probablemente se está refiriendo al episodio del *Vorwärts*, confundiendo a Liebknecht con Bebel) pero

<sup>[39]</sup> El artículo de Paul Kellogg es "Engels and the Roots of 'Revisionism': A. Re-Evaluation" en: *Science and Society* n. 55, 1991.

<sup>[40]</sup> ARCARY, Valério. *As esquinas perigosas da história*, Ed. Xamà, 2004. La nota citada es de p. 280.

no hace mención alguna sobre el episodio anterior, es decir, la censura solicitada por Fischer. Más bien, el nombre de Fischer y el carteo con Engels (indispensable para comprender la *Introducción*) no aparece nunca en las cincuenta páginas dedicadas al tema, dejándonos la duda de que Arcary, aunque hablando de la *Introducción* en todos sus libros, haya incurrido de buena fe en el error de la interpretación predominante<sup>[41]</sup>. En todo caso, desafortunadamente, la fallida reconstrucción del hecho, que de por sí bastaría para refutar el mito del “testamento”, acaba incluso por debilitar la correcta polémica con las tesis en estilo Texier, porque Arcary se expone a la acusación de no conocer la materia sobre la que ha escrito muchas veces y por muchos años<sup>[42]</sup>. Aclaremos, en todo caso, que esto no quita en nada el interés que siempre mantienen los libros de este intelectual brillante.

## Conclusión

Fruto de la obra infatigable de los reformistas, auténticos falsificadores del marxismo, el así considerado “testamento” de Engels se ha convertido en una leyenda que, como todas las leyendas, se difunden sin ninguna necesidad de pruebas, tanto que hasta historiadores y estudiosos serios ya no logran distinguir, en el enredado hecho que hemos contado, lo falso de lo auténtico. Sin embargo, la verdad histórica demuestra –si acaso fuese necesario– que cuando aún hoy algún reformista o semi-reformista trata de usar la *Introducción* para encontrar en ella un salvoconducto para viejas y nuevas empresas oportunistas, conforme una presunta centralidad en las elecciones o la conquista de algún escaño en el gallinero del parlamento burgués, solo está tratando de engañar, tal como aquel “filisteo socialdemócrata” de que habló Engels hace más que un siglo. Porque hoy como ayer los filisteos siguen reconociéndose por su “subalternidad” en los gobiernos y el poder de la burguesía, por su “sagrado terror” frente a la perspectiva del poder de los trabajadores.

\*\*\*

[41] ARCARY, Valério. *O encontro da revolução com a História*, Ed. Xamà, 2006.

[42] El tema del “testamento” de Engels también es retomado por Arcary en su más reciente libro: *O martelo da história*, Ed. Sundermann, 2016. Pero incluso aquí el tema de las alteraciones del texto engelsiano no encuentra la necesaria explicación.

**Nota:** En las notas solo se citan los textos principales a que se hace referencia directa en el artículo.

## CONCIENCIA REVOLUCIONARIA Y PROGRAMA: LAS BASES TEÓRICAS DE LA ELABORACIÓN DE LENIN EN EL *¿QUÉ HACER?*

Marcos Margarido - Brasil

Las discusiones sobre qué es la conciencia de clase, sobre el papel de los revolucionarios en su objetivo de elevar la conciencia de la clase obrera a un nivel de conciencia revolucionaria, sobre cómo los partidos deben actuar para alcanzar este objetivo, se mezclan con el propio surgimiento del marxismo y los primeros escritos de Marx y Engels.

La caída del estalinismo, como un aparato mundial contrarrevolucionario, hace resurgir este tema con toda su fuerza. Asistimos, hoy, a la misma discusión que Marx, Engels, Lenin y Trotsky trabaron, cada uno en su tiempo, con los reformistas de sus épocas y también entre los revolucionarios.

Tal vez, una de las disputas más importantes alrededor de este tema haya sido hecha por Lenin, en el inicio de la organización de la socialdemocracia rusa, con la publicación de su libro *¿Qué hacer?*. Aun cuando el libro se haya vuelto famoso por haber presentado las bases teóricas de un “nuevo tipo de partido” –algo bastante cuestionable, pero que no abordaremos aquí–, o por haber lanzado un modelo de periódico necesario para la organización y centralización del partido –el organizador colectivo–, su contenido central gira en torno a la forma de actuación de los revolucionarios para dotar a la clase obrera de una conciencia revolucionaria.

No obstante, después de 116 años de la publicación de aquella obra<sup>[1]</sup>, no podemos decir que los revolucionarios<sup>[2]</sup> hayan asimilado este contenido central de la mejor forma. Nuestro objetivo, en este primer artículo, es abordar este tema a partir de las polémicas hechas por Lenin en el *¿Qué hacer?*, mostrando, también, sobre cuáles bases teóricas se apoyaba.

Adoptaremos la siguiente hoja de ruta:

- Parte I – exposición de tres posiciones relevantes para nuestra discusión, entre los oponentes de Lenin. Los autores del “Credo” (Kuskova y Prokopovich); el autor de la “Teoría de los Estadios” (Krichevsky); y Martinov, que propuso nuevas definiciones para “propaganda” y “agitación”.
- Parte II – breve exposición de las ideas centrales, en relación con el tema, de Marx, Engels y Kautsky, el principal mentor de la socialdemocracia alemana, en su fase revolucionaria.
- Parte III – la posición de Lenin, expuesta en el *¿Qué hacer?* y otros escritos de la época, en los cuales él polemiza con Kuskova/Prokopovich, Krichevsky y Martinov y defiende las mismas posiciones de Marx, Engels y Kautsky.
- Parte IV – Tercera Internacional, Trotsky y Moreno. La elaboración programática y su relación con la cuestión de la conciencia revolucionaria (a ser presentada en una futura publicación).

Muchas de las citas de este texto son del libro *Lenin Rediscovered* [*Lenin Redescubierto*], de Lars T. Lih, que hizo una recuperación exhaustiva de los trabajos de los personajes presentes en la obra de Lenin y del contexto en el cual el *¿Qué hacer?* fue escrito.

[1] El libro fue escrito entre finales de 1901 e inicios de 1902 y publicado en marzo, en Alemania.

[2] La discusión propuesta aquí es entre los camaradas que reivindican la necesidad de la revolución socialista mundial y la dictadura del proletariado como una transición al socialismo. No con los reformistas y neorreformistas.



## I – Los oponentes de Lenin en el *¿Qué hacer?*

### 1) El Credo – economicismo en forma pura

Elena Kuskova, autora del Credo, y Sergei Prokopovich eran una pareja de populistas (una antigua corriente rusa) que militó por algún tiempo en la socialdemocracia, hacia finales de 1890. En 1917, Prokopovich fue ministro de Abastecimiento del Gobierno Provisorio, y en 1922 la pareja fue deportada por el gobierno soviético.

Prokopovich se decía un herético del marxismo y consideraba a Bernstein el ala progresista del movimiento, aun cuando lo criticase por gastar mucho dinero intentando corregir la doctrina socialista. Para él, lo que debía ser rechazado era precisamente el hecho de que un partido sea guiado por una doctrina, esto es, el marxismo.

En 1899, Kuskova escribe el “Credo”, un manifiesto cuyo nombre no fue dado por ella y que no estaba destinado a ser publicado. Lenin y otros 16 socialdemócratas rusos exilados responden a Kuskova a través del texto “Una Protesta de Socialdemócratas Rusos”<sup>[3]</sup>, donde afirman que “nos sentimos obligados a... alertar a todos los camaradas contra este desvío amenazador a la socialdemocracia rusa del camino ya tomado por ella –la formación de un partido obrero independiente, inseparable de la lucha de clases del proletariado, y que tienen por objetivo inmediato la conquista de la libertad política”.

El “Credo”, que está publicado en la respuesta de Lenin y los otros, mencionada arriba, afirma que:

*En Rusia, la línea de menor resistencia nunca irá en la dirección de la actividad política... la lucha económica es difícil, infinitamente difícil, pero es posible –está, en realidad, siendo llevada a cabo por las propias masas obreras. Al acostumbrarse a la organización debido a estas luchas y al ser empujado cada minuto contra el régimen político, el obrero ruso finalmente creará algo que podamos llamar de una forma de movimiento obrero –creará la organización o las organizaciones que mejor se adapten a las condiciones rusas.*

Y termina afirmando:

<sup>[3]</sup> LENIN, V. I. “A protest of Russian Socialdemocrats” [“La protesta de los Socialdemócratas Rusos”], [www.marxists.org](http://www.marxists.org) (traducción nuestra).

*Cualquier conversación sobre un partido político obrero independiente es, en esencia, nada más que el producto de la transferencia de tareas extranjeras, resultados extranjeros, para nuestra tierra... Para el marxista ruso hay solo una conclusión: participación por la ayuda a la lucha económica del proletariado y participación en la actividad de oposición liberal.*

Para los marxistas “ortodoxos”, como Kuskova los llamaba, afirmar que no era posible construir un partido independiente de la clase obrera y que la socialdemocracia debería convertirse en el ala izquierda de la burguesía liberal, era claramente una herejía.

En relación con la conciencia de la clase, tampoco se quedaba atrás. Para Kuskova –y Prokopovich, que concordaba plenamente con ella– la movilización de la clase debía seguir la “línea de menor resistencia”, es decir, la lucha económica. Esta es llevada a cabo por la propia clase, de forma independiente del partido, que tendría el papel de ayudar apenas, desde afuera, para que las luchas fuesen victoriosas. Con el tiempo, y por costumbre, la propia clase pasaría a organizarse contra el régimen, pues cualquier lucha económica tenía que enfrentar la represión policial. Mientras tanto, la socialdemocracia debería contentarse con participar políticamente de las actividades de la oposición liberal, es decir, con aquella que era legalmente permitida.

Para estos autores, por lo tanto, el partido no tiene ningún papel en la construcción de la conciencia de la clase ni en la conciencia económica, y mucho menos en la política. La propia clase irá, por su propia experiencia –y costumbre–, y siguiendo la línea de menor resistencia, a avanzar en su conciencia. En otras palabras, la conciencia de la clase era siempre la conciencia presente y las luchas deben basarse en esa conciencia. Cualquier tentativa de la socialdemocracia de intervenir en esas luchas, para a través de ellas [hacer] avanzar el nivel de la conciencia de la clase– es decir, presentar la tarea de derrumbar la autocracia– es inútil. Se debe esperar a que la propia clase llegue a esa conclusión, sin ninguna intervención desde afuera.

El programa del partido, por lo tanto, debía contener solo objetivos inmediatamente realizables por la clase, lo que significaba que la consigna de “Abajo la autocracia” debería ser removida. Para ellos, “poner la socialización de los medios de producción en el programa, o hablar de un futuro Estado, es utopismo e infantilismo”<sup>[4]</sup>.

<sup>[4]</sup> Citado por Lars Lih, *Lenin Rediscovered* [*Lenin Redescubierto*], p. 223.

En resumen, el programa debería contener solo tareas de las cuales los obreros ya fuesen conscientes, pues la táctica es determinada por las circunstancias con “la precisión de un astrónomo”, y no por la elaboración consciente del partido.

Prokopovich afirma, en una carta publicada por Plejánov en su *Vademecum*, un dossier con textos de varios economistas:

*De la misma forma que la agitación económica comienza solamente cuando un movimiento de huelga comienza **por sí mismo** en la masa de los obreros (sin la participación inmediata de los intelectuales), también la agitación política solo puede ser iniciada cuando los propios obreros (sin el bacilo revolucionario de los intelectuales) comiencen la lucha contra la auto-cracia<sup>[5]</sup>.*

Nada puede ser más claro que esta afirmación. Plejánov responde de la siguiente forma:

*Los obreros, ¿saben siempre sus propios intereses [concretos y claramente percibidos] y su posición entre otras clases? [esta es una afirmación de Kuskova, nda]. Nosotros, los partidarios de la visión materialista de la historia, creemos que la respuesta es: **lejos de eso**. No dudamos que la **conciencia** de las personas es determinada por su **existencia social**. La existencia de nuevos aspectos de la realidad es la causa de un nuevo contenido de la conciencia. Pero, esa determinación de la conciencia por la existencia es un **proceso** de conjunto, que es completado en el curso de un período más o menos largo. Por esta razón, los obreros no siempre saben sus intereses reales...*

*El señor N. N. (Prokopovich) quiere decir que la conciencia de las masas siempre está atrás del desarrollo de las relaciones sociales. Esto es más o menos correcto. Pero, la única conclusión lógica que sigue es que el ‘bacilo revolucionario’ **debería usar todos los medios de que dispone para asegurar que la conciencia del obrero quede lo más próxima posible del desarrollo de las relaciones reales de una dada sociedad**. La tarea del bacilo es exactamente esta: **acelerar el desarrollo de la autoconciencia del proletariado**.<sup>[6]</sup>*

Esto es, los revolucionarios determinan su política por las relaciones sociales reales de una determinada sociedad, y no por la conciencia presente en la clase obrera, que siempre está atrás de esas relaciones. Al hacer eso, los revolucionarios avanzan el nivel de conciencia de la clase, no esperan que su conciencia avance por sí, por la experiencia y por la costumbre.

<sup>[5]</sup> Ídem, p. 225.

<sup>[6]</sup> Ídem, p. 226.

Pero, tal vez la frase que mejor defina a los economistas haya sido la de un alemán, discípulo de Berstein, llamado Eduard David, que en un congreso de la SPD de 1895 declaró: “*Revolucionar las mentes no comienza por la mente, sino por el estómago*”<sup>[7]</sup>.

## 2) Krichevsky y la “Teoría de los Estadios”

Boris Krichevsky era uno de los editores del periódico *Rabócheie Dielo*, portavoz del grupo *Unión de Socialdemócratas Rusos en el Exterior*, formado por revolucionarios rusos exilados. El primer número del periódico apareció en 1899, con una reseña muy elogiosa de un artículo anónimo llamado “Las Tareas de los Socialdemócratas Rusos”. El brillante joven autor fue llamado un “representante preeminente del movimiento socialdemócrata en Rusia” y buscaba claramente atraerlo para sus filas. No obstante, el autor, Lenin, prefirió juntarse al grupo “Emancipación del Trabajo”, dirigido por Plejánov.

En la primavera de 1901 (febrero/marzo), el movimiento obrero ruso entra en escena en apoyo a protestas estudiantiles contra la convocatoria obligatoria de estudiantes para el ejército, hecha por el gobierno. Estos eventos llevaron al *Rabócheie Dielo* a proponer una unificación con el grupo de Plejánov, que había lanzado el periódico *Iskra* y la revista teórica *Zarya* en 1900. Una conferencia realizada en Ginebra, en junio de 1901, aprobó una resolución conjunta que apuntaba a una nueva conferencia (realizada en octubre, en Zurich, y que terminó sin la unificación de los dos grupos), y reafirmaba los principios defendidos por el grupo Emancipación del Trabajo. La resolución comenzaba diciendo:

*Reconociendo los principios básicos del socialismo científico y actuando en solidaridad con la socialdemocracia revolucionaria internacional. Rechazamos cualquier tentativa de introducir el oportunismo en el movimiento de clase del proletariado, expresado por los llamados economicismo, bersteinianismo y millerandismo.*<sup>[8]</sup>

En otro fragmento, la resolución rechazaba la adopción de la “teoría de los estadios” y la idea de que la “socialdemocracia solo puede proponer tareas políticas

<sup>[7]</sup> Ídem, p. 225.

<sup>[8]</sup> Citado por Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered [Lenin Redescubierto]*, p. 303.

generales en su agitación solamente después que el proletariado haya atravesado estadios preliminares de una lucha exclusivamente económica y de una lucha por reivindicaciones políticas parciales”, y enfatizaba, también contra esta “teoría”, que la urgencia de la tarea de derribar la autocracia no debía ser olvidada por un minuto siquiera en todas las actividades de agitación y de organización.

¿Por qué los miembros de la *Iskra* exigieron la inclusión de esta condena a la “teoría de los estadios”, elaborada por Krichevsky en su artículo “Lucha política y económica en el movimiento obrero ruso”, publicado en *Rabócheie Dielo* n.º 7? Es lo que veremos a continuación.

Krichevsky intentaba establecer un método de acción del partido en el movimiento obrero. Él decía que la agitación del partido debía comenzar con la agitación puramente económica y pasar hacia “estadios” superiores, conforme el novel de conciencia de la clase (o de un sector) avanzase, hasta llegar a la agitación puramente política (es decir, el derrumbe de la autocracia). Según él:

*La lucha económica es la fuente de vida eterna de nuestro movimiento. Los estadios de transición en la actividad de nuestra organización son: agitación puramente económica, agitación política con una ligazón inmediata a las campañas económicas, en el inicio de reivindicaciones políticas inmediatas y después de nuestro programa político completo; la agitación política que no tiene una ligazón directa con las campañas económicas del proletariado o [con] sus intereses inmediatos – directo para la agitación relacionada a los problemas políticos generales de la actualidad, envolviendo al proletariado en su capacidad de ser el destacamento avanzado de todos los oprimidos en su lucha contra la autocracia.<sup>[9]</sup>*

Así, la teoría de los estadios defiende que la política socialdemócrata sea presentada en “dosis homeopáticas”, a partir de una serie de tácticas que pasan obligatoriamente por cada estadio en un orden invariable, de lo económico a lo político.

No es que él niegue, como los economistas, la acción del partido en el movimiento de masas. A la pregunta que él se hacía en su editorial, sobre cuál era el mejor medio de desarrollar la conciencia de clase y, consecuentemente, la conciencia política de las masas (vea que él diferencia correctamente conciencia de clase –la conciencia de sus intereses económicos– de la conciencia política de la clase), él responde:

<sup>[9]</sup> KRICHEVSKY, Boris. “Economic and Political Struggle in the Russian Workers’ Movement” [“Lucha Económica y Política en el Movimiento de Trabajadores Rusos”], *Rabócheie Dielo*, n.º 7.

*(...) quien quiera que pierda de vista la tarea esencial de la socialdemocracia –el desarrollo de la conciencia de clase [aquí en un sentido general, nda] del proletariado– y la tarea especial de la socialdemocracia rusa en el momento –la aceleración de la transición del movimiento espontáneo de las masas para un movimiento consciente, de clase– no es un socialdemócrata.<sup>[10]</sup>*

No obstante, acaba prescribiendo, con su teoría, el mismo método de acción de los economistas, esto es, a partir de las luchas económicas para llegar a las políticas:

*Puede decirse que, en Rusia, las huelgas tienen un significado mucho mayor en el crecimiento político de las masas que en cualquier otro país del mundo. Durante las huelgas, el gobierno zarista se ubica del lado de los propietarios de fábricas de forma tan clara, enfrenta a los huelguistas con una violencia brutal tan grande, que incluso el obrero más atrasado se hace receptivo a las ideas de la lucha política cuando pasa por el escuela de la huelga. Él siente en su propia piel una ligazón indisoluble entre la lucha por su interés económico inmediato, la lucha por la libertad política y la necesidad de derechos políticos como una consecuencia de sus intereses vitales, porque la ausencia de estos derechos vuelve muy difícil la lucha por mejoras de las condiciones de trabajo.*

Con poco cambios, este párrafo cabría en el Credo de los economistas. La cuestión aquí no es negar la caracterización, en general correcta, de que las masas comienzan a movilizarse por sus intereses económicos inmediatos y que los revolucionarios deben intervenir en esas luchas para hacer avanzar el nivel de conciencia de las masas. Sin embargo, al establecer estadios para ese avance de conciencia, primero el económico y después el político, él limitaba la acción revolucionaria de la socialdemocracia. Un sector obrero que hiciese huelga por primera vez y que nunca hubiese tenido choques con la policía, por ejemplo, tendría una “conciencia” puramente económica. Para ese sector, obligatoriamente, la socialdemocracia debería levantar apenas consignas económicas, dejando su tarea inmediata –el derrumbe de la autocracia y la conquista de la libertad política– para cuando su conciencia pasase por los demás estadios.

Además, él establece una “ligazón indisoluble” entre la lucha económica y la lucha política, lo que de ninguna manera es verdad, dejando a la socialdemocracia el papel de “acelerar” esa transición. Los economistas, en este aspecto,

---

<sup>[10]</sup> Ídem.

eran más coherentes. Ellos afirmaban que era perfectamente posible tener conquistas económicas durante el zarismo sin que, con eso, la clase alcanzase una conciencia política. Y aún más, incluso cuando se conquistase alguna libertad política, elecciones, por ejemplo, la clase podría continuar con una conciencia económica, pues la lucha por las libertades políticas era una tarea de la burguesía liberal, según los economistas.

Aun cuando de forma más sofisticada, Krichevsky defiende que la política socialdemócrata deba ser elaborada de acuerdo con la conciencia presente de la clase, y no según la necesidad dictada por las relaciones sociales reales entre las clases. Sin embargo, a diferencia de los economistas, la clase estaría separada en segmentos conforme el “estadio de conciencia” en que cada segmento se encontrase. Es decir, habría diferentes estadios de la conciencia presente en diferentes sectores de la clase, según las diferentes experiencias que cada sector tuviese.

*La instrucción de las masas, su esclarecimiento por medio de proclamaciones, periódicos y panfletos es, por sí solo, completamente inadecuado. Las masas son realmente esclarecidas por su propia experiencia de lucha que, en un primer momento, debe ser necesariamente una lucha económica. La agitación debería tener la tarea principal de dotar a las masas de esa experiencia, de empujarlas a la lucha donde fuera necesario y entonces –da lo mismo si ellas comienzan la lucha por cuenta propia o bajo la influencia de la agitación– hacer eso de la lucha para dar una explicación a las masas de su significado económico y político.<sup>[11]</sup>*

Guardemos, mientras tanto, esa definición de agitación y propaganda para cuando discutamos la definición de Martinov. Por ahora, la atención debe estar enfocada en la explicación de cómo la agitación económica es obligatoria y solamente ella puede llevar a las masas a comprender, a través de la propaganda –la explicación–, las raíces económicas y políticas de su lucha, pues ellas solo aprenden a través de su propia experiencia.

Este razonamiento queda aún más claro en la cita abajo. Luego de decir que el objetivo de la socialdemocracia es la educación política de las masas, Krichevsky concluye:

*Reivindicaciones políticas, no obstante, que son por su propia naturaleza las mismas para toda Rusia, deberían primeramente corresponder a la experiencia obtenida, por un deter-*

<sup>[11]</sup> Ídem.

*minado sector de obreros, de campañas económicas. Solo sobre la base de esa experiencia es posible y correcto ejecutar la agitación política y ampliar su contenido, repetimos, en proporción con al nueva experiencia.*<sup>[12]</sup>

Su teoría de los estadios intentaba armonizar las dos tendencias –economista y socialdemócrata– existentes, afirmando que no había dos tendencias, sino dos estadios de un misma lucha por la liberación de los trabajadores y, por lo tanto, corrientes que expresaban estos diferentes estadios. Cuando la lucha económica avanzase a la lucha política y, por lo tanto, los niveles de conciencia se igualasen en el mismo estadio de conciencia política, estas corrientes diferentes también se igualarían con una misma política para el movimiento.

Por eso, él decía:

*Miopes o ciegos son aquellos que ven diferentes tendencias en lugar de diferentes estadios de nuestro movimiento en localizaciones separadas. Sin embargo, todas nuestras organizaciones deben tener el objetivo de elevar el nivel [de conciencia] del movimiento en todas las localidades, de la forma más rápida posible, a través de eso acelerar nuestra unificación táctica. Nuestro partido debería estar unido tanto en la práctica como en su programa.*<sup>[13]</sup>

Si fuésemos a describir gráficamente la diferencia entre el entendimiento del avance de la conciencia de la clase por los economistas y por Krichevsky, podríamos decir que para los primeros la conciencia de la clase obrera es siempre económica, descrita por línea recta, mientras la conciencia política es otra línea recta, no obstante separada por un abismo de la primera. La socialdemocracia se limita a ayudar a la clase e sus luchas económicas y no tiene ningún papel en el avance de la conciencia de las masas, que ocurre espontáneamente.

Por otro lado, el esquema de Krichevsky es como una escalera con varios escalones, cada escalón correspondiente a un estadio de la conciencia del movimiento de masas. La subida a un escalón superior depende apenas de la experiencia del propio movimiento. El papel de la socialdemocracia es el de acelerar esa subida, o sea, reducir la altura de los escalones. Ella tiene un papel cuantitativo (acelerar), pero no cualitativo para el avance de la conciencia de la clase.

///

---

[12] Ídem.

[13] Ídem.



### 3) Martinov y la nueva definición de agitación y propaganda

Alexander Martinov se hizo marxista en 1899 en una prisión en Siberia y se juntó al *Rabócheie Dielo* cuando emigró a Europa, en el verano de 1901, en medio de las discusiones sobre la unificación de las dos organizaciones socialdemócratas rusas en el exilio. Según cuenta en su autobiografía, se colocó contra la unificación, a la cual Lenin consideraba, en carta a Akselrod (del 25 de mayo de 1901), un “paso gigante al frente”. Se hace miembro del partido bolchevique después del termidor estalinista, y brazo derecho de Stalin en la III Internacional burocratizada, siendo el responsable por la política de alianza con el Kuomintang en China.

En su artículo “Literatura de denuncia y lucha del proletariado”, publicado en *Rabócheie Dielo* n.º 10, con críticas a la *Iskra* para impedir la unificación, embiste contra los conceptos tradicionales de Plejánov<sup>[14]</sup> sobre propaganda y agitación. Para Martinov:

*De la misma forma [que las luchas obreras se desarrollaron, nda], las tareas de agitación se hicieron más complejas, las diferencias entre agitación y propaganda ahora deben ser definidas de una manera diferente que la de Plejánov. Por propaganda, entendemos el esclarecimiento revolucionario de todo el actual sistema o de sus manifestaciones parciales –no importa que sea hecha en una forma accesible a algunos individuos o al público en general– por agitación, en el sentido estricto de la palabra, nosotros entendemos el llamado a las masas para algunas acciones concretas definidas, que lleven a la intervención revolucionaria inmediata del proletariado en la vida de la sociedad”.*<sup>[15]</sup>

Martinov propone, por lo tanto, una “división de tareas” entre propaganda y agitación. Agitación son consignas que movilicen a las masas al proponer acciones concretas por las cuales luchar. Por otro lado, propaganda es la explicación, para pocas o muchas personas, de cómo el sistema capitalista funciona.

Para Martinov, lo que la *Iskra* llama de “agitación política” –el uso de ejemplos de opresión para denunciar la autocracia– no será más que propaganda,

<sup>[14]</sup> En resumen, para Plejánov, propaganda es pasar muchas ideas a pocas personas, y agitación, pocas ideas a muchas personas.

<sup>[15]</sup> Martinov, Alexander. “Exposure Literature and Proletarian Struggle” [“Literatura de Denuncia y Lucha del Proletariado”], *Rabócheie Dielo* n.º 10.

pues no propone ninguna acción inmediata. Aún cuando concuerde que la caída de la autocracia deba ser el objetivo de lucha de la socialdemocracia y objeto de las más amplia *propaganda*, la *Iskra* está para él, casi completamente confinada a la propaganda, al pregón abstracto de ideas revolucionarias, preocupada por denunciar el régimen respecto de sus atrocidades contra todas las clases sociales. Es decir, la táctica de la *Iskra* es unilateral, pues no se preocupa con la movilización de las masas contra la autocracia y, “a pesar de sembrar tanto odio y descrédito contra ella, no alcanzaremos nuestro objetivo mientras no conseguimos desarrollar las fuerzas sociales activas requeridas para su derribo”.

Esta fuerza social activa es el proletariado, que solo puede desarrollarse a través de la movilización alrededor de las consignas que prometen “resultados tangibles”. ¿Cuál es el carácter de esas consignas? Dejemos que él lo explique, en esta larga citación:

*Nosotros, socialdemócratas, somos representantes del proletariado. Por lo tanto, nosotros estamos obligados, no solo a apuntar lo que impide la realización de sus intereses, sino también estamos constantemente obligados a presentar algo positivo, a formular reivindicaciones inmediatas e indicar los medios para su conquista... Los obreros están siempre dispuestos a la lucha, porque tanto las necesidades materiales como la persecución social golpean a sus puertas sin cesar y los empujan a la lucha... Bajo condiciones normales, los obreros que comienzan luchas económicas no irán, y no deberían, desistir de ellas los socialdemócratas contribuyeron mucho para el avance de esas luchas económicas. Ahora, la tarea de cómo conferir un carácter político a esas luchas económicas está frente a ellos... Nuestro partido debería ser capaz de presentar reivindicaciones concretas de medidas legislativas y administrativas contra la explotación económica. Tales demandas no cayeron en el vacío porque, al prometer resultados definidos tangibles, ellos serían apoyados activamente por las masas obreras.<sup>[16]</sup>*

Martinov aún afirma que el choque de los trabajadores con el gobierno alrededor de tales “demandas económicas concretas” elevaría el tono revolucionario de las masas y que la presentación de tales demandas solo debe ser hecha porque el gobierno puede “hacer concesiones en la esfera *económica*” y no la política. “Por lo tanto, no deberíamos parar de exigir medidas económicas radicales del gobierno ni parar de denunciar su inoperancia en todos los sentidos”.

Por fin, un pasaje que motivó la crítica de Lenin debe ser mencionada:

<sup>[16]</sup> Ídem.

*La lucha económica de los obreros contra los patrones y el gobierno tiene, además de su significado revolucionario inmediato, un significado mayor que lleva a los obreros a cuestionar su propia falta de derechos... Las tácticas de agitación no pueden, por lo tanto, usar esa opresión para presentar demandas políticas parciales, sin asociar esas últimas a la necesidad de cambiar todo el régimen autocrático, pues eso significaría apenas liderar a los trabajadores en una dirección equivocada. Por otro lado, tácticas de agitación pueden usar esa opresión para excitar la resistencia y la protesta de las masas trabajadoras contra exhibiciones individuales de arbitrariedad administrativa y contra represalias gubernamentales.*<sup>[17]</sup> [el detacado en negrita corresponde a la itálica del autor; esta es una de las frases predilectas de Lenin en su crítica]

Martinov desarrolla una mezcla de economicismo con oportunismo. Desarrolla el mismo razonamiento que los economistas al decir que la lucha económica es revolucionaria por sí sola y que la autocracia puede hacer concesiones económicas, pero que solo servirían para desacreditarla, pues ellas siempre serían insuficientes. Y desarrolla el mismo razonamiento que Krichevsky (sin embargo, bajo otro punto de vista) al decir que la lucha económica lleva necesariamente a la lucha política.

Sin embargo, innova en dos aspectos. El primero, ya comentado, es separar la agitación de la propaganda. La agitación debe ocurrir solo en torno a exigencias económicas (que, automáticamente, llevarían a las cuestiones políticas). Agitar demandas políticas parciales es un error, pues estas solo pueden ser hechas si fueran asociadas a la necesidad de cambiar el régimen. Y esta asociación está reservada a la propaganda. La agitación contra la opresión solo es admisible en casos puntuales, contra arbitrariedades individuales o represalias del gobierno. Cualquier agitación que lleve a los obreros a la confrontación política directa “significa liderar a los trabajadores en una dirección equivocada”.

El segundo aspecto está ligado al oportunismo parlamentario y a las llamadas “medidas propositivas”. No se puede solo denunciar el gobierno, como hace la *Iskra*, es necesario hacer reivindicaciones “legislativas y administrativas” por la positiva, que prometan “resultados tangibles”, inmediatos y concretos, esto es, posibles de ser alcanzados. Esto va a movilizar a los obreros y, como la lucha económica es revolucionaria por sí sola y las concesiones económicas solo servirían para desgastar el régimen, basta hacer eso para “conferir un carácter político a las luchas económicas”.

<sup>[17]</sup> Ídem.

La *Iskra* entiende eso, según él, “pero transformó la propaganda en un principio”. Es decir, defiende la necesidad de la caída de la autocracia en toda y cualquier lucha, tanto en la agitación como en la propaganda.

## II – Marx, Engels, Kautsky

Después de analizar las concepciones de los oponentes de Lenin en el *¿Qué hacer?*, vamos a verificar las bases sobre las cuales Lenin construyó su concepción. Puede parecer extraño a algunos la inclusión de Kautsky entre aquellos responsables por la formación teórica de Lenin. Eso porque nos acostumbramos a aceptar la leyenda contada por el estalinismo de que Lenin rompió con la socialdemocracia alemana y Kautsky al escribir aquel libro, construyendo un nuevo tipo de partido y desarrollando el concepto de centralismo democrático de manera acabada.

Sin embargo, además de Plejánov en Rusia, el joven Lenin, que comenzaba su militancia, tenía a Kautsky en altísima consideración, como confirma Trotsky en dos artículos: “Saquen las manos de Rosa Luxemburgo” y “Obituario a Kautsky”. Lenin era un socialdemócrata, participaba del movimiento internacional de la socialdemocracia, la II Internacional, y quería construir un partido socialdemócrata en Rusia a partir del modelo alemán. Todo el *¿Qué hacer?* Está impregnado de esta idea.

Tal vez el pasaje más famoso del *¿Qué hacer?* Al respecto, es relativa a nuestro tema, sea la citación en la cual Kautsky afirma que el socialismo científico llega a la clase obrera desde afuera, a partir de intelectuales venidos de la burguesía.<sup>[18]</sup> Kautsky no hizo más que repetir el *Manifiesto Comunista* en este pasaje, pero esto fue muy aprovechado para decir que Lenin quería “imponer” sus ideas como algo venido de afuera, extraño a la clase obrera.

Por eso, vamos a analizar la misma idea desde otro ángulo, también ampliamente utilizado por los autores en análisis, y por Lenin, como veremos en breve.

<sup>[18]</sup> La cita es: *Entonces, la conciencia socialista es algo introducido en la lucha de la clase obrera desde afuera y no algo que surge en ella espontáneamente... no habría necesidad de esto [es decir, de la tarea de la socialdemocracia, de imbuir en el proletariado la conciencia revolucionaria] si la conciencia surgiese por sí misma de la lucha de clases.* [www.marxists.org](http://www.marxists.org) [traducción nuestra]

Es la idea de la *fusión de socialismo científico con la clase obrera*. Es decir, al tener contacto con el marxismo, a través del partido, la clase obrera se apropia de esta teoría y da un salto en su conciencia al entender a la necesidad de la revolución social.

Esta idea es importante, pues muestra cómo los primeros marxistas pensaban que la clase obrera podría dotarse de una conciencia revolucionaria que, por sí sola nunca tendría, aun cuando fuese una clase objetivamente revolucionaria, debido a su posición social en la sociedad capitalista.

Según Lars Lih, la primera manifestación de esa idea apareció en *La condición de la clase obrera en la Inglaterra* de Engels, en el siguiente pasaje:

*Verificamos, así, que el movimiento obrero está dividido en dos fracciones: los cartistas y los socialistas. Los cartistas son de lejos los más atrasados teóricamente y menos evolucionados, pero ellos son proletarios auténticos, de carne y hueso, y representan legítimamente el proletariado. Los socialistas tienen horizontes más amplios, presentan propuestas prácticas contra la miseria, pero provienen originalmente de la burguesía y, por eso, son incapaces de amalgamarse con la clase obrera. **La fusión del socialismo con el cartismo, la reconstitución del comunismo francés en moldes ingleses, será la próxima etapa y ella ya está en curso.** Cuando ella estuviera realizada, la clase obrera será la señora [intelectual<sup>[19]</sup>] de Inglaterra. Hasta allá, el desarrollo político y social seguirá su curso, favoreciendo este nuevo partido, este progreso del cartismo.<sup>[20]</sup> [el destacado en negrita corresponde a la itálica del autor]*

El nuevo partido, un progreso del cartismo, representante auténtico de la clase obrera inglesa, sería el resultado de la fusión de estos con los socialistas, dotados de principios teóricos más definidos –pero todavía premarxistas–, con propuestas de lucha contra la miseria causada por el capitalismo. Para Engels, la teoría de los socialistas, incapaces de amalgamarse con la clase obrera, solo sería concretada si estos consiguiesen fundirse con los cartistas, incapaces de desarrollar un sistema teórico de lucha contra el capitalismo. Así, el comunismo francés (que venía desde Babeuf, según nos cuenta Francesco Ricci<sup>[21]</sup>) podría ser implantado en Inglaterra.

Esta idea puede ser perfeccionada luego del encuentro de los dos futuros amigos, e introducida en el *Manifiesto Comunista*.

<sup>[19]</sup> Palabra adicionada por Engels en una edición posterior.

<sup>[20]</sup> ENGELS, Friedrich. *A Condição da Classe Operária na Inglaterra* [*La condición de la clase obrera en Inglaterra*]. Ed. Boitempo, p. 271.

<sup>[21]</sup> Ver, por ejemplo, la revista *Marxismo Vivo* n.º 8, setiembre de 2017, edición en castellano.

*Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses diferentes de los intereses del proletariado en general. no proclaman principios particulares, según los cuales pretendan moldear al movimiento obrero.*<sup>[22]</sup>

Es decir, los comunistas estaban “amalgamados” con el movimiento obrero, no eran extraños a él ni pretendían moldearlo según principios diferentes de aquellos que él profesaba. Pero, “del mismo modo que otrora una parte de la nobleza pasó para la burguesía, en nuestros días una parte de la burguesía pasa para el proletariado, especialmente la parte de los ideólogos burgueses que llegaron a la comprensión teórica del movimiento histórico en su conjunto”<sup>[23]</sup>

Y, en *Del Socialismo Utópico al Científico*, Engels define esta tarea en el último párrafo del libro:

*Realizar este hecho histórico mundial, este es el llamado histórico del moderno proletariado. La tarea de la expresión teórica del movimiento obrero –el socialismo científico– es explicar sólidamente las condiciones históricas de este hecho y, por lo tanto, su naturaleza propia. Haciendo esto, el socialismo científico llevará las condiciones y la naturaleza de la propia acción del proletariado a la conciencia de una clase que, a pesar de oprimida hoy, es llamada a esta grande acción.*<sup>[24]</sup>

Una vez más, la clase oprimida llegará a tener conciencia de clase y, así, realizará un hecho histórico mundial (la supresión de la sociedad de clases) por la acción de su expresión teórica, el socialismo científico. Si en *Condiciones de la Clase Obrera en Inglaterra*, Engels esperaba que la fusión de los socialistas burgueses con el cartismo pudiese resultar en un partido de la propia clase obrera, volviéndola la “señora intelectual de Inglaterra”, aquí esta tarea solo puede ser realizada por los partidos marxistas –portadores del socialismo científico– que Marx y él mismo pasaron la vida construyendo y, en el momento de escribir este texto, tomaba cuerpo en el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) que experimentaba un crecimiento vertiginoso en pleno período de clandestinidad. ¡Un progreso considerable de la fusión de la práctica con la teoría, en la construcción de un partido obrero marxista!

<sup>[22]</sup> MARX, K., ENGELS, F. *Manifiesto del Partido Comunista*, Ed. Boitempo, p. 51.

<sup>[23]</sup> Ídem, p. 49.

<sup>[24]</sup> ENGELS, Friedrich. *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*, 1880. El texto formaba parte de una obra mayor, conocida hoy como *Anti-Dühring*, escrita entre 1876 y 1878, *ndt*.

Y ese partido tenía, como principal teórico a Karl Kautsky, que escribió una obra muy apreciada por Lenin, *La Lucha de Clases (Programa de Erfurt)*, en 1892. En esta obra, Kautsky explica el programa de Erfurt, el primer programa de aquel partido basado totalmente en las concepciones de Marx y Engels, y escrito con la colaboración activa de Engels, y explica –lo que es de nuestro interés– cómo se da esa fusión de la teoría marxista con la clase obrera. Es decir, cómo la clase obrera adquiere conciencia de su misión histórica, opuesta a la conciencia burguesa.

*Obreros calificados y no calificados fueron gradualmente el sector de la clase obrera que se pone en movimiento, el **movimiento obrero**. Es la parte del proletariado que lucha por los intereses comunes de su clase, su “iglesia luchadora”. Este sector crece a costas de la arrogante aristocracia obrera, fundada en su egoísmo, y del “populacho” indiferente, el sector inferior del proletariado asalariado que vegeta en la falta de esperanza y de poder.*

*Nosotros asistimos al crecimiento constante de la **clase obrera**; nosotros sabemos también que eso se volverá aún más decisivo para las demás **clases trabajadoras**, cuyas condiciones de vida y formas de pensar y sentir se hacen cada vez más influenciadas por ella. Actualmente, vemos que, en esa masa obrera creciente, el sector de lucha crece no solo absolutamente sino también proporcionalmente. No importa cuánto el proletariado crezca, su sector de lucha crece aún más rápidamente.*

*Pero, el **proletariado de lucha** es de lejos el sector más importante y productivo para el reclutamiento por la socialdemocracia. La socialdemocracia no es nada más que la parte del proletariado de lucha que es consciente de su objetivo. Por eso, el proletariado de lucha tiende a ser cada vez más sinónimo de la socialdemocracia; en Alemania y en Austria, en realidad, los dos de tornaron uno.<sup>[25]</sup>*

Vemos que el programa de Erfurt desprecia la aristocracia y los sectores más atrasados (populacho indiferente) como fuente de crecimiento del movimiento obrero. El proletariado de lucha (vanguardia) es el sector de reclutamiento de la socialdemocracia. Esta tiende a absorber a toda la vanguardia, como ya ocurría en Alemania y Austria.

Ya las clases trabajadoras, esto es, los asalariados fuera de la clase obrera, son influenciados en sus condiciones de vida, su pensamiento y sentimiento por la clase obrera. Para Kautsky:

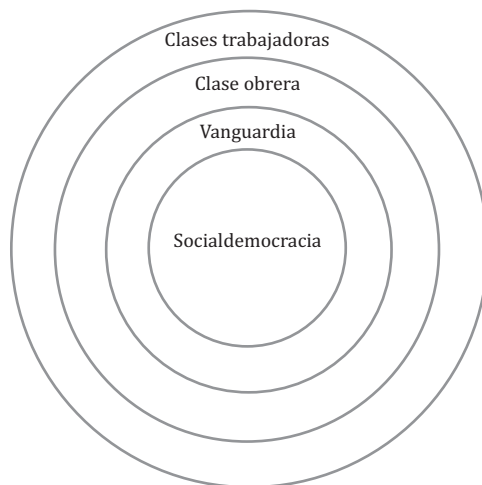
<sup>[25]</sup> KAUTSKY, Karl. “Class Struggle (Erfurt Program)” [“Lucha de Clases (Programa de Erfurt)”], [www.marxist.org](http://www.marxist.org) (traducción nuestra).

*(...) gracias a la industria mecanizada, hay en el proletariado un sentido teórico, una capacidad para grandes problemas y objetivos que se encuentran más allá del reino de sus intereses inmediatos, que no se encuentran en otras clases trabajadoras arriba y debajo de ella.*<sup>[26]</sup>

La socialdemocracia debe partir de la vanguardia de la clase obrera para construirse, para conseguir la fusión del socialismo científico con el movimiento obrero, pues solo esta posee una capacidad para tener conciencia de sus objetivos históricos. Cabe a la socialdemocracia proveerla de esa conciencia. Entonces, los demás asalariados serán influenciados por la clase obrera y, luego de ganar para sí a la clase obrera, la socialdemocracia se hará “cada vez más un partido nacional –esto es, un partido del pueblo, en el sentido de que sea el representante no solo del proletariado industrial sino de todos los proletarios y explotados– y por lo tanto, de la gran mayoría de la población, que es comúnmente llamado ‘el pueblo’”.<sup>[27]</sup>

Basado en esa descripción del crecimiento ideal de la socialdemocracia, Lars Lih<sup>[28]</sup> hizo un gráfico de lo que él llama “círculos de conciencia”, que es interesante para nuestra discusión.

## Círculos de conciencia



<sup>[26]</sup> Ídem.

<sup>[27]</sup> Ídem.

<sup>[28]</sup> LIH, Lars T. *Lenin Rediscovered: What Is to Be Done? in Context* (Historical Materialism, 9) [*Lenin Redescubierto: ¿Qué hacer? en Contexto* (Materialismo Histórico, 9)], 2006.



Así, la socialdemocracia crece fundiéndose con la vanguardia, es decir, dándole conciencia de su misión histórica, que crece dentro de la clase obrera y esta influencia a las demás clases trabajadoras, hasta que la socialdemocracia se torne un “partido nacional”, un partido de todos los asalariados. Kautsky resume así esta idea:

*En resumen, la conclusión de nuestra discusión se da de la siguiente forma: el portador del movimiento socialista es el sector de lucha del proletariado industrial que obtuvo una conciencia política. Cuanto más la influencia de este proletariado sobre el sector próximo a él aumenta, y cuanto más el pensamiento y emociones de este sector son influenciados, tanto más ellos serán arrastrados al movimiento socialista.*

No existen aquí escalones de niveles de conciencia o separación entre conciencias económica y política del proletariado, sino la conciencia socialdemócrata, concretada en propaganda, agitación, consignas, etc. Por eso, “*la tarea de la socialdemocracia es hacer a la lucha de clases del proletariado ser consciente de su objetivo y ser capaz de escoger los mejores medios de conquistar ese objetivo*”.

### III – Lenin

Creemos que es esta la misma visión de Lenin, que buscó educar e influencias a la socialdemocracia rusa en este espíritu, combatiendo todas las concepciones economicistas de estadios de niveles de conciencia que existían en la época y que, la verdad, reflejaban el sentido común de la vanguardia obrera.

Antes de entrar en la respuesta de Lenin a los economistas, debemos verificar si la afirmación arriba es correcta. Para eso, haremos algunas citas de textos de Lenin, anteriores al *¿Qué hacer?*.

En “Nuestra tarea inmediata” (1899), Lenin reafirma la idea de Marx en el *Manifiesto Comunista*, expresada en la formulación de “fusión del socialismo con la clase obrera” de Kautsky, o, en otras palabras, de que el socialismo científico viene desde afuera de la clase obrera.

*La socialdemocracia no se limita simplemente a servir al movimiento de la clase obrera: ella representa “la combinación del socialismo con el movimiento de la clase obrera” (para usar*

*la definición de Karl Kautsky, que repite las ideas básicas del Manifiesto Comunista). La tarea de la socialdemocracia es llevar los ideales socialistas para el movimiento espontáneo de la clase obrera, conectar este movimiento con las convicciones socialistas que deberían alcanzar el nivel de ciencia contemporánea, conectarlo con la lucha política regular por la democracia como medio de conquistar el socialismo –en una palabra, fundir ese movimiento espontáneo en un todo indestructible con la actividad del partido revolucionario.<sup>[29]</sup>*

Más claro, imposible. La tarea de la socialdemocracia no se limita a las luchas económicas de la clase (“servir al movimiento de la clase obrera”) sino participar de esas luchas para fundir, o combinar, esas luchas con el socialismo científico, con el marxismo (la ciencia contemporánea) y para que su movilización vaya en dirección al socialismo (siendo la democracia, es decir, la caída de la autocracia, el medio para alcanzarlo). No obstante, eso solo es posible a través de la actividad del partido revolucionario, pues el movimiento espontáneo (de luchas económicas) nunca llegará al socialismo por sí solo. Por eso, la fundación del Partido Obrero Socialdemócrata ruso “es el mayor paso dado por el movimiento obrero ruso en su fusión con el movimiento revolucionario ruso”.<sup>[30]</sup>

Consecuentemente, al intervención del partido se da exclusivamente en la clase obrera, como afirma Lenin en “Las Tareas de los Socialdemócratas Rusos”, de 1897:

*Nuestro trabajo está dirigido principalmente a los obreros urbanos industriales. La socialdemocracia rusa no debe disipar sus fuerzas. Debe concentrar sus actividades en el proletariado industrial, que es más susceptible a las ideas socialdemócratas, más desarrollado intelectualmente y políticamente y, lo más importante, debido a su número y concentración en los grandes centros políticos del país. La creación de una organización revolucionaria durable entre los obreros urbanos industriales es, por lo tanto, la primera y más urgente tarea que la socialdemocracia enfrenta...<sup>[31]</sup>*

Aquí, Lenin reafirma la idea de que es en la clase obrera (en su vanguardia) que los revolucionarios deben intervenir para construir el partido, porque son

<sup>[29]</sup> LENIN, V. I. *Our Immediate Task*, [Nuestra tarea inmediata], [www.marxists.org/archive/lenin/works/1899/articles/arg3oit.htm](http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1899/articles/arg3oit.htm) (traducción nuestra)

<sup>[30]</sup> LENIN, V. I. *A Retrograde trend in Russian social-democracy* [Una tendencia retrógrada en la socialdemocracia rusa], [www.marxists.org/archive/lenin/works/1899/dec/trend.htm](http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1899/dec/trend.htm). (traducción nuestra)

<sup>[31]</sup> LENIN, V. I. *The Tasks of the Russian Social-Democrats* [Las tareas de los socialdemócratas rusos], [www.marxists.org/archive/lenin/works/1897/dec/31b.htm&prev=search](http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1897/dec/31b.htm&prev=search) (traducción nuestra).

“más susceptibles a las ideas socialdemócratas” y más desarrollados intelectual y políticamente. Es decir, más receptivos a la “fusión de nuestras actividades con las cuestiones prácticas cotidianas de la vida de la clase obrera”.<sup>[32]</sup>

Pero, no para ahí. Afirma que los demás sectores explotados y oprimidos de la sociedad rusa deben ser influenciados políticamente por el partido, no directamente sino por los propios obreros, que está en contacto directo con los demás trabajadores y con el campesinado pobre. Es la misma idea de Kautsky, de “extender” la conciencia socialdemócrata a las demás clases asalariadas, ejemplificado gráficamente por los círculos de la conciencia:

*Pero, aunque reconozcamos la necesidad de concentrar nuestras fuerzas en los obreros industriales y oponernos a la disipación de nuestras fuerzas, no queremos sugerir que los socialdemócratas rusos ignoren otros estratos del proletariado y de la clase trabajadora rusos. Nada de ese género. Las propias condiciones de vida de los obreros industriales rusos muchas veces los obligan a trabar relaciones más próximas con los artesanos, con el proletariado industrial diseminado fuera de las [grandes] fábricas en ciudades y aldeas y cuyas condiciones son infinitamente peores. El obrero ruso también entra en contacto directo con la población rural (muchas veces su familia vive en el campo) y, consecuentemente, él no puede dejar de entrar en contacto con el proletariado rural, con muchos millones de trabajadores agrícolas y jornaleros y también con los campesinos arruinados que, al apegarse a sus tierras miserables, precisan resolver sus deudas y asumir todo tipo de “empleos casuales”, o sea, también son trabajadores asalariados”.*<sup>[33]</sup>

¿Cómo se da en la práctica la intervención del partido? A través de la propaganda y la agitación, de las cuales hablaremos más tarde. Ahora, dejemos que Lenin explique esa intervención en términos más generales, por los cuales deja explícito que el papel de la socialdemocracia es la intervención política en el seno de la clase obrera.

*¡Los obreros rusos no han alcanzado, en masa, la madurez para la lucha política!* [Esta es una afirmación del Comité Socialdemócrata de Kiev, *nda*]. *Si esto es cierto, es equivalente a una sentencia de muerte para la socialdemocracia en su conjunto; porque significa que los trabajadores rusos no han alcanzado, en masa, la madurez necesaria para la socialdemocracia. De hecho, no hay ni ha habido una socialdemocracia en ninguna parte del mundo que no esté ligada indivisiblemente e inseparablemente a la lucha política. La socialdemo-*

<sup>[32]</sup> Ídem.

<sup>[33]</sup> Ídem.

*cracia sin la lucha política es un río sin agua, es una contradicción aullante, o es algo parecido a un retorno al socialismo utópico de nuestros antepasados que despreciaban la “política”, el anarquismo o el unionismo [sindicalismo]... En efecto, ¿Cómo se puede hablar de la “educación política” de los trabajadores, si no se reconoce la posibilidad de agitación política y lucha política? Seguramente no hay necesidad de demostrarle a los socialdemócratas que no puede haber educación política, excepto a través de la lucha política y la acción política. Seguramente no se puede imaginar que ningún tipo de círculos de estudio o libros, etc., puedan educar políticamente a las masas de trabajadores si se los mantiene alejados de la actividad política y la lucha política”.*<sup>[34]</sup>

Como vemos, para Lenin, la clase obrera tiene un nivel de conciencia suficiente (madurez) para abrazar la política socialdemócrata, es decir, el derrumbe de la autocracia y la conquista de la democracia como medio para llegar al socialismo. Recordemos que esta discusión se daba durante una ola de huelgas en la clase obrera que culminaría años después en la revolución de 1905. La evolución de los acontecimientos dio la razón a Lenin, pues luego las huelgas por cuestiones económicas comenzaron a dar lugar a manifestaciones y huelgas políticas. Abdicar de la lucha política era inimaginable para Lenin y la agitación y la propaganda deberían estar conectadas por este factor común. No era posible tener agitación económica por un lado, y propagando política por otro. Hacer eso era utopismo, anarquismo, sindicalismo...

Cuando Lenin publica el *¿Qué hacer?*, la polémica con los principales representantes del economicismo, el periódico *Rabochaya Rabóchaya Mysl* (Pensamiento Obrero) y Kuskova/Prokopovich, estaba llegando a su fin. La última edición de periódico fue en 1902 y Kuskova y Prokopovich enseguida después saldrían de la socialdemocracia. Era, también, la polémica más fácil a ser hecha, pues el economicismo era repudiado por la gran mayoría de la socialdemocracia rusa. Pero, en 1899, el *Rabochaya Rabóchaya Mysl* estaba en el auge, volviéndose el órgano oficial del Comité Socialdemócrata de San Petersburgo (Unión de la Lucha). Lenin escribe *Nuestro Programa*, donde responde a las posiciones de los economistas:

*Algunos socialdemócratas rusos (entre ellos, al parecer, los que dirigen a Rabochaya Rabóchaya Mysl) consideran que la lucha económica es incomparablemente la más importante y*

<sup>[34]</sup> LENIN, V. I. *Apropos of the Profession de Foi* [A propósito de la “Profesión de Foi” – Profesión de fe, un programa, la exposición de una mirada mundial], [www.marxists.org/archive/lenin/works/1899/dec/foi.htm](http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1899/dec/foi.htm)

*casi llega a relegar la lucha política hacia un futuro más o menos lejano. Este punto de vista es completamente falso. Todos los socialdemócratas están de acuerdo en que es necesario organizar la lucha económica de la clase trabajadora, que es necesario llevar a cabo una agitación entre los trabajadores sobre esta base, es decir, ayudar a los trabajadores en su lucha cotidiana contra los patrones, para llamar su atención a todas las formas y todos los casos de opresión y de esta manera dejarles en claro la necesidad de la combinación. Pero olvidar que la lucha política por lo económico significaría apartarse del principio básico de la socialdemocracia internacional, significaría olvidar lo que toda la historia del movimiento laboral nos enseña.*<sup>[35]</sup>

Y, en el ¿Qué hacer?, Lenin establece la frontera de clases entre el economicismo y el socialismo, después de la famosa cita de Kautsky, ya comentada arriba:

*Como no se puede hablar de una ideología independiente y formulada por las propias masas trabajadoras en el proceso de su movimiento, la única elección es: ideología burguesa o socialista. No hay término medio... Por eso, cualquier desprecio de la **ideología socialista, cualquier alejamiento**, significa fortalecer la ideología burguesa. Hay mucha conversación sobre la espontaneidad. Pero el desarrollo espontáneo del movimiento obrero lleva a su subordinación a la ideología burguesa, **a su desarrollo por medio del programa del Credo**; pues el movimiento obrero espontáneo es sindicalismo, y el sindicalismo es la esclavización ideológica de los trabajadores por la burguesía.*<sup>[36]</sup>

El blanco de la polémica era, en realidad, el *Rabócheie Dielo* (Causa Obrera) que, aunque reivindicase los principios generales de la socialdemocracia, capitulaba al economicismo, como ya vimos en relación con Krichevsky y Martinov. Nos interesa, aquí, no la respuesta general de Lenin expuesta en el ¿Qué hacer? Sino las respuestas específicas a Krichevsky en relación con la teoría de los estadios y a Martinov en relación con la agitación y la propaganda.

Al primero, Lenin responde en larga nota de pie de página, que reproducimos integralmente:

*La "teoría de etapas", o la teoría de "tímidos zigzags", en la lucha política se expresa, por ejemplo, en este artículo, de la siguiente manera: "Las demandas políticas, que en su carácter*

<sup>[35]</sup> LENIN, V. I. *Our Programme [ Nuestro Programa]*, [www.marxists.org/archive/lenin/works/1899/articles/arg2op.htm](http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1899/articles/arg2op.htm)

<sup>[36]</sup> LENIN, V. I. *What Is to Be Done? [¿Qué hacer?]*, [www.marxists.org/archive/lenin/works/1901/witbd/ii.htm](http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1901/witbd/ii.htm)

son comunes a la totalidad de Rusia, sin embargo, al principio (¡esto fue escrito en agosto de 1900!) corresponde[n] a la experiencia adquirida por el estrato dado (sic!) de los trabajadores en la lucha económica. Solo [!] sobre la base de esta experiencia se puede y se debe agitar la agitación política”, etc. (p.11). En la página 4, el autor, protestando contra lo que él considera el cargo [la acusación] absolutamente infundado de la herejía economista, exclama patéticamente: “¿Qué socialdemócrata no sabe que según las teorías de Marx y Engels los intereses económicos de ciertas clases juegan un papel decisivo en la historia, y, **consecuentemente**, que particularmente la lucha del proletariado por sus intereses económicos debe ser de suma importancia en su desarrollo de clase y lucha por la emancipación?” (Destacados nuestros). La palabra “consecuentemente” es completamente irrelevante. El hecho de que los intereses económicos desempeñen un papel decisivo **no implica en modo alguno** que la lucha económica (es decir, la sindical) sea de importancia primordial; para lo más esencial, los intereses “decisivos” de las clases solo pueden satisfacerse **mediante** cambios **políticos** radicales en general. En particular, los intereses económicos fundamentales del proletariado solo pueden satisfacerse mediante una revolución política que reemplace a la dictadura de la burguesía por la dictadura del proletariado. Krichevsky repite los argumentos de los “V. Vs. de la socialdemocracia rusa” (a saber, que la política sigue a la economía, etc.) y de los bernstenianos de la socialdemocracia alemana (por ejemplo, con argumentos similares, Woltmann intentó demostrar que los trabajadores deben, antes de todo, adquirir “poder económico” antes de que puedan pensar en la revolución política).<sup>[37]</sup>

Lenin no profundiza su crítica a la “teoría de los estadios”, probablemente porque el *Rabócheie Dielo* había rechazado tal elaboración cuando firmó la resolución de unificación con la Iskra en la Conferencia de Ginebra, ya comentada arriba. De hecho en su balance sobre la fracasada tentativa de unificación, Lenin afirma que la resolución de unificación de junio tenía por objetivo “agarrar” al *Rabócheie Dielo* en contradicción, debido a su vacilación en cuestiones de principio (es decir, la lucha contra el economicismo). En este balance, Lenin afirma:

*Incluso una persona totalmente por fuera, después de leer esa resolución [de unificación, nda] de forma atenta, habrá percibido a partir de sus propias formulaciones que son dirigidas contra personas que eran oportunistas y economistas, que, por un momento, olvidaron la tarea de derribar la autocracia, que reconocieron la teoría de los estadios, que elevaron la estrechez a un principio, etc. Cualquiera que tenga un mínimo conocimiento de las polémicas conducidas por el grupo Emancipación del Trabajo, Zarya e Iskra contra el Rabócheie Dielo*

<sup>[37]</sup> Ídem.

*no duda por un único momento de que esa resolución repudia, punto a punto, los propios errores en que el Rabócheie Dielo se desvió.*<sup>[38]</sup>

En su balance, Lenin recuerda que la socialdemocracia “no reconoce... un estadio de lucha puramente económica y uno de lucha por reivindicaciones políticas parciales”, pues su tarea era, de forma permanente y en cualquier movi- lización, la lucha por la caída de la autocracia –el último escalón de la “teoría de los estadios”.

Sin embargo, Lenin dedica una sección entera del *¿Qué hacer?* A Martinov<sup>[39]</sup>, para responder a su nueva definición de agitación y propaganda. Antes de eso, no obstante, veamos la definición de Lenin, en forma no polémica, en el texto “Las tareas de la socialdemocracia rusa”.

*Las actividades socialistas de los socialdemócratas rusos consisten en hacer propaganda de las enseñanzas del socialismo científico, difundiendo entre los trabajadores una comprensión adecuada del sistema social y económico actual, su base y su desarrollo, ... una comprensión de la tarea histórica de la socialdemocracia internacional y de la clase obrera rusa. Inseparablemente ligado a la propaganda está la agitación entre los obreros, que naturalmente se ubica en el primer plano en las actuales condiciones políticas de Rusia y en el actual nivel de desarrollo de las masas obreras. La agitación entre los obreros significa que los socialdemócratas participan de todas las manifestaciones espontáneas de la lucha de la clase obrera, en todos los conflictos entre los trabajadores y los capitalistas sobre la jornada de trabajo, salarios, condiciones de trabajo, etc. Nuestra tarea es fundir nuestras actividades con las cuestiones prácticas, del cotidiano, de la clase obrera, para ayudar a los obreros a entender estas cuestiones...*<sup>[40]</sup>

Vemos aquí que las tareas de propaganda y agitación son inseparables desde el punto de vista político, pues tienen el mismo objetivo (fundir nuestras actividades con las cuestiones prácticas). Las dos formas complementarias de acción deben llevar la política socialdemócrata –el derrumbe de la autocracia– a las masas.

Es lo que Lenin explica en la respuesta a Martinov.

*Hasta entonces, pensábamos que el propagandista, lidiando con la cuestión del desempleo, debía explicar la naturaleza capitalista de las crisis, la causa de su inevitabilidad en la socie-*

<sup>[38]</sup> Ídem, Apéndice “La tentativa de unir la Iskra con el Rabócheie Dielo”.

<sup>[39]</sup> La sección es: “La historia de como Martinov profundizó a Plejánov”.

<sup>[40]</sup> LENIN, V. I. *The Tasks of the Russian Social-Democrats* [Las tareas de los socialdemócratas rusos], [www.marxists.org](http://www.marxists.org). (traducción nuestra).

*dad moderna, la necesidad de la transformación de esta sociedad en una sociedad socialista, etc. En una palabra, él debía presentar “muchas ideas”, tantas, de hecho, que serán entendidas como un todo integral por (comparativamente) pocas personas. El agitador, en tanto, hablando sobre el mismo asunto, tomaría como ilustración un hecho que es el más flagrante y más conocido por su audiencia, digamos, la muerte por hambre de una familia obrera de desempleados, el empobrecimiento creciente, etc., y, utilizando ese hecho, conocido por todos, dirigiría sus esfuerzos para presentar una única idea a las “masas”, por ejemplo, la locura de la contradicción entre el aumento de la riqueza y el aumento de la pobreza; él se esforzaría para despertar el descontento y la indignación entre las masas contra esa injusticia aullante, dejando su explicación más completa al propagandista.<sup>[41]</sup>*

Está claro, por lo tanto, que la única “división de tareas” entre el propagandista y el agitador es organizativa, no política. No hay una “tercera área o función de la agitación”, la de “llamar a la masa a realizar ciertas acciones concretas”, pues tal llamado, “o es un complemento natural e inevitable de un tratado teórico, de un panfleto de propaganda, de un discurso de agitación, o es parte de la implementación directa de una acción de masas específica”.

¿Qué quiere decir Lenin? Que tanto el teórico como el propagandista o el agitador hacen parte de la misma tarea de “despertar el descontento y la indignación” de las masas contra la autocracia. La diferencia está en el medio empleado. el teórico y el propagandista utilizan la escrita, mientras el agitador emplea la vía oral.

Lenin decía, en tono de broma, que prometer “resultados palpables” es solamente una “variación de la vieja cantilena sobre adicionar un Kopek a cada Rublo”. Es decir, que lo que vale es dinero en el bolsillo y que, por eso, los “economistas, entre ellos el *Rabócheie Dielo*, tuvieron éxito porque se adaptaron a los obreros atrasados”, pero son rechazados por el obrero socialdemócrata.

Por fin, despreciaba la fórmula “lucha *económica* contra los patrones y el gobierno”, utilizada por Martinov, por significar lo mismo que la “teoría de los estadios” con otras palabras, y por “ser precisamente política sindical, que está todavía muy lejos de la política socialdemócrata”<sup>[42]</sup>

Esperamos haber demostrado que, para Lenin, no hay una evolución lineal de la conciencia de las masas –de lo económico a lo político– sobre la cual los

<sup>[41]</sup> LENIN, V. I. *What Is to Be Done?* [¿Qué hacer?], [www.marxists.org/archive/lenin/works/1901/witbd/ii.htm](http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1901/witbd/ii.htm)

<sup>[42]</sup> Ídem.



revolucionarios deban basar su política y por la cual deban adaptar sus consignas. Por el contrario, la lucha económica debería ser conducida –al mismo tiempo que se empleaban todos los medios para su victoria– sobre la base mas amplia posible y “debería ser siempre utilizada para la agitación política, ‘sin ser necesario de cualquier manera’ considerarla el medio más largamente aplicable para llevar a las masas a la lucha política activa”.<sup>[43]</sup>

La corrección de la concepción de Lenin fue comprobada en la práctica. En el segundo congreso del Partido Socialdemócrata ruso, se dio el embate “final” con las corrientes economistas. La Iskra eligió cerca de 33 delegados, la mayoría absoluta. Todas las demás corrientes (Bund, *Rabócheie Dielo* y otros grupos menores) obtuvieron cerca de 18 delegados”.<sup>[44]</sup>

Esta victoria venía siendo construida desde la población del *¿Qué hacer?*. Martinov certifica eso en su autobiografía, cuando comenta sobre la fracasada conferencia de unificación entre las dos corrientes (*Iskra* y *Rabócheie Dielo*): “Los iskristas rechazaron todas nuestras enmiendas al acuerdo de Ginebra y nos declararon guerra – una guerra que terminó con nuestra derrota. Un ataque particularmente devastador contra nosotros vino con el libro de Lenin, *¿Qué hacer?*”.<sup>[45]</sup>

\*\*\*

<sup>[43]</sup> Ídem.

<sup>[44]</sup> Lenin, V. I. “One Step Forward, Two Steps Back”, Cap. N: General Picture of the Struggle at the Congress [“Un paso adelante, dos pasos atrás”, Cap. N: Cuadro general de la lucha en el Congreso], [www.marxists.org/archive/lenin/works/1904/onestep/n.htm](http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1904/onestep/n.htm)

<sup>[45]</sup> En: Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered, What Is to Be Done?* [*Lenin Redescubierto: ¿Qué hacer?*], Deli: Aakar Books, p. 305.

# P olémicas

Sobre  
actualización programática

## EL PARTIDO LENINISTA: ¿PRODUCTO DE UN PROCESO EVOLUTIVO O DE UN CAMBIO REVOLUCIONARIO?

Alicia Sagra - Argentina

Al cumplirse 200 años del nacimiento de Karl Marx crecen las voces de los que nos hablan de un Marx filósofo, economista, solamente un pensador alejado de la actividad revolucionaria práctica. Son los llamados “marxistas académicos” que están al frente de la mayoría de los eventos conmemorativos.

Por otro lado, están las diferentes variantes de “marxistas” cada vez más identificados con políticas reformistas. Ellos usan esas interpretaciones de los académicos para separar a Marx de Lenin. Para ellos, Marx solo se preocupaba de orientar en general, solo quería la unidad de la clase obrera y, por eso, impulsaba frentes, acciones unitarias, mientras el partido y el programa eran algo secundario.

Nada más falso. Marx, al igual que Engels, era hombre no solo de acción sino también de partido, y la lucha por su construcción fue permanente en la vida de los dos grandes revolucionarios. En ese sentido, el artículo de Francesco Ricci, “Aspectos históricos del partido obrero revolucionario de vanguardia y de su régimen interno”, publicado en *Marxismo Vivo* n.º10, aporta datos contundentes.

En ese artículo se desmiente la visión, ampliamente difundida por los enemigos del bolchevismo, de que la pelea por un partido centralizado solo habría

aparecido con Lenin, en los inicios del siglo xx. De la misma manera, se muestra la importancia que Marx daba al programa y los combates que dio contra las posiciones reformistas.

Pero considero que, en el afán de combatir esas posiciones antileninistas y antimarxistas, en ese artículo se identifica la lucha por la centralización y por el programa (que evidentemente son dos aspectos centrales del bolchevismo) con la concepción leninista de partido. De ahí se llega a la conclusión de que el partido leninista sería algo nuevo **solo** en relación con la revisión que se estaba operando en el Partido Socialdemócrata alemán. Es decir, sería una evolución de la concepción de partido que ya estaba en Marx y Engels. Por eso, se plantea que esa concepción de partido ya estaba en el SPD antes de su deformación, en Kautsky “cuando era marxista”, en Rosa Luxemburgo.

Esa es, en mi opinión, una visión evolutiva de la construcción del partido bolchevique, con la que no coincido. Para mí, ese partido no es producto de una evolución sino de una revolución, es algo nuevo, no solo con relación a la deformación del SPD. Por supuesto, eso nuevo tiene elementos de continuidad de lo viejo, porque lo nuevo no surge de la nada.

Esa revolución en la teoría de partido se la debemos al genio de Lenin. Rosa vio antes que Lenin la deformación de la socialdemocracia alemana; Trotsky vio antes que Lenin la correcta dinámica de clases de la revolución. Pero ni Rosa ni Trotsky, antes del 17, vieron que la nueva época exigía un nuevo tipo de partido para lograr el triunfo de la revolución.

## Marx y el partido

Nahuel Moreno y otros marxistas han sostenido que Marx y Engels, producto de la mayor homogeneidad de la clase obrera en su época y de la necesidad de batallar por la independencia política de clase, tenían la concepción de partido único de la clase obrera.

Probablemente, esta ha sido una simplificación abusiva. Me parece que, teniendo en cuenta que ellos actuaban en los momentos en que la clase obrera se estaba construyendo como tal y en momentos en que se desarrollaban las primeras experiencias de organización, no es lógico pretender que tuviesen una concepción acabada de partido.

Mi impresión es que en ese sentido ellos fueron creciendo al compás del cre-

cimiento de la organización obrera y que pasaron por diferentes fases. La cuestión es definir los elementos que se mantuvieron en esas diferentes fases.

## La Liga de los Comunistas

Así, en un primer momento comenzaron trabajando sobre la vanguardia, con los Comités de Correspondencia, intentando agrupar a los que se reivindicaban comunistas y desarrollando fuertes debates. En ese proceso se conectan con la Liga de los Justos y, como bien describe Ricci derrotan programáticamente a su principal dirigente y orientador<sup>[1]</sup> y dan origen a la Liga de los Comunistas. Una organización internacional que intenta una acción centralizada y que tiene un gran programa revolucionario: el *Manifiesto Comunista*.

En relación con la batalla político-programática, Ricci plantea que la Liga de los Comunistas surge cuando Marx vence la batalla programática-organizativa contra el reformismo. No coincido. Para mí, la batalla que vence Marx contra Weitling está más abajo. La Liga de los Justos no era una organización obrera con un programa y una política reformistas, que creía que se iban a resolver los problemas a través del parlamento y las leyes. Weitling, su principal dirigente, no era un reformista. Riazanov lo define como un revolucionario que no creía poder llegar por la persuasión, y sí por la violencia, al comunismo que predicaba. Como dice Riazanov, el problema de Weitling era que no veía al proletariado como una clase especial, con intereses propios. Para él, era solo una parte de la población pobre, oprimida, y entre todos los sectores pobres consideraba al lumpen como el más revolucionario. Por eso, el ingenuo programa de la Liga de los Justos se sintetizaba en: “Todos los hombres son hermanos”.

Entonces, la pelea de Marx dentro de la Liga de los Justos fue por el carácter de clase del programa y la organización. Es centralmente una pelea por la independencia política de clase, que Marx lleva hasta el final: la organización del proletariado como clase para derrotar a la burguesía e imponer la dictadura del proletariado. Creo que ese es el elemento central que se mantiene a lo largo de todo el combate de Marx y Engels por el partido.

///

---

<sup>[1]</sup> El obrero Wilhelm Weitling.

## La cuestión del régimen de la Liga

Lo grandioso de la Liga de los Comunistas es su programa, pero, a partir de ahí, mi opinión es que estuvo muy lejos de ser el “partido marxista” que se basaba en el principio del centralismo democrático, como bien dice Ricci que afirma Riazanov.

Riazanov hace esa afirmación en su cuarta conferencia<sup>[2]</sup>. Pero el propio Riazanov, en la siguiente conferencia, da un ejemplo del funcionamiento de la Liga que no tiene nada que ver con el centralismo democrático. Y no se refiere a un hecho secundario sino a la intervención en la revolución alemana de 1848.

En la quinta conferencia, Riazanov relata que el comité regional de Bruselas de la Liga de los Comunistas envía a Marx y Engels a Alemania. Ellos resuelven centrarse en Colonia (Renania), importante centro obrero, con el objetivo de fundar un periódico que difundiera sus posiciones en todo el país. En relación con la organización, Riazanov dice:

*(...) renunciaron a constituir en Renania organizaciones proletarias especiales y entraron en la Unión Democrática de Colonia (...) Durante ese tiempo otros miembros de la Liga de los Comunistas esparcidos por toda Alemania proseguían su obra. Creemos necesario mencionar especialmente a uno: Esteban Born, tipógrafo (...) Born siguió una táctica distinta. Desde su llegada a Alemania se radicó en Berlín, centro obrero de importancia, y se entregó a la tarea de crear una gran organización obrera. Con la ayuda de algunos camaradas fundó un pequeño órgano, Fraternidad Obrera, y realizó una metódica agitación entre las distintas categorías de trabajadores.<sup>[3]</sup>*

Riazanov opina que la táctica aplicada por Marx y Engels fue un gran error, y que el famoso mensaje del Comité Central de la Liga de los Comunistas de 1850 es una autocrítica sobre su actuación en 1848. Pero no es mi intención analizar las diferentes tácticas aplicadas sino referirme al régimen de la Liga.

Marx y Engels resolvieron entre ellos qué táctica aplicar. Imagino que Born y sus amigos habrán actuado en forma parecida. No había organismos a los cuales estos dirigentes estuviesen políticamente disciplinados. Existía un acuerdo general de defensa del programa, pero no había organismos que definiesen las

<sup>[2]</sup> RIAZANOV, David. “Marx y Engels” (Conferencias del curso de marxismo en la Academia Comunista de Moscú).

<sup>[3]</sup> RIAZANOV, David. “Marx y Engels”, quinta conferencia.

políticas prácticas. Y sin la existencia de esos organismos, no veo que se pueda decir que *el principio del centralismo democrático fue la base de la Liga de los Comunistas*. Creo que se trata de una frase perdida en una conferencia de Riazanov, que entra en contradicción con la descripción que él mismo hace del funcionamiento de la Liga.

### ¿Qué fue la Liga de los Comunistas?

La Liga Comunista duró muy poco, fue disuelta en 1852. Pero, ¿qué fue? Ricci la define como *un partido de vanguardia organizado alrededor de un programa revolucionario y estructurado en forma no muy diferente de como Lenin concibió a principios de 1900 el partido de vanguardia*<sup>[4]</sup>. Creo que de ahí parte la interpretación, que considero evolutiva, de la construcción del partido bolchevique. Y, creo entender, que eso implicaría que la Liga de los Comunistas fue una especie de embrión del partido leninista. El historiador brasileño Augusto C. Buonicore hace una definición parecida.

Lenin no dice eso. En el esbozo biográfico de Marx, escrito en 1913-1914, se refiere a la Liga de los Comunistas como *una sociedad secreta de propaganda*. A mí me resulta interesante un término utilizado por Trotsky: *anticipación*. George Novack escribió:

*Alguna vez Trotsky caracterizó el período de las actividades internacionales de la clase obrera, realizadas durante la Primera Internacional, esencialmente como una anticipación. El Manifiesto Comunista fue la anticipación teórica del movimiento obrero moderno. La Primera Internacional fue la anticipación práctica de las asociaciones obreras mundiales. La Comuna de París fue la anticipación revolucionaria de la dictadura del proletariado.*<sup>[5]</sup>

Si seguimos ese criterio, podríamos definir a la Liga de los Comunistas como una *anticipación* del partido bolchevique. Pero no veo que se la pueda definir como un embrión de ese partido, porque eso significaría que tendría todos los elementos del partido bolchevique, aunque insuficientemente desarrollados, y eso no se daba ni se podía dar en la Liga, ya que tiene que ver con otra época histórica. La ausencia más importante es la del funcionamiento cotidiano de los organismos, a los que todos están subordinados, y la jerarquía de los mismos.

<sup>[4]</sup> *Marxismo Vivo* n.º 10, ed. español, p. 56.

<sup>[5]</sup> George Novack, citado por Alicia Sagra en: *La Internacional: un permanente combate contra el oportunismo y el sectarismo*.

## La Primera Internacional

Engels, en su discurso de despedida a su gran amigo y camarada, la presenta como el mayor logro organizativo de Marx, y verdaderamente fue un trabajo monumental. Y es cierto que Marx primero, y Engels después, dieron una gran batalla por la centralización y por diferentes cuestiones programáticas. El trabajo de Engels, “De la autoridad”, es una obra maestra. Pero no creo que podamos decir que ellos tenían en la cabeza el modelo de la Tercera, que corresponde a otra época, y eso no tiene que ver con que si podía triunfar la Comuna o no sino con las características de la época imperialista a las que me referiré más adelante.

La organización no es algo que dependa solamente de la voluntad de los revolucionarios. No es algo independiente de las épocas históricas y de las tareas que estas plantean. Como dice Engels en 1874, la Primera correspondió a una fase histórica determinada, que ya no existe más. Para mí, esa es la respuesta a dar a los que defienden, para hoy, el modelo de la Primera.

¿Cómo explica Engels esa relación de la organización con el momento histórico y el grado de construcción del movimiento obrero como clase?

*Con sus renunciass<sup>[6]</sup>, la vieja Internacional está completamente acabada. Y está bien. Pertenecía al periodo del Segundo Imperio, durante el cual la opresión reinante en toda Europa imponía la unidad y la abstención de toda polémica interna al movimiento obrero que precisamente entonces redespertaba. Era el momento en que podían ponerse en primer plano los intereses comunes, internacionales, del proletariado (...) En 1864 el carácter teórico del movimiento era muy confuso en todas partes de Europa, es decir, lo era en la masa. El comunismo alemán no existía todavía como partido; el proudhonismo era demasiado débil como para poder porfiar con sus chifladuras; la nueva basura de Bakunin no había hecho sino nacer en su propia cabeza, e incluso los líderes de los sindicatos ingleses creían que el programa establecido en el Preámbulo de los Estatutos les daba una base para ingresar al movimiento. El primer gran triunfo hizo que explotara esa ingenua conjunción de fracciones. Ese triunfo fue la Comuna, que sin duda fue hija intelectual de la Internacional (...) Durante 10 años la Internacional gobernó un lado de la historia europea –el lado en que reside el futuro– y puede mirar hacia atrás con orgullo. Pero en su vieja forma se ha sobrevivido a sí misma. Para hacer una nueva Internacional al modo de la vieja –como alianza de todos los partidos proletarios de todos los países– sería necesaria una supresión general del movimiento*

<sup>[6]</sup> Se refiere a la renuncia de Bakunin y sus amigos en 1872.



*obrero, tal como el que existió entre 1849 a 1864. Pero para esto, el mundo proletario se ha agrandado demasiado. Creo que la próxima Internacional –después que los escritos de Marx hayan ejercido influencia durante algunos años– será directamente comunista y proclamará abiertamente nuestros principios...*<sup>[7]</sup>

Es decir, la cuestión no es si Marx y Engels defendían un frente o no. Según Engels, esa organización tipo frente respondía a la realidad de 1864. Diez años después (1874) ya no respondía más, estaba planteada otro tipo de Internacional.

¿Significa eso que Engels estaba pensando en una Internacional con modelo similar al de la Tercera, con un régimen centralista democrático? Me parece que no. Lo concreto es que lo que surgió, tal como lo preanuncia Engels, es una Internacional comunista, marxista, pero como Federación de partidos obreros. Respondía a otra realidad, al gran crecimiento del movimiento obrero, que originó, como dice Lenin, “partidos obreros socialistas de masas en base a los Estados nacionales individualmente”.<sup>[8]</sup>

## Las organizaciones obreras y el partido

Según Riazanov, en 1848, después de hacer la experiencia con la Unión Democrática de Colonia,

*Marx había visto a la burguesía en acción. Las esperanzas que concibió, aunque con muchas reservas, en el Manifiesto Comunista, sobre la burguesía progresista, no se realizaron (...). Marx y Schapper publicaron a fines de abril un llamamiento en el cual invitaban a todas las sociedades obreras de Renania y de Wetsfalia a un congreso regional, a fin de organizarse y de elegir delegados al congreso obrero general que debía efectuarse en el mes de junio en Leipzig. Pero en el momento en que Marx y sus camaradas se dedicaban a la organización del partido de la clase obrera, se asestó un nuevo golpe a la revolución (...).*<sup>[9]</sup>

Varios años después, en la década de 1880, en un momento de gran crecimiento de las organizaciones sindicales en Inglaterra, Engels manifiesta su preocupación ante la falta de la organización política y, según entiendo, llama a

<sup>[7]</sup> “Carta de Engels a Sorge”, Londres 12 (y 17) de setiembre de 1874, en: *Correspondencia Marx-Engels*, Editorial Cartago.

<sup>[8]</sup> LENIN, V. I. “Esbozo biográfico de Marx”, 1914.

<sup>[9]</sup> RIAZANOV, David. “Marx y Engels”, quinta conferencia (destacados míos).

los sindicatos a construir esa organización para, en ese momento, responder a la lucha parlamentaria, pero centralmente para avanzar en la destrucción del trabajo asalariado, es decir, en la destrucción de la sociedad capitalista.

*En toda lucha de clases, el fin inmediato es la conquista del poder político: la clase dominante defiende sus prerrogativas políticas, la mayoría de las cuales es asegurada en el cuerpo legislativo. La clase inferior, primero lucha por una parte, después por la totalidad del poder, para estar en condiciones de modificar las leyes existentes de acuerdo con sus intereses o necesidades propios.*

*Así, durante años, la clase obrera de Inglaterra luchó, con ardor y hasta con violencia, por la Carta del Pueblo, que le aseguraría este poder político. (...).*

*En la lucha política de clase contra clase, la organización es el arma más importante. En la medida en que se desintegraba la organización puramente política, es decir, el partido cartista, la organización de los sindicatos se hacía cada vez más poderosa y hoy alcanzó un grado de fuerza que no puede ser comparado con el de ninguna organización obrera de otros países. Grandes sindicatos, que agrupan de uno a dos millones de obreros, apoyados en secciones locales o asociaciones menores, representan un poder que todo gobierno de la clase dirigente, sea liberal o conservador, no puede ignorar.*

*(...). Al extender el sufragio universal a todos los niveles de la administración, Disraeli dio derecho de voto a la mayoría de la clase obrera organizada.*

*(...) Esta medida abrió nuevas perspectivas a la clase obrera. Le dio la mayoría en Londres y en todos los centros industriales, lo que le permitió luchar contra el capital con nuevas armas y enviar al parlamento hombres salidos de la clase obrera. Y aquí debemos decir que los sindicatos olvidaron su deber de dirigentes de la clase obrera.*

*(...) Además de eso, ciertos síntomas indican que la clase obrera de este país comienza a darse cuenta de que desde hace mucho tiempo está en el camino equivocado. En efecto, comienza a entender que el movimiento actual, como gira exclusivamente alrededor de los problemas de aumento de salarios y disminución de las horas de trabajo, mantiene a la clase en un círculo vicioso, porque el mal básico no está en el bajo nivel de los salarios, sino en el sistema de trabajo asalariado. Si esta toma de conciencia se extiende en el seno de la clase obrera, cambiará considerablemente la posición de los sindicatos: estos no gozarán mucho tiempo del privilegio de ser las únicas organizaciones de la clase obrera. **Al lado o encima de los sindicatos de cada rama de la industria surgirá una unión general, una organización política de la clase obrera de conjunto.***

*En consecuencia, las organizaciones sindicales harían bien en considerar los dos puntos siguientes: primero, se aproxima a grandes pasos el momento en que la clase obrera de este país reclamará de manera clara, sin márgenes de duda, su plena participación en el parlamento; segundo, también se aproxima el momento en que la clase obrera comprenderá que*

*la lucha por aumento de salarios y por la reducción de la jornada de trabajo –adonde se vuelca toda la acción sindical– no es un fin en sí mismo sino un medio muy necesario, pero solo un medio entre otros para alcanzar un fin más alto: la abolición del sistema de trabajo asalariado. Para que el trabajo esté plenamente representado en el parlamento y para preparar la abolición del trabajo asalariado, los sindicatos deben organizarse no solo en secciones para cada rama de la industria sino también como un cuerpo único de la clase obrera. Y cuanto antes lo hagan, mejor. No hay poder en el mundo que pueda resistir, ni siquiera un día, a la clase obrera inglesa organizada como un todo.*<sup>[10]</sup>

## La lucha por la independencia política de clase

Los fundadores del socialismo científico vivieron en la época del inicio de la organización del movimiento obrero. A partir de la derrota de la revolución alemana de 1848, ellos llegan a la conclusión de que lo central es la organización política independiente de la clase obrera, en momentos en que la referencia política para los obreros era la burguesía radical. Pero esto no era algo fácil de lograr, y por eso la pelea por la organización independiente de la clase obrera fue una constante en ellos.

Ese es, para mí, el significado (la pelea por la independencia de clase) del planteo de Nahuel Moreno sobre el “partido único de la clase obrera” en Marx y Engels. Tal vez no sea esa la mejor definición, ya que se tendría que haber agregado que hacían ese planteo al conjunto de la clase (no decían, como Lenin, los revolucionarios en un partido, los reformistas en otro), pero lo hacían sobre la base de un programa revolucionario.

Desde 1848 todo su planteo se hace en torno al programa revolucionario, el *Manifiesto Comunista*. Programa que adaptan a la nueva situación de 1864, pero manteniendo sus aspectos esenciales, como se ve en el “Manifiesto Inaugural” y en la introducción de los Estatutos de la Primera, redactados por Marx.

¿Cómo se explica que un frente amplio, “una alianza de todos los partidos proletarios de todos los países”, aceptase esas definiciones programáticas revolucionarias?

Eso fue posible porque el reformismo, aunque tuvo sus expresiones, aún no había ganado el peso que tuvo en la época imperialista, y porque, como dice

<sup>[10]</sup> ENGELS, Friedrich. “The Labour Standard”, 28 de mayo de 1881, en: “*Sindicalismo-Marx y Engels*”, Ed. Ched Editorial. 1ª edición, 1980, p. 37 (traducción y destacados míos).

Engels, “*el proudhonismo era demasiado débil como para poder porfiar con sus chifladuras; la nueva basura de Bakunin no había hecho sino nacer en su propia cabeza*”. Es decir, la clase obrera era mucho más pequeña y mucho más homogénea.

Eso no significa que Marx y Engels no hayan combatido el reformismo. Como bien explica el compañero Ricci, la *Crítica al programa de Gotha* (1875)<sup>[11]</sup> es la máxima expresión de ese combate, es un material que conserva una gran actualidad para la lucha de hoy y, según Lenin, es uno de los mayores aportes a la teoría del Estado.

Pero no fue ese combate lo que caracterizó su lucha con relación al partido. Aunque esa intervención de Marx y Engels en 1875 haya sido trascendente, considero que ese debate contra el reformismo estuvo colocado a nivel de un sector reducido de la vanguardia y que no fue la tarea central que ellos tuvieron planteada.<sup>[12]</sup>

La tarea central tuvo que ver con lo que decía Lenin:

*(...) las doctrinas y tendencias del socialismo pequeñoburgués, no proletario en general, que predominaban en aquella época, obligaban a Marx a librar constantemente una lucha implacable, y a veces a repeler (como hace en su obra Herr Vogt) los ataques personales más rabiosos y salvajes.*<sup>[13]</sup>

Y esa pelea contra el socialismo pequeñoburgués, por el partido obrero, por la independencia política de clase, no fue fácil y la tuvieron que dar incluso contra sus amigos más próximos, como es el caso de Wilhelm Liebknecht.

En una carta a Marx, del 6 de julio de 1869, Engels dice:

<sup>[11]</sup> Crítica de Marx y Engels al programa presentado en el congreso de fusión entre el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania (que seguía los lineamientos de Marx) y la Asociación General de Obreros Alemanes, que seguían la política de Lasalle.

<sup>[12]</sup> En 1873 Engels decía: “Con respecto a la actitud del partido frente al lasallanismo, usted podrá juzgar mejor que nosotros la táctica que debe adoptarse, especialmente en los casos particulares. Pero también esto hay que considerarlo. Cuando –como ocurre en su caso– se está en cierto modo en la posición del competidor de la Asociación General de Obreros Alemanes es fácil dedicar demasiada atención al rival y habituarse a pensar siempre en él primero. Pero la Asociación General de Obreros Alemanes y el Partido Obrero Socialdemócrata sumados siguen constituyendo una pequeña minoría de la clase obrera alemana. Nuestra opinión, que hemos visto confirmarse en una larga experiencia, es que la táctica correcta en la propaganda no es quitarle al contrario unos pocos afiliados de vez en cuando, sino trabajar la gran masa que permanece apática (...)”. *Correspondencia Marx- Engels*, “De Engels a Bebel”, 30 de junio de 1873.

<sup>[13]</sup> LENIN, V. I. “Esbozo biográfico de Marx”, 1914.

*Sea como fuere, no se puede hacer nada con Wilhelm [Liebknecht] mientras no separe bien su organización del Partido del Pueblo y se coloque a lo sumo en relación de desafío con ellos. Muy bonita también su intención de poner a la Internacional en el título de su pequeño periódico, ¡el que sería entonces órgano de la Asociación Internacional de los Trabajadores y del Partido del Pueblo al mismo tiempo! ¡El órgano de la pequeña burguesía alemana y el de los obreros europeos! (...) Otra linda idea de Wilhelm, que no debe aceptarse (...).*

Daban una pelea muy fuerte por el partido de clase obrera, pero no tenían ningún temor en romper con los que planteaban un partido común con la pequeña burguesía. En 1885, Engels decía:

*La pelea ocurrida en el partido alemán no me ha sorprendido. En un país pequeñoburgués como Alemania, el Partido no tiene más remedio que tener un ala derecha pequeñoburguesa y «culta» de la que se zafe en el momento decisivo. El socialismo pequeñoburgués data en Alemania de 1844, y ya fue criticado en el Manifiesto Comunista. Es tan inmortal como la pequeña burguesía alemana misma. Mientras estén en vigencia las leyes antisocialistas, no estoy a favor de que nosotros provoquemos la escisión, porque nuestras armas no son parejas. Pero si los caballeros provocan por sí mismos la escisión al suprimir el carácter proletario del partido y al tratar de remplazarlo por una filantropía estético-sentimental y artesanal, sin fuerza ni vida, ¡entonces debemos tomarlo como vengaf!<sup>[14]</sup>*

Y esa pelea por la independencia política, en contra de la alianza de clase en la construcción del partido, ocupó la atención de Engels hasta sus últimos días. En 1894, Vollmar propuso en el congreso de Frankfurt de la socialdemocracia alemana, un proyecto de programa campesino, que defendía la propiedad campesina y proponía integrar al partido a propietarios con menos de 30 hectáreas. El proyecto fue fuertemente enfrentado por Bebel y fue rechazado por el congreso. Engels escribe una dura carta a Liebknecht, quien había acusado a Bebel de haber puesto en peligro la unidad del partido.

*Dices que Vollmar no es un traidor. Pero, ¿cómo puedes llamar a alguien que pretende de un partido proletario que dé apoyo a los campesinos medianos y grandes, propietarios de entre diez y treinta hectáreas, para perpetuar el estado de cosas basado en la explotación de siervos y jornaleros? (...) El tipo será un antisemita, un demócrata burgués, un particularista bávaro y o lo que tú quieras llamarle, menos un socialdemócrata. (...), en un partido obrero en crecimiento, la adhesión de elementos pequeñoburgueses es inevitable y tampoco hace daño.*

<sup>[14]</sup> “Carta de Engels a J.P. Becker”, 15 de junio de 1885 (destacado mío).

*O no más que la adhesión de «académicos», estudiantes fracasados, etc. Hace unos años todavía constituían un peligro. Ahora somos capaces de digerirlos. Pero hay que permitir que la digestión siga su curso. Y para esto en concreto hace falta ácido hidróclórico; si no hay suficiente (como vino a mostrar [el congreso de] Frankfurt), deberíamos estar agradecidos a Bebel por darnos una dosis extra y así permitirnos digerir a los elementos no proletarios.*

La lucha por la independencia política de clase y la lucha contra el reformismo están relacionadas, pero no son la misma cosa. Marx y Engels tuvieron que luchar porque los obreros se organizaran políticamente independientes de la burguesía. Esa lucha fue victoriosa. Aunque Marx no consiguió verlo, al calor de un impresionante crecimiento de la clase obrera, surgieron partidos proletarios marxistas con peso de masas.

Lenin no tuvo que desarrollar ese combate por la independencia de clase. Eso se había convertido en una realidad con los partidos socialdemócratas europeos y la II Internacional, que cumplieron una enorme tarea de propaganda educando a millares de obreros en el marxismo. Pero esos partidos no pudieron responder a la nueva tarea de la lucha por el poder que se había planteado con el nuevo siglo, porque fueron deformados por el reformismo que se apropió de ellos. Esa fue la nueva realidad que tuvo que enfrentar Lenin.

## La época imperialista

La época, según Lenin, de crisis, guerras, revoluciones. Lo que no significa que antes no hubieran habido crisis, guerras y revoluciones, sino que ahora eso es lo determinante, que ya no se pueden esperar grandes períodos de estabilidad, que lo que se impone es la revolución y la contrarrevolución. Ese cambio cualitativo a nivel de la época provoca cambios cualitativos en las instituciones, que van a exigir también cambios cualitativos en las políticas de los revolucionarios.

Así, las Tesis de la Tercera sobre el parlamentarismo hablan de los cambios en el Parlamento y concluyen:

*Para los comunistas, el parlamento no puede ser actualmente, en ningún caso, el teatro de una lucha por reformas y por el mejoramiento de la situación de la clase obrera, como sucedió en ciertos momentos en la época anterior.*

///

Algo similar plantea Trotsky en relación con los sindicatos en la época imperialista, los que tienen solo dos posibilidades: o agentes de la revolución o de la contrarrevolución, por lo que también debe cambiar la política de los revolucionarios frente a ellos.

Esos cambios en la superestructura se asientan en un gran cambio en la estructura: **una profunda división de la clase obrera**, provocada con el surgimiento y la masificación de la aristocracia obrera en los países de mayor desarrollo industrial, los países imperialistas.

Esa aristocracia obrera pasa a ser la base social de las burocracias sindicales y de las corrientes reformistas que ganan peso de masas. De ahí que la necesidad de combatir el reformismo se convierte en una tarea central.

Para enfrentar esta nueva realidad es que Lenin plantea una nueva herramienta, un nuevo tipo de partido. Un partido conspirativo, de profesionales, no de amateurs, con una gran disciplina, con un estricto funcionamiento de los organismos y una clara jerarquización de los mismos.

Ese partido no surge de un día para otro. No aparecen todos sus elementos con total claridad desde el inicio. Primero ve la necesidad de esa nueva herramienta para Rusia, probablemente motivado por una realidad muy diferente de la alemana, con muchas menos aperturas democráticas. Esa realidad le hace ver la necesidad de construir un nuevo tipo de partido, que se transformará en la nueva herramienta para enfrentar las tareas de la nueva realidad, que él recién definirá varios años después como la época imperialista.

Un nuevo modelo de partido sobre la base del cual, más tarde, se construirá la Tercera, Internacional y todas sus secciones nacionales.

Probablemente, cuando comenzó su batalla en Rusia, Lenin no era consciente de que estaba proponiendo algo totalmente nuevo, y es cierto que él tenía una gran admiración por el partido alemán y que percibió su degeneración mucho después que Rosa. Pero creo que quien mejor explica lo que pasó es Cannon, en la frase citada por Ricci en su artículo:

*Lenin (...) posteriormente se vio forzado a reconocer que su concepto de partido de vanguardia, que originalmente no era nada más que la versión rusa del partido alemán, en realidad era algo nuevo: el desarrollo y la aplicación de la teoría marxista del partido en la época actual de la lucha de clases.<sup>[15]</sup>*

<sup>[15]</sup> CANNON, J. P., “Carta a Vincent Dunne”, 14 de enero de 1955. Citado en *Marxismo Vivo* n.º 10, ed. en español, p. 85.

Evidentemente, tenemos con Ricci una diferente interpretación sobre el significado de “*el desarrollo y la aplicación de la teoría marxista del partido en la época actual de la lucha de clases*”. Entiendo que para él indica que el partido bolchevique **no** es algo nuevo en relación a la concepción de partido de Marx.

Yo opino que Cannon dice que **sí** es algo nuevo, que corresponde a la época actual, a la época imperialista. Por supuesto que se inscribe en la teoría marxista de partido, en el sentido de que es un partido obrero, internacionalista, con un programa revolucionario, para tomar el poder. Pero la época actual exige algo nuevo, que no existió antes; ese es el partido que crea Lenin.

Y ese partido responde a la época imperialista no solo porque ha pasado la época de la propaganda y la cuestión del poder se pone a la orden del día, sino porque para poder encarar la lucha por el poder es de vida o muerte **desarrollar el combate contra el gran enemigo en el interior de la clase obrera: el reformismo**.

Por eso Lenin insiste en reafirmar que no puede haber confusión con los reformistas. Que los revolucionarios deben construir su partido y los reformistas (si así lo quieren), que construyan el suyo. Por eso, las 21 condiciones del II Congreso de la Tercera. Nunca existió algo parecido contra el reformismo porque nunca estuvo planteada, con esa fuerza, la necesidad de enfrentarlo.

Nunca antes existió algo parecido al partido bolchevique, así como nunca existió antes nada parecido a la Tercera Internacional y, disculpen la insistencia, nunca existió nada parecido porque esas dos grandes instituciones obreras responden a una nueva realidad, la de la época imperialista.

## Si ya todo estaba en Marx, ¿por qué la crisis de 1903?

Coincido con Ricci cuando sostiene que como partido el bolchevismo se inicia en 1903. Pero ese surgimiento provocó una crisis enorme en la socialdemocracia rusa y en la Internacional. ¿Por qué sucedió eso si los planteos de Lenin sobre partido no son nada nuevo en relación con Marx?

Ricci plantea que en ese congreso el enfrentamiento sobre los Estatutos escondía diferencias políticas sobre el concepto de independencia de clase, que se mostraron luego con claridad en 1917.

Puede ser que en algunos de los dirigentes mencheviques ya existieran esas posiciones. Pero, ¿cuáles eran las diferencias políticas con Plejánov y especialmente con Trotsky?



¿Por qué Trotsky rompe con Lenin si lo que planteaba Lenin no era novedoso en relación con lo planteado por Marx?

La cuestión no fue la relación de Trotsky con los mencheviques –prácticamente no estuvo con ellos– sino que hasta 1912 él desarrolló una campaña sistemática contra el partido que defendía Lenin, llamando a la unidad del partido ruso.

Es cierto que no hay ninguna polémica de Lenin con Trotsky ni con Rosa Luxemburgo sobre “concepción de partido”. Sobre “concepción de partido” polemizamos ahora; en ese momento, Lenin defendía un nuevo tipo de partido y los demás lo atacaban, y toda la Segunda Internacional, incluido Trotsky, defendía la unidad del partido ruso.

En relación con Rosa Luxemburgo, no entiendo cómo se puede decir que tiene la misma concepción de partido que Lenin y al mismo tiempo citar la obra (*Problemas Organizativos de la Socialdemocracia*) donde ella enfrenta violentamente las propuestas de Lenin.

Rosa era una extraordinaria revolucionaria y es cierto que coincidía políticamente con Lenin contra los mencheviques. Es cierto que reivindicó la acción de los bolcheviques cuando la toma del poder. Pero hasta el final de sus días mantuvo dos grandes diferencias con el dirigente ruso: una política, se negó a levantar el derrotismo revolucionario durante la Primera Guerra (opinaba que eso podía impedir la movilizaciones de masas contra la guerra). La otra, sobre la concepción de partido, nunca retiró las fuertes críticas expresadas en *Problemas Organizativos...* y, además, su diferencia se expresaba en su oposición a fundar de la Tercera Internacional, argumentaba que no era el momento para crear pequeñas organizaciones de revolucionarios. Esto tuvo transcendencia después de su muerte: los delegados del recién fundado Partido Comunista alemán no votaron a favor de la fundación de la Internacional Comunista; en el Congreso de 1919, se abstuvieron. Eso debilitó mucho la fundación, ya que era el único partido importante además del ruso.

La cita de Trotsky, defendiendo a Rosa de la utilización que de ella quieren hacer los oportunistas, no niega su espontaneísmo sino que lo explica como respuesta a la política conservadora de la socialdemocracia alemana, y dice que, en ese sentido, tenía un aspecto revolucionario.

Pero Trotsky dice, también, que esa teoría de la espontaneidad a menudo era

dirigida contra la obra de Lenin de construcción de un aparato revolucionario, y que ahí revelaba en forma embrionaria su aspecto reaccionario.<sup>16</sup>

Muy probablemente Rosa identificase los planteos de Lenin con las desviaciones burocráticas del partido alemán y por eso estaba en contra, pero lo concreto es que no defendía el mismo tipo de partido, sino que lo enfrentaba.

Como dice Ricci, Trotsky, un gran defensor de Rosa, escribe que mirando su evolución (centralmente se refiere al tema de la Constituyente) se ve que ella se venía acercando a las posiciones de Lenin y que probablemente, si la vida lo hubiera permitido, hubiera terminado por acercarse totalmente, como le pasó a él. Pero la vida no lo permitió.

En cuanto a Trotsky, enfrentó durante nueve años la concepción de Lenin sobre el partido y tenía una visión más cercana a la de Luxemburgo:

*Los partidos socialistas europeos, especialmente el más grande entre ellos, el alemán, han desarrollado un conservadurismo propio, que es tanto más grande cuanto mayores son las masas abarcadas por el socialismo y cuando más alto es el grado de organización y la disciplina de estas masas. Consecuentemente, la socialdemocracia, como organización, personificando la experiencia política del proletariado, puede llegar a ser, en un momento determinado, un obstáculo directo en el camino de la disputa abierta entre los obreros y la reacción burguesa. En otras palabras: el conservadurismo propagandístico socialista de un partido proletario puede, en un momento dado, obstaculizar la lucha directa del proletariado por el poder. El peso inmenso de la revolución se manifiesta en el hecho de aniquilar la rutina del partido, destruir el conservadurismo y poner en el orden del día la cuestión de la prueba abierta de fuerzas entre el proletariado y la reacción capitalista.<sup>[17]</sup>*

Pero a él, la vida, a través de la revolución rusa de 1917, le dio la oportunidad de cambiar y corregir sus errores del pasado. Así lo explica, en 1921:

*Me he equivocado totalmente en mi apreciación de la fracción menchevique, cuya capacidad revolucionaria hipervaloraba, y por eso creía posible aislar y anular a su derecha. Este error fundamental provenía, empero, de que valoraba las dos fracciones bolchevique y menchevique colocándome en el punto de vista de la revolución permanente y de la dictadura del prole-*

<sup>[16]</sup> “La teoría de la espontaneidad de Rosa Luxemburgo era una sana herramienta contra el aparato osificado del reformismo. Pero el hecho de que a menudo se la dirigiera contra la obra de Lenin de construcción de un aparato revolucionario revelaba –en realidad solamente en forma embrionaria– sus aspectos reaccionarios”. León Trotsky, en: “Luxemburgo y la Cuarta Internacional”, citado en *Marxismo Vivo* n.º 10, edición en español, p. 76.

<sup>[17]</sup> TROTSKY, León. 1905, *Resultados y Perspectivas*.

*tariado, mientras que bolcheviques y mencheviques adoptaban en esa época el de la revolución burguesa y la república democrática. No creía que las dos fracciones estuvieran separadas por divergencias tan profundas y esperaba... que la marcha de los acontecimientos les llevaría a la plataforma de la revolución permanente y a la conquista del poder por la clase obrera, lo que parcialmente se había realizado en 1905.*

*(...) Solo el bolchevismo, gracias a la rigidez de sus principios, puede atraer a todos los elementos verdaderamente revolucionarios de los intelectuales y a la fracción avanzada de la clase obrera. Y únicamente porque consiguió crear esa organización revolucionaria compacta le resultó posible pasar rápidamente de la posición democrática a la posición socialista revolucionaria.<sup>[18]</sup>*

Pero, volviendo al debate, ¿cómo se explican las posiciones de estos grandes revolucionarios si el planteo de partido de Lenin era algo nuevo solo en relación a la deformación burocrática del partido alemán y no lo era en relación a Marx?

Para mí, la única explicación posible es que a diferencia de la tesis planteada en ese artículo de *Marxismo Vivo* n.º 10, no hay un proceso evolutivo de Marx hacia partido bolchevique. Esa visión lleva a separar la organización revolucionaria de la realidad objetiva y la hace depender solo de la genialidad en abstracto de los revolucionarios.

Para mí, el partido bolchevique es algo nuevo, que responde a la nueva realidad creada con la época imperialista, donde se acabó la posibilidad de reformas duraderas, donde la revolución y la contrarrevolución se pusieron a la orden del día y donde la lucha contra el reformismo se transformó en una cuestión de vida o muerte.

Por supuesto que siempre hay elementos de continuidad. Sin Marx no existiría nada, pero fue Lenin el que provocó el cambio cualitativo en la teoría del partido con la creación del partido bolchevique.

\*\*\*

<sup>[18]</sup> TROTSKY, León. Carta a Olmski”, 1921.

## RESPECTO DE LA BURGUESÍA BRASILEÑA

### CONTRIBUCIÓN PARA EL DOSSIER SOBRE BRASIL

Odair Felipe – San Pablo, Brasil

Camaradas, escribo esta contribución para exponer algunas preocupaciones con un concepto desarrollado en la revista *Marxismo Vivo* n.º 10 - Dossier Brasil: “Tesis Programáticas para un Programa de Transición para el Brasil”. Tesis 3, p. 109.

La Tesis, en mi opinión, es contradictoria en sí y con la Tesis 5 (p. 110) al caracterizar la burguesía nacional.

#### **Burguesía frágil o proimperialista**

Conceptuar a la burguesía brasileña como “frágil” para rotular su falta de nacionalismo o proyecto nacional y su sumisión al imperialismo me parece equivocado por el hecho de que puede generar confusión en esa interpretación y puede dar la impresión de que, por ser proimperialista, sería más fácil derrotarla. En mi opinión, tal conceptualización puede llevar a ese equívoco.

La fragilidad de la burguesía de determinado país se mide (si es que podemos usar ese término) por su capacidad de contener a las masas e implementar la explotación, cada vez más voraz bajo el imperialismo. Y en esa cuestión, la burguesía brasileña, como socia menor de imperialismo, ha hecho el servicio sucio con éxito, valiéndose de todo tipo de herramientas (represión, voto, dictadura, democracia, golpe, transición democrática) y con el auxilio del reformismo

(populismo, frente popular, oposición por dentro del régimen, sindicalismo). Así, me parece que como socia menor, la burguesía brasileña que se reconoce como tal, acaba siendo más peligrosa y fuerte que otras burguesías nacionales que tenían proyectos en disputa con el imperialismo y acababan abriendo brechas para que los partidos revolucionarios insuflaran a las masas proletarias contra los dos campos burgueses.

Esas burguesías nacionales que hasta el siglo XIX podían cuestionar la dominación colonial e incluso en el siglo XX fragilizar el régimen al dividir a la burguesía en dos proyectos parcialmente distintos, hoy están extintas, principalmente en el Brasil.

Al ser derrotadas las insurrecciones burguesas nacionalistas se impuso en el poder la burguesía servil y sumisa que gobierna hasta hoy y, en ese sentido, es coherente con el proyecto imperialista de su clase. Principalmente si sumamos ahí a los directores y gerentes de las corporaciones multinacionales aquí instaladas.

Y, siendo coherente con su proyecto internacional de clase (burguesía), acaba siendo más fuerte, lo que explica parcialmente el hecho de que hasta ahora ha tenido éxito en la implementación del proyecto imperialista en el país, en todos los aspectos (sumisión, socio menor, submetrópoli, semicolonía). Digo parcialmente, pues reafirmo la caracterización y principal acierto del artículo y de nuestros documentos nacionales e internacionales, sobre que el problema central es la ausencia de dirección revolucionaria.

Enero de 2018.-

\*\*\*





